DS 107
.C95

1873

CARTAS

DEL

DR. DON VICENTE CUESTA

SOBRE SU VIAJE

A LA

TIERRA SANTA.

QUITO:

Imprenta nacional.

1873.

DS 107
.C95
1823

6
Copy

64282
27 D 77

INTRODUCCION

Las *Cartas* que hoy en coleccion ordenada salen á luz, fueron publicadas primero en *El Porvenir* de Cuenca, y reproducidas luego en el periódico oficial, cuando estaba á mi cargo su redaccion; el público las acogió con entusiasmo, y muchas se reimprimieron en diarios estranjeros bien acreditados. ¡Justo aprecio del trabajo de un viajero nada vulgar!

En efecto, el doctor don Vicente Cuesta, actual Dean de la iglesia de Riobamba, en nada se parece á tantos otros viajeros que atraviesan los mares como el lastre de un buque, andan por las ciudades y los campos como la hoja arrastrada por el viento, y visitan las venerandas ruinas y célebres monumentos como cualquier animalillo que se mete entre ellos sin saber lo que hace.

Esos viajeros piedras, hojas ó vivientes sin inteligencia ni afectos, ¿qué bueno pueden producir para sí ni para la so-

ciedad? No acierto á esplicarme el objeto con que recorren el mundo.

Mas no así los que viajan como el doctor Cuesta: abejas cosmopolitas, vuelan por todas partes y recogen afanosas la miel con que forman su panal para nutrimento y deleite de las almas sensibles. Abeja del Azuay, nuestro compatriota dejó los olorosos jardines de su hermosa tierra, y tendió el vuelo por Asia y Africa, para posarse ora en las flores del Carmelo, ora en las de las orillas del Nilo; para postrarse y llorar al pié del Santo Sepulcro; para hollar la soberbia humana sobre la cumbre de la gran pirámide, y para evocar en las márgenes del Mar muerto las sombras de los pueblos heridos por el brazo de Dios.

El doctor Cuesta ha viajado con el alma dispuesta á penetrar los secretos de lo pasado y á recibir sus impresiones para transmitirlas á sus semejantes. Por eso el Mediterráneo y el Mar negro han sido para él páginas de historia, el desierto no ha sido muda soledad, las ruinas le han revelado sus misterios, las cenizas de las muertas generaciones se han rebullido bajo sus plantas, y la sociedad que hoy vive en la tierra de los sagrados recuerdos le ha enseñado que las reminiscencias de otros siglos no son lecciones bas-

tante poderosas para hacer cambiar las costumbres de pueblos cuya corrupcion está en sus propias instituciones religiosas y políticas.

Las *Cartas* que me ocupan no encierran enseñanzas científicas: su autor no ha recorrido el Egipto y la Palestina escarbando aquí y allí la tierra para descubrir su edad y sus revoluciones geológicas; no ha medido ni determinado los grados astronómicos de los lugares, ni ha buscado los orígenes del Nilo y del Eúfrates ni analizado sus aguas; pero lleno de fe religiosa y deseoso de contribuir al mejoramiento social en que trabajan hoy mil distinguidos ingenios, indaga á cada paso la historia, refresca las creencias católicas, medita y ora; y todo lo hace induciendo al lector á imitarle, siguiéndole con la mente y el corazon.

En estos tiempos de asombrosos progresos materiales, y en que el vapor y la electricidad son las imágenes vivas de la febril movilidad del espíritu humano; cuando por desgracia se ve por otra parte amenguado todo sentimiento religioso y desquiciada la moral de los pueblos; cuando el aire que estos respiran se halla emponzoñado....publicar un buen libro, propalar doctrinas religiosas y morales sacadas del Evangelio, combatir el

error y la mentira, levantar á grande altura la cruz radiosa para que todos la vean y conozcan que sin ella no hay progreso completo ni felicidad sin mezcla de miseria; vale mas que descubrir las leyes orgánicas del universo, ó inventar teorías acerca del orígen del hombre y de la vida y suerte de la sociedad. No sé para qué puedan servir la ciencia y la filosofía cuando no tienden á procurar al hombre el mayor grado de felicidad posible, ni puedo comprender cómo pueda conseguirse esta al hacerse todo por la materia y para la materia, y nada por el alma y para el alma. Lo único que sé es, que si las ciencias naturales han dado un impulso extraordinario al desenvolvimiento de la civilizacion moderna, sus descubrimientos han sido tambien aplicados, con éxito extraordinario, como medios de muerte y destruccion; y que si la filosofía ha dado algunos pasos acertados en varias materias, ha llevado, por otra parte, á muchas inteligencias al ateismo, esto es, á la negacion del fundamento de toda filosofía, ¡á la negacion de Dios!

Ilustrar, corregir y moralizar, tal es el deber de toda potencia intelectual hoy en dia, cuando quiere mostrarse al mundo en forma de libro, de periódico ó de discurso hablado: no se acepta ya obra nin-

guna si se propone el deleite como único objeto; la utilidad, y la utilidad para el alma, se entiende, es de todo punto indispensable. El viento de la inconstancia humana es demasiado fuerte para que puedan resistir sin deshojarse las flores del deleite; mas si el fruto de la utilidad queda en lugar de los pétalos; ¿quién duda que tiene mayor firmeza y resistencia?

Así piensa tambien el doctor Cuesta y sus *Cartas* sobre su viaje á la Tierra Santa son un tejido de flores aromáticas y bellas que producen verdadero deleite; pero imaginaos que el viento las marchite y deshoje, y entónces en las páginas despojadas de ellas quedarian como prendidos para servir de pasto, no ya á la inteligencia del lector sino á su espíritu, los principios religiosos, las máximas de moral pura, las lecciones de buenas costumbres sociales y políticas, que valen mucho mas, porque son elementos de vida.

No recomiendo la lectura de esta obrita, bien porque mi recomendacion no seria de gran peso, bien porque ya está recomendada por sí misma ante el público ilustrado. No hago otra cosa sino llamar la atencion de los lectores hácia ella, hoy que dejando las volanderas hojas de los periódicos pasa á ser libro compaginado, digno de los estantes mas selectos. Quizás he hecho

mal en escribir estas líneas para que precedan á tan precioso libro; pero lo escrito, escrito, y sirvan á lo ménos como sirven las sombras de un cuadro para realzar la figura principal.

Juan Leon Mera.

Quito, á 18 de agosto de 1873.

VIAJE A LA TIERRA SANTA.

CARTA I.

Nápoles, 25 de enero de 1870.

Mi querido amigo:—Llevo dos dias de estar cruzando en todas direcciones esta hermosa ciudad, y cumplo el ofrecimiento que hice á Ud. de escribirle de todos los lugares en que se me presentase la ocasion de hacerlo. Ud. supo en Roma cuántos éramos los que nos comprometimos á emprender el viaje de la Tierra Santa: pues bien, no hemos quedado sino dos, y solos iremos á esta peregrinacion. Escribo á Ud. sin poder dominar todavía el sentimiento de haberme separado de Ud. y de los otros amigos que quedan en Roma. Es verdad que juntos dejamos la patria y hemos estado en familia hasta ántes de ayer que principié este viaje,

en el que no veo sino peligros y dificultades.

Nos despedimos de Roma á las cinco de la mañana; y despues de recorrer, como en dos horas, la estéril campaña romana, cubierta de gigantescas ruinas, entramos en las verdes y pintorescas llanuras de Albano, dominadas por el Soracte coronado de nieve. Al medio dia llegamos á Ceprano, última ciudad de los Estados Pontificios. Una hora se detiene en esta ciudad el tren, y aprovechamos de este tiempo para recorrer algunas calles y visitar la suntuosa catedral, que tiene el mismo lujo de mármoles y pinturas que casi todos los templos de Italia. Al pasar la frontera napolitana, comenzamos á sufrir las molestias de la aduana, esa plaga de los viajeros.—Una buena media hora empleamos en arreglar de nuevo nuestro alborotado equipaje.—Desde Ceprano principia el embeleso de esta bella naturaleza. El tren atraviesa por entre bosques y jardines; á la derecha, la vista del mar y de innumerables pueblecillos de marinos y pescadores; á la izquierda la cadena de los Apeninos, coronada de nieve y sus faldas cubiertas de ciudades, aldeas y castillos. La ciudad de Aquino, en la cima de una colina, es de un aspecto encantador por su arboleda, sus torreones y molinos de viento. Mas léjos, el convento de San Benito, dominando el monte Casino: solo él parece un gran pueblo rodeado de bosques de pinos. Cápua está en el centro da esta hermosa comarca, que los antiguos romanos llamaban la *Campania felix*, y los alrededores de la ciudad están llenos de palacios, villas, huertos de olivos, naranjos y otros muchos frutales.

Llegamos á Nápoles á las ocho de la noche, despues de quince horas de camino de hierro. Entramos en el hotel Borghesse, en donde nos encontrarian los comprometidos para el viaje, si se hubieran resuelto á venir. Llevamos aquí dos dias de recorrer calles, plazas, templos y palacios, sin acabar de admirar esta suntuosa y bella ciudad. El puerto y toda la orilla del mar, que aquí llaman la *Marina*, son de una importante hermosura: centenares de buques de todas las naciones están anclados en la inmensa rada semicircular, en cuyo centro y dominándolo todo, se halla el gran palacio de la aduana; y al estremo de una fábrica que penetra en el mar, se ve, en una altísima torre, el faro de luz roja. En la *Marina* hay tal gentío, movimiento y gritería que el ruido se deja oir en lo interior de la ciudad. Carretas cargadas de mercancías; coches que atraviesan en todas direcciones; marineros de todos los puntos del mundo; vendedores de pescado, de fruta y legumbres; bandas de lazzaroni calentándose al sol y pidiendo limosna, gritando unos, cantando otros, todos hacen una algazara infernal. Los lazzaroni principalmente, con el pintoresco vestido napolitano, están en todas partes con organillos, arpas y violines para cobrar dos ó tres sueldos á los curiosos, cuya atencion procuran llamar.

La via de Toledo, es lo que el Corso en Roma: la calle del comercio y del mundo negociante. En esta via se encuentran los almacenes de mercancías de libros y de joyas, entre las que se distinguen los finos y artísticos trabajos en coral.—La *Chiaja*, el paseo público mas

concurrido, es una continuacion de la *Marina* y completa la inmensa medialuna que forma el puerto. Los mejores palacios, las casas mas altas y mas bellas están allí. Desde las cuatro de la tarde comienza el hormigueo de coches, caballeros y amazonas: qué lujo! qué alegría! A la sombra de naranjos y tilos están los cafées cantantes, los teatrillos de niños, los lazzaroni que hacen pruebas de manos, las ventas de vinos, helados &a. En este paseo desemboca multitud de alamedas, que conducen á hermosos bosques, jardines y casitas de campo perdidas entre la arboleda.

Nápoles, por hallarse fabricada á las faldas de una colina, tiene sus calles en plano inclinado. En la parte mas alta están la Cartuja y el castillo de San-Telmo. Vistas la ciudad y la rada desde esa altura encantan: qué cielo tan espléndido! qué estension tan grande! Parece que la ciudad entra en el mar, y los mástiles de los buques semejan un inmenso bosque de árboles secos.—La Cartuja por sí sola, bien merece un viaje para conocerla. Colocada en aquella altura dominando la ciudad y el mar, es un museo de preciosidades artísticas. Las columnas de los claustros son monólitos de mármol de Carrara, y el mérito del trabajo, superior á la riqueza de la materia. La iglesia, que es una copia en pequeño de la de San Pedro de Roma, está construida de los mármoles mas preciosos. Los calados en mármol blanco y negro, que forman las rejillas del altar mayor, parecen un delicado encaje, una finísima randa, y admiran al extranjero que los contempla. La sacristía, pintada al fresco por el célebre

pintor español Rivero, es tan bella como el pavimento de mosaico de mármol y los armarios de ornamentos embutidos de nácar y madreperla; obras que han costado 25 años de trabajo á dos religiosos artistas. Los frescos de los claustros y los cuadros de la iglesia, son obras maestras de los mejores pintores de Italia. Las reliquias de los santos se guardan en cajas con sobrepuestos de oro, de admirable trabajo. ¡Y tanta riqueza y tanta maravilla son la presa de los soldados de Garibaldi! Los religiosos han sido dispersados por la revolucion: la Cartuja es un cuartel!....Felizmente el amor de las artes para el italiano es una especie de culto, y los garibaldinos, que despedazarian con placer estos objetos por ser religiosos, los conservan como artísticos. Los mármoles de la Cartuja ni siquiera se han empañado, y tienen el mismo brillo que en los tiempos que los poseian los santos que habitaban estos claustros.

En el castillo de San-Telmo se encuentran las famosas prisiones del rey Bomba. Estas prisiones no están vacias: el liberal Víctor Manuel las tiene tan llenas, como el rey Borbon. Verdad es que el rey de Nápoles aprisionaba en esos espantosos calabozos á criminales revolucionarios, y el rey de Italia hace gemir allí á personas que no tienen mas crímen que su fidelidad á la dinastía caida —San-Telmo, con sus subterráneos, cepos, cadenas, &a, es la Bastilla del reino de Nápoles.

Las iglesias, sin embargo de ser suntuosas y magníficas, nada tienen de admirable para el que conozca las de Roma y Florencia. Con todo, la de San Jenaro, que es la Catedral, sorprende por

su riqueza y hermosura. Es de órden gótico, con tanta variedad y profusion de adornos, que cada altar, cada columna, cada moldura, excita la admiracion. La capilla de san Jenaro, donde se conserva la ampolla de sangre, que se liquida cada año en la fiesta y en la octava del santo, es bellísima. El pavimento parece una rica alfombra: tan hermoso es el mosaico y tan vivos los colores de los mármoles que le componen. El altar es de incrustraciones de ágata, malaquita y lapizlásuli. Los candelabros de mármol y de bronce dorado, se distinguen por su magnitud y esmerado trabajo. El gran relicario en que se guarda la referida ampolla es una especie de templito con graciosísimas columnas y domo dorado.

La iglesia de los jesuitas, otra coleccion de objetos preciosos, tiene de notable cuatro inmensas columnas, cada una de un solo trozo de mármol. La columna erigida á la Inmaculada Concepcion en la plaza de su iglesia, es mas bella y elegante que la de la plaza de España en Roma.

El templo de San Francisco de Paula, es el mejor situado de los de Nápoles; imitacion de la Rotenda de Roma, todo él es de travertino. A derecha é izquierda de la gran portada, se estienden largas galerías sostenidas por una bella columnata de órden jónico, las que ocupan un lado de la gran plaza borbónica. Esta plaza la adornan dos grandes jardines rodeados de verjas de hierro, y en el centro de cada uno hay una fuente de mármol blanco, y delante de cada jardin, colosales estatua secuestres del padre y del abuelo del pobre rey de Nápoles, que

actualmedte reside en Roma y á quien Ud. conoce. El otro lado de la plaza le forma el magnífico palacio de los borbones, y cerca de este se ve el famoso teatro San Cárlos, uno de los mas notables de Europa, tanto por lo grandioso de su construccion cuanto por las inmensas riquezas empleadas en su ornato por los reyes.

Ud. supo que en este teatro se reunieron *los padres del anticoncilio*, para tratar de la *civilizacion y de la libertad del mundo*. Ud. supo tambien el ridículo desenlace que tuvo el pretensioso proyecto de reunirse los representantes de las logias masónicas de todo el orbe, para contrarestar los trabajos del Concilio Vaticano. Aquí hemos sabido algunas particularidades que no se han publicado. Antes del 8 de diciembre, comenzaron á llegar los tales representantes de las logias y, por via de *sesiones preparatorias*, tenian frecuentes, banquetes costeados por algunos hermanos generosos que nuncan faltan; y aun cuando faltan, los fracmasones tienen un instinto admirable para hallarlos en todas partes. Así, pues, en los festines abundaban los vinos de Corinto y del Rhin; pero se carecia de programa y local para las sesiones. El 8 de diciembre se acercaba, y todavía no hallaban un palacio en donde instalar tan *augusta* asamblea. Bien que tenian el permiso de reunirse, el Gabinete de Florencia no queria cargar con la responsabilidad de franquearles ninguno de los edificios públicos de Nápoles. Cansados de inútiles diligencias, abrieron su primera sesion en el teatro San Cárlos. Peroraron, charlaron contra los gobiernos despóticos, hablaron de república universal, blafemaron de Jesucristo, de la Iglesia, del Pa-

pa y el Concilio Vaticano y se separaron. En la segunda sesion no se contentaron con las blasfemias anteriores: tuvieron la insolencia de *elevar sus quejas mas alto;* difamaron á la Francia y á Napoleon III, y *solo entónces* Víctor Manuel no pudo tolerar tanta audacia. No se hizo esperar un telégrama de Florencia, y la policía napolitana dispersó á tan *venerables padres*, que, en tal conflicto, escribieron una descomunal protesta contra los opresores del género humano.

Todavía se ven, pegados á las puertas del teatro, los restos del enorme cartelon que contenia esa protesta.

Por ahora los límites de esta carta no me permiten hablarle mas y lo haré por el correo siguiente.

CARTA II.

En la rada de Nápoles, abordo de El Egipto, enero 28 de 1870.

Mi estimado amigo:—Hoy viérnes al mediodia nos embarcamos para dirigirnos á Alejandría. El vapor no zarpará de este puerto sino á las cuatro de la tarde, despues de recibir las comunicaciones que llegarán del norte por el tren de la tarde; tendré, pues, tiempo de hablarle por medio de esta carta y despedirme de nuevo, ántes de que nos alejemos de las costas de Italia. Los dos dias trascurridos desde mi anterior los he gastado bien. Ayer estuvimos cuatro horas largas en Pompeya admirados

al ver una ciudad que ha estado sepultada cerca de dos mil años y que, desenterrada en nuestros tiempos, ha venido á revelar á las nuevas generaciones la vida íntima de los antiguos romanos. La parte descubierta hasta ahora es casi tan extensa como nuestro Cuenca, y se oprime el corazon al atravesar esas calles solitarias, al penetrar en esas casas vacias, al sentarse en los sillones de mármol del gran teatro, que se conserva ileso. Parece que los habitantes de Pompeya se habrian alejado de la ciudad el dia de la catástrofe; pero los que permanecieron en ella fueron sorprendidos por la espantosa erupcion del Vesubio. Se han encontrado pocos cadáveres, y los que se exhuman son de individuos que indudablemente perecieron sin tener tiempo ni para luchar con la muerte. Del teatro se han extraido momias sentadas en las mismas sillas en que probablemente asistian á la escena, y he visto dos cadáveres de mujeres, una de ellas en cinta y que parece que todavía duermen tranquilamente. En las calles se han hallado caballos uncidos á los coches y en las casas niños en sus cunas, perros atados con cadenillas, gallinas en sus nidos &a.—Lo que hay de admirable es que habiéndose verificado el desastre el año 79 de nuestra era, aun se distinguen en las calles las huellas de los coches que han rodado ahora diez y ocho siglos. Increible parece que haya podido conservarse una multitud de objetos de poca duracion, como huevos, trigo, castañas, queso, pan, higos &; y todos estos objetos hallados en Pompeya y el Herculano se guardan en el museo borbónico de Nápoles, del que luego hablaré á Ud.—Las calles de

la ciudad son estrechas y embaldosadas, y hay en las esquinas grandes depósitos de piedra, sin duda para conservar el agua. La calle de Mercurio es la mas larga de todas aunque no tan recta como las demas. Entre los edificios son notables el teatro, el templo de Vesta, el de Mercurio, el Forum con hermosas columnas istriadas, los palacios de Pansza y de Diomédes. Este último sirve de hotel, y allí nosotros, pobres americanos, habitantes de un mundo de cuya existencia ni aun sospechaban los señores de estas regias moradas, almorzamos sentados en los mismos bancos en que reposaban los patricios romanos. Las pinturas al fresco que todavía embellecen las casas parecen tan vivas, tan llenas de colorido como si las hubieran hecho ayer. Los lupanares abundan y aun se leen restos de inscripciones en griego y latin sobre las paredes de estas casas de prostitucion. Pompeya ha sido una especie de ciudad nefanda....

La situacion de la ciudad es encantadora: á las faldas del Vesubio, con vista al mar y en medio de tan espléndida naturaleza, ha sido el lugar de citas de placer para los sibaritas romanos. Tres cuartos de hora hay de Nápoles á Pompeya por el tren *expreso*, y tuvimos tiempo de visitar, en el mismo dia, el museo del palacio borbónico.

Este inmenso edificio, que él solo podria contener la poblacion de alguna de nuestras ciudades pequeñas, no es tan grande como el Vaticano ni tan hermoso como el palacio Pitti de Florencia: pero excede á entrambos en riqueza. La gran escalera que se en-

cuentra al frente de la portada en el primer patio dicen que no tiene igual en Europa, es de mármol blanco y se divide sobre el primer tramo; sus pasamanos son de mármoles de diversos colores, y el todo de un trabajo admirable. Los bajos del palacio se componen de ocho inmensas galerías, en las cuales se admiran muchas estatuas, entre ellas algunas colosales, distinguiéndose la del famoso Hércules Farnecio trasportada del Herculano. Algunas de dichas estatuas son de un precio fabuloso, obras maestras de Fidias y Praxitéles, traidas de la Grecia por los romanos.

La galería de los gladiadores es interesante para el estudio de las diversas posiciones que al cuerpo humano puede dársele en los ejercicios gimnásticos: multitud de artistas de ambos sexos se encuentran en esas galerías dibujando y copiando todos aquellos modelos. Las galerías de cuadros son innumerables, y estos se han clasificado segun la escuela de pintura á que pertenecen. El museo egipcio tiene mas variada coleccion de ídolos, de animales, momias con sus paños mortuorios, urnas funerarias de cocodrillos, de gatos, de lechuzas; grandes hojas de papyrus con geroglíficos halladas en las tumbas de los Faraones. Pero lo que excede á toda ponderacion es la serie de salones verdaderamente regios destinados á la conservacion de los objetos extraidos de Pompeya y Herculano. Se encuentran colocados por órden muebles, vestuarios, camas, armarios, alhajas, espejos de cobre bruñido, baterías de cocina y cuanto ha sido del servicio, del ador-

no y del lujo de esa poblacion sepultada bajo las cenizas. Todo está coleccionado, y no han olvidado poner en su lugar hasta el carbon y la leña que han sacado de entre los escombros.

Los anaqueles que contienen los objetos de oro y plata y las piedras preciosas, llaman generalmente la atencion. ¡Qué variada coleccion de anillos, collares, pulseras &a! Los coturnos que calzaban las damas de aquel tiempo; los lazos que servian para sujetarlos al pié; los broches para recoger los mantos, todo es de un sorprendente trabajo. Las coronas, diademas y mas adornos de cabeza, son del mismo valor y buen gusto. En el salon de armas y en el de las baterìas de cocina hay tan grande variedad de objetos que pasma; tal es la abundancia de espadas, picas, escudos, morriones, hachas, yelmos &a, y de parrillas, azadores, tenazas, peroles y otras cosas.

En las paredes de las galerías exteriores que dan sobre los patios y jardines se han incrustado las mejores pinturas cortadas, con gran trabajo, de las paredes de las casas de Pompeya. Hay tambien un salon cuya entrada es prohibida, por estar lleno de pinturas y esculturas obscenas encontradas en las casas y palacios de aquel pueblo corrompido; solo los miembros de la academia arqueològica pueden visitarlo libremente por estudio. Para que nada falte á esta admirable coleccion de antigüedades, hay un departamento de juguetes de niños y otro de cepos, cadenas, azotes y multitud de instrumentos de castigos para los esclavos.—¡Còmo podré dar á Ud. idea de la

inmensa biblioteca, que contiene ciento cincuenta mil volúmenes, del depósito de manuscritos y de rollos de pergamino escritos en griego y en latin, y de todo lo admirable que se encuentra en este museo, el mas rico de Europa?—En fin, amigo mio, en el palacio borbónico se puede pasar un año sin que sea posible conocer todos los pormenores.

Me hallo ya en el mar viendo á Nápoles desde la cubierta del vapor, cuyas chimeneas humean anunciando la partida: miro la hermosa ciudad, como se ve lo que no se volverá á ver nunca: ¡con profunda tristeza!... ¡Qué bello es el panorama que se dilata delante de mí! Desde el mar se recorre mejor este inmenso cuadro de hermosura y de encanto. Todo es poesía en esta privilegiada region: la ciudad el puerto, la rada, las montañas, el terrible Vesubio, los bosques, los jardines &a. Con razon ninguno de los dominadores de Europa ha dejado de pretender esta parte de Italia. Los romanos tenian aquí sus *Vilas* de placer y sus *Cassinos* de campo; aquí se producia el aromático vino falerno cantado por Horacio; aquí, entre bosques de naranjos y arrayanes, descansan los restos de Virgilio. Tibulo cantaba la belleza de estos campos, y la ausencia de estos jardines hacia llorar á Ovidio. Cuando el terrible Aníbal venció á los romanos en Cánnes y Trasimeno, desdeñando á Roma, vino á estos vergeles de la Apulia, y el aroma de la eterna primavera que en ellos reina hizo olvidar al Cartagines todas sus glorias, aun la de hacer á Cartago la señora del mundo. Capua salvó con sus encan-

tos á Roma perdida por sus armas. Los normandos, en sus excursiones por Europa, se encontraron con estas perfumadas campiñas y nunca quisieron abandonarlas; ellos fundaron la *Ciudad nueva*, (Nea-polis) que fué desde entónces la capital del Reino Napolitano. La hermosura misma de estas comarcas ha causado su desgracia. Nápoles ha sido la manzana de la discordia para todas las naciones: franceses, españoles, alemanes, piamonteses se han combatido á muerte por hacerse dueños de tan bella esclava, cautiva hoy de Víctor Manuel. Desde el lugar en que me encuentro veo las huellas de tantos pueblos, de tantas civilizaciones que han pasado por este suelo clásico. Allá se descubren las ruinas romanas, acá los palacios de los Borbones; en esa plaza la estatua de Cárlos V; aquel templo es fabricado por Cárlos de Anjou, hermano de San Luis; ese otro monumento es erigido en honor del Gran Capitan; el faro lo concluyó el Rey Murat....

Esta tierra, que posee la tumba de Virgilio, guarda tambien la cuna de Tasso. En los límites del horizonte se distingue á lo lèjos, una blanca ciudad: es Sorrento, patria del poeta de las cruzadas. El divino Tasso para describir los mágicos jardines de Armida no ha hecho mas que copiar el cielo azul de su patria, sus brisas perfumadas, aguas cristalinas y campos siempre floridos.

Suena ya el cañonazo de la partida: adios! amigo mio:—le envió un sentido abrazo y me despido nuevamente.—Adios!

CARTA III.

Golfo de Mesina, enero 29 de 1870.

Querido amigo mio:—En la soledad en que se halla mi corazon, aun cuando estoy rodeado de tantas personas, es un gran consuelo poder escribir á Ud. con la frecuencia que le ofrecí en Roma. A pesar de las vivas impresiones que se experimentan al ver tantos pueblos, tantas ciudades y tanta gente diversa de la nuestra, no todo es color de rosa para el viajero. Desde que nos separamos no he encontrado una sola persona que hable español; y Ud. sabe que mi caudal de frances é italiano no es tan abundante que no se me agote á poco de querer emplearlo en una larga conversacion. El vapor en que voy al Oriente es otro motivo de penalidad: es de hélice, y aunque veloz, ¡de muy fuertes movimientos; agregue Ud. á esto, que el capitan es un genovés de mala catadura, y que no puede hablar cuatro frases sin completarlas con una imprecacion ó una blasfemia. Ah! la blasfemia, amigo mio, y en el mar, es cosa que aterra, y mi buen capitan la derrama como un condenado.—Ayer, media hora despues de despachar mi última carta, salió nuestro vapor á toda máquina, arrojando densos penachos de humo y surcando como un cisne las tranquilas aguas de la rada de Nápoles. Pasamos por delante de la Torre de Greco, Portici, la Annunciata, Pompeya, Sorrento y Castellamare, casi todas lindas ciudades bien situadas y rodeadas

de bosques, jardines y hermosos *Cassinos*. Dos horas tardamos en pasar por frente de estas poblaciones que parecen una larga continuacion de Nápoles, la cual, como reina ocupa el fondo de la rada. A las seis de la tarde entramos al profundo golfo de Amalfi, despues de atravesar el estrecho formado por el promontorio Campanella y la isla de Capri. Sobre las escarpadas rocas de esta isla se ven las ruinas de un palacio de Tiberio. Era denoche cuando navegábamos por esta parte del mar Tirreno cantado por Homero y Virgilio, y en donde Ulises tapó con cera los oidos de sus compañeros para que no oyeran las melodías seductoras de las sirenas de estas orillas. A las tres de la mañana debiamos atravesar el archipiélago de Lipari y observar la erupcion del volcan Stromboli en la isla de este nombre. Nos resolvimos varios pasajeros á permanecer sobre cubierta; pero la noche, aunque bella, estaba tan fria y el mar tan agitado, que, muy á pesar nuestro, bajamos á los comarotes. A la madrugada nos hallamos en el golfo de Gioja que parece sin salida; pues no se ve el estrecho de Mesina que se halla en el fondo, sino cuando se entra en él. Las montañas de Sicilia parecen una prolongacion de las de Calabria, y á la simple vista no se sospecha que hubiera un mar interpuesto entre estas dos cordilleras. Al embocar el estrecho están los dos famosos escollos, Scylla y Carybdis, tan temidos por los antiguos navegantes y tan inofensivos al presente. A las ocho de la mañana saludábamos el puerto, rodeado de formidables fortificacio-

tes, saltamos á tierra y todo el dia recorrimos la ciudad de Mesina.

Entre los compañeros de viaje tenemos un piadoso calabres que nos hablaba de la milagrosa Vírgen de la *Carta (La Virgine de la létera)*. Tantos prodigios nos referia que nuestra primera visita fué la de la grandiosa catedral en donde se halla el santuario de esta Vírgen. Ofrecimos á María nuestro viaje, nuestras peñas, y le pedimos humildemente que no nos abandonase entre los muchos peligros que previamos. Admiracion causa el sin número de *ex-votos*, pendientes de las paredes de la gran capilla de la Vírgen: corazones, ojos, brazos, piernas, buquecitos todo de plata ú oro, testimonio de los favores recibidos por los devotos de la Madre de Dios. Interesante y graciosa es la historia que tiene relacion con esta imágen. Se dice que, cuando San Pablo venia preso del Oriente con direccion á Roma, se detuvo en Mesina y predicó la nueva doctrina de que era apóstol. Muchos mesineses, dóciles á la gracia, se convirtieron y fueron bautizados por el Santo. Al despedirse el ilustre cautivo les dijo que no volveria á verlos, porque iba á morir en Roma; pero que les dejaria una buena protectora. Escribió entónces una carta á María Santísima que aun vivia en Efeso con San Juan. La Santa Vírgen escribió á su vez á los de Mesina acogiéndolos bajo su proteccion. La carta se conserva en un gran relicario de pórfido con incrustaciones de oro, el que se ve al pié del altar, y en el fondo está el antiguo cuadro de la Vírgen, que tiene una hoja de pergamino

en la mano.

La catedral es una verdadera maravilla; elevada, espaciosa, recibe luz por esas vistosas vidrieras de la edad media llenas de imágenes de santos que no dejan pasar mas claridad que la necesaria para dar al templo una melancólica sombra. Los mármoles, cuadros, frescos, mosaicos &a. de este templo se hallan en profusion como en todos los templos de Italia. El púlpito es en forma de una gran copa poligonal de un solo trozo de mármol, que descansa en el pavimento, cuya ornamentacion admira por la finura y elegancia de sus relieves. En la plaza de la catedral, en medio de un jardin, hay una blanca fuente colocada con gracia. Sus numerosas esculturas representan en lo alto á Oriente sobre un zócalo sostenido por cuatro cupidillos; cuatro ninfas sostienen la fuente superior; cuatro tritones la segunda, y cuatro sirenas la última. En esta plaza fué el degüello de la guarnicion francesa de Mesina en las famosas vísperas sicilianas. Otra linda plaza, la de la Anunciata, se halla embellecida con la elegante estatua de Don Juan de Austria que se eleva en el centro, y con el templo de la Anunciacion, cuya portada es de mármol blanco. La *Nunziatella dei Catalani*, antigua mezquita árabe, es otra suntuosa iglesia digna de la visita del viajero.

El corso de Mesina es lo que el corso de Roma y la calle de Toledo en Nápoles: el lugar donde están los establecimientos, mercancías, libros, alhajas &a. es la calle mas elegante de la ciudad. Paralela á ella viene

la *Strada Ferdinanda*, notable por los bellos edificios que la adornan y por ser la calle mas ancha y recta de Mesina. Allí están los consulados de todas las naciones. Inútil es decir que las armas del Ecuador no se ven en ninguno de aquellos palacios, pues que nadie representa nuestra nacionalidad en tan apartadas regiones. Mi campañero, que es argentino, encontró su consulado; pero con nadie pudo entenderse porque solo hablaba español. La *Marina*, como en Nápoles, es una Babilonia. En este puerto hay al ancla centenares de buques, los mas de ellos norte-americanos. En la mitad de la *Marina* se encuentra el inmenso palacio de Gobierno fabricado por los españoles, y al frente de este, casi á la orilla del mar, la colosal estatua de Neptuno con su tridente; tiene encadenados dos monstruos, personificacion de *Scylla* y *Carybdis*, así como la estatua es el retrato de Cárlos V.

Mesina es la puerta para todos los buques del Mediterráneo, lo que hace que sea una de las ciudades de mas activo comercio. Aquí se encuentran las mercancías mas raras del Oriente y del Occidente á precios muy bajos, y su astillero es muy frecuentado de embarcaciones que reparan sus averías. Los peces, como los viajeros, emigran de un mar á otro por el estrecho de Mesina. Los mesineses se precian de ser los primeros pescadores del mundo, y el mercado, que está grandemente provisto de mucha variedad de pescados, así como de frutas, es notable tanto por su abundancia como por el órden en que están colocados los vendedores.

El jardin de Flora, en la *Strada Ferdinanda*, es el paseo mas concurrido por el mundo elegante. Tiene hermosas alamedas y cuatro fuentes de mármol que arrojan el agua á una sorprendente altura. No léjos de este jardin se juntan las calles *Cardinesca* y *Austriaca*, notables por sus fuentes de medio relieve, arrimadas á las esquinas. Este lugar llama la atencion por el lujo de sus almacenes y la multitud de gente que lo frecuenta. El famoso templo de San Gregorio se halla admirablemente situado en la parte mas alta de la ciudad. Se ve desde allí, á vista de pájaro, la ciudad en toda su extension, el hormigueo de pescadores en la *Marina* y en las grandes calles, el puerto con sus enormes fuertes, el estrecho cubierto de embarcaciones y, al otro lado, en las costas de Calabria, la bonita ciudad de Reggio, con blancas torres y altas murallas. Reggio y Mesina se hallan frente á frente separadas por el estrecho. La vista, extendiéndose por mas allá de Reggio, termina en las blancas cumbres de las montañas de la Pulla y la Calabria.

La iglesia de San Gregorio la hallamos cerrada, y desde su plataforma gozábamos de tan hermosa perspectiva. Las religiosas del monasterio contiguo al templo, enviaron un sirviente que abriera las puertas. Durante el viaje nos habiamos acostumbrado á ver iglesias maravillosas, sinembargo esta nos sorprendió. Sin ser muy grande en ella, todo es artístico y de alto precio. En ninguna parta hemos visto en mayor profusion la ágata, la malaquita, y el lapislázuli. El púlpito es como

el de la catedral, aunque mas pequeño, pero mas brillante y gracioso. En los arabescos y calados de las cornizas, en las figuras ojivales de las ventanas y en el conjunto de la variada ornamentacion de toda la iglesia se nota ya el gusto oriental algo diverso del que se observa en los otros templos. Las religiosas nos llamaron al locutorio, y parecian muy satisfechas por la admiracion que manifestábamos al hablar de las bellezas del templo de San Gregorio.

Cuando conversemos confidencialmente, *y téte á téte*, como dicen los franceses, contaré á Ud. anécdotas graciosas que nos han acaecido como á americanos. Las religiosas de San Gregorio, por ejemplo, sabian que dos sacerdotes católicos de Sudamérica estaban entre los visitantes del templo: nos invitaron á tomar un poco de fresco, no por cariño, sino por conocer qué especie de micos éramos. Miradas escudriñadoras se fijaban en los que nos presentamos á saludarlas. No volvian de su sorpresa al hallarnos *semejantes* á los demas. No sabian como explicarse que allá tan léjos, *mas léjos que el purgatorio*, en el Ecuador, en donde suponen que los hombres se asarian vivos, en donde el sol gira sobre las cabezas hubiera habitantes, mucho ménos que estos fueran cristianos y tuviesen sacerdotes. Nos hacian tantas preguntas y tan candorosas que nos llenaban de contento.

Descendimos de la altura despidiéndonos de las buenas hermanas, atravesamos de nuevo la ciudad y nos embarcamos á las seis de la tarde. Dentro de media hora parte el vapor, y

pronto vendrá un agente de postas á llevar nuestras comunicaciones; por lo que concluyo esta carta, despidiéndome de Ud. hasta despues de cuatro dias que tardaremos en llegar á Alejandría. Adios.

CARTA IV.

Alejandría, febrero 3 de 1873.

Mi querido amigo:

No sé por donde principiar esta carta: tal es la emocion que se ha apoderado en mi alma con tantas impresiones como en estos dias he recibido. Hemos estado á punto de naufragar, y ahora nos hallamos viendo que comienzan á realizarse los sueños de nuestra vida. Estoy en Alejandría, la ciudad fundada por el héroe de Macedonia; mis plantas pisan este clásico Egipto, teatro de los mas grandes acontecimientos sagrados y profanos; he bebido en el hueco de la mano las aguas de este famoso rio Nilo, á cuyas orillas escribo á Ud. esta carta. Pero principiaré en órden mi relacion. El sábado, 29 del pasado, salimos de Messina, gozando de la vista del alumbrado de esta ciudad y de la de Reggio, cuando estuvimos en la mitad del estrecho. La oscuridad de la noche impidió el que pudiéramos ver la costa de Sicilia, el monte Etna y las ciudades de Catania y Siracusa, á cuyas inmediaciones navegábamos. El domingo, 30

de enero veiamos en medio de un mar tranquilo la isla Citerea, (hoy Cerigo) renombrada por el culto que los griegos daban allí á Vénus, y las nevadas cumbres del Peloponeso. Al dia siguiente pasábamos á lo largo de la costa meridional de la isla de Creta (Candia). Antes de ayer., 1.° de febrero, amanecimos sin ver tierra en ningun punto del horizonte; el dia estuvo, como los anteriores, claro y sereno; el mar, como un inmenso lago, no tenia mas olas que las que levantaba el vapor en su rápida marcha, y la estela de blanca espuma que dejaba atras. A las once del dia una fuerte brisa nordeste hacia balancear el buque. El viento arreciaba por momentos, el mar se *hacia grueso y aceitoso* como dicen los marinos, y á las dos de la tarde estábamos en plena borrasca. El movimiento del vapor era de popa á proa (*tangage*), y despues de un costado á otro (*roulis*), de un modo tan furioso que nadie podia tenerse en pié. El mar no solo estaba alborotado sino que parecia hincharse. No hubo como preparar la comida ni habria habido quién se sentara á la mesa; todos estaban tendidos en sus camas. A las seis de la tarde el viento era tan furioso que silbaba entre las cuerdas, y el movimiento tan fuerte que se rompieron lámparas, botellas y gran parte del servicio de mesa. En el interior del salon rodaban, de un lado á otro, sillas, baules y todo lo que no estaba asegurado. Los pobres pasajeros mareados no tenian quien les socorriese. El capitan daba gritos, pero ya no blasfemaba: capitan y marineros clamaban á la *Madona*. Yo no

estaba mareado, pero no puedo explicar lo que por mí pasò. Me preparaba ya á morir y sentia un vivo arrepentimiento de haber hecho el viaje. La opresion que experimentaba me hizo subir como pude sobre cubierta; la vista del mar en furia me hizo perder la cabeza. Me arrastré de nuevo al camarote. ¡Qué noche, amigo mio! no puedo dar razon de si dormia ó estaba despierto: era un letargo penoso. Por la madrugada nos encontramos en el golfo de Aboukir, y se veian el faro de Alejandría á la derecha y el de Roseta á la izquierda. La tempestad nos habia llevado hasta el golfo mas adelante del puerto que buscábamos. Ayer, á las nueve de la mañana, saltamos á tierra, dando gracias á Dios de que nos haya libertado de tanto peligro.

Ese golfo de Aboukir, donde amanecimos, fué el teatro de la sangrienta batalla naval en que el almirante Nélson destrozó la armada francesa del general Bonaparte, mandada por el Almirante Brueyes. Causa admiracion ver los escollos por donde pasaron los navios ingleses para envolver á los franceses. Esto era el 1.º de agosto de 1798; mas, en el año siguiente de 1799, el 25 de julio, Bonaparte vengaba el desastre destrozando con seis mil franceses á diez y ocho mil turcos que desembarcaron en estas mismas playas de Aboukir.

La entrada del puerto de Alejandría es difícil por la multitud de bancos de arena; pero el puerto es espacioso y seguro. Aquí se encuentran actualmente los lindos vapores de guerra que Ismael-Pachá ha mandado construir en Inglaterra y que va á entregarlos

al Sultan Abdul-Asis; pues el Gran Turco no quiere que tenga marina propia el Virey de Egipto.—La aduana de este puerto es mas rigurosa que las de Italia: nos han registrado hasta los bolsillos.

El primer aspecto de Alejandría es triste; se atraviesa por los barrios árabes que son desaseados, estrechos y de un polvo sufocante. La parte europea de la ciudad es bella y espaciosa; las calles anchas y bien embaldozadas; edificios magníficos con balcones del brillante mármol ejipcio, tan barato en Alejandría. Se sufre aquí un verdadero desengaño: nada hay que manifieste que esta es la ciudad de Alejandro, de Cleópatra, de los romanos &a. Si su ventajosa situacion no hubiera traido acá una corriente de inmigracion europea, Alejandría estaria reducida á uno de tantos pueblecillos árabes, que nada tienen notable, fuera de sus grandiosos recuerdos.

En la antigüedad, delante de Alejandía estaba la isla de *Fáros*, llamada así por el gran faro que allí habia, considerado como una de las siete maravillas del mundo. Los Faraones unieron esta isla con la ciudad por medio de una calzada; en esta calzada ó istmo está actualmente el barrio árabe, y en el *Fáros*, que ahora es una península, se ve el inmenso y rico palacio del Virey, fabricado por Mohammed-Alí, abuelo del Virey actual; cerca de este palacio están los arsenales, y en una eminencia se ve el fuerte Caffarelli, nombre que le viene de uno de los generales de la espedicion de Bonaparte.—El barrio árabe, *Heptastadion* es el que mas excita la curiosidad del que

por primera vez fija su vista en el modo de vivir de esta singular raza de árabes. Su vestuario es el mismo que usaban los antiguos patriarcas; así basta, amigo mio, ver una lámina de una biblia en donde estén Abraham, Jacob &a. para conocer á uno de estos hijos del desierto. Solo hay la diferencia de que en lugar del arco y de las flechas que llavaba Ismael, tienen un largo fusil á la espalda y un par de pistolas á la cintura. Se les ve al pié de las palmeras, con las piernas cruzadas, fumando su pipa, sentados en corro, miéntras que sus camellos se hallan rumiando á corta distancia. En las calles estrechas y tortuosas del *Heptastadion* están los departamentos de los artesanos, plateros, carpinteros, sastres, barberos &a. todos trabajan sentados, hasta los herreros se acomodan en el suelo para herrar los caballos. Las mujeres llevan un manto á la cabeza, y de la parte que cae á la frente cuelgan, por medio de un anillo, un velo que les baja hasta la rodilla; de suerte que no se les ve sino los ojos negros y brillantes. El calzado que usan es de tafilete de color amarillo y sin talon, lo que las obliga á andar lentamente y arrastrando los pies.

La plaza de los Cónsules es la mas notable de Alejandria; es un espacioso cuadrilátero de doscientos metros de largo y setenta de ancho. Uno de los dos lados menores ocupa el gran cuartel de los genízaros que es de arquitectura morisca; los dos grandes lados tienen una vistosa alameda de sicomoros, y la hermosa fuente del medio está rodeada tambien de arboleda. Esta plaza se comunica con la triangu-

lar de los franciscanos por una calle de árboles. La iglesia de San Francisco es de madera y tiene de notable las vistosas vidrieras regaladas por Luis Felipe y el lujo de sus altares. Los Lazaristas con las Hermanas de la caridad y los Hermanos cristianos poseen tambien bonitas iglesias, muy concurridas por los cristianos de Alejandría que son piadosos. Como casi toda la poblacion es mahometana, tiene esta ciudad mas de cien mezquitas, cuyos alminares son altísimos y tan delgados que parecen elevadas columnas que terminan en una aguda flecha coronada con la media luna.

Pocos restos se ven de la antigua grandeza de Alejandría. Llama la atencion *la gran columna de Pompeyo*, que se eleva magestuosa y esbelta en medio de un cementerio turco; la gran piedra que la forma tiene veintidos metros de alto y nueve de circunferencia; la altura total, inclusive el zócalo, base y coronamiento es de treinta metros. Se dice que en años pasados unos jòvenes ingleses marinos, colocaron, por medio de una cometa, una cuerda y subieron por ella hasta la cima de la columna, y hallaron en el plano superior las señales de los dos pies de la colosal estatua de Pompeyo que coronaba este inmenso monólito. Se cree que este monumento adornaba la plaza de la famosa biblioteca incendiada por órden del Kalifa Omar. *Las agujas de Cleópatra* son dos obeliscos, como el de la plaza de San Pedro en Roma y el de la plaza de la Concordia en Paris. El uno está en pié y su altura es de veintiun metros; el otro está caido y parte sepultado en la arena, ambos están cubiertos de gero-gli-

cos. Fueron trasportados de Heliópolis por Cleópatra, para adornar el templo erigido por esta reina en honor de César Augusto. El obelisco que está caido fué regalado á Inglaterra por Said-Pachá; y los ingleses todavía no saben como trasportar á Lóndres el pesado monólito.

Esta carta irá por el mismo vapor que nos ha traido á las costas de África, y que regresa hoy á Italia. Todavía escribiré á Ud. desde Alejandría mañana que parte otro vapor de la línea francesa. Miéntras tanto nos hallamos en la mas penosa situacion, sin saber cuando nos dirigirémos á Jaffa para ir á Jerusalen, pues ningun buque sale en estos dias á ese puerto. Tenemos tambien intencion de penetrar en el interior de este Egipto tan famoso, pero nada podemos hacer, hasta no asegurar el dia en que podamos ir á Tierra Santa.

Hoy haremos algunas otras escurciones por los alrededores de Alejandría, y tendré el placer de comunicar á Ud. todo lo que veamos. Hasta tanto encomiéndeme á Dios y disponga del corazon de su invariable amigo.

CARTA V.

El Cairo, febrero 4 *de* 1870.

Estimado amigo mio:

Ayer por la mañana tuve el placer de es-

cribir á U. desde Alejandría y hoy lo hago del Cairo, renombrada capital del Egipto. Hicimos una escursion por los afueras de Alejandría y visitamos el cementerio católico notable por la profusion de los hermosos sepulcros de mármol, casi todos de estranjeros que han fallecido en esa ciudad. Como á tres cuartos de legua de la muralla está el inmenso jardin de Morahenbey, perteneciente a los Vireyes de Egipto. Aquí se principia ya á palpar todo lo que nos habiamos figurado del lujo oriental. El jardin colocado á las orillas del canal del Nilo que pasa por el lado occidental de la ciudad, ofrece golpes de vista sorprendentes. La multitud de barcas y vaporcitos que suben y bajan por el rio, la robusta vegetacion, las elevadas palmeras, la situacion del palacio que tiene á lo largo del canal una soberbia verja de hierro dorado, todo hace que este jardin, que es el paseo público de Alejandría, sea lo mas bello y curioso de la ciudad. El camino que conduce á él es por sí mismo un pintoresco paseo; se llama *la avenida de Bruchion*, y está sombreado por hileras de encumbrados árboles. A un lado de esta calle se eleva *el Fuerte Napoleon* sobre una pequeña colina, desde donde se goza de una vista encantadora.

Como términos de comparacion, recordaré á Ud. algunas fechas que le indiquen el esplendor y la decadencia de esta ciudad. Dos ó trescientos años ántes de Jesucristo, Alejandría tenia seiscientos mil habitantes y sus murallas se estendian hasta el lago Moeris; esta época pertenece á los Ptolomeos. En tiempo de los Césares de Roma, Alejandría se llenó de

palacios, jardines públicos, grandes plazas &a. Las guerras de religion y las continuas sublevaciones contra los emperadores de Constantinopla en los siglos posteriores la hizo decaer sensiblemente. Con todo, cuando en 641 la conquistó Amron, á nombre del Kalifa Omar, todavía halló en la inmensa ciudad cuatro mil palacios, otros tantos baños pùblicos, quinientos circos ó plazas para diversion del pueblo, doce mil jardines y un número incalculable de estatuas, obeliscos y otros monumentos. Los judíos tenian un barrio especial y eran cuarenta mil. El jeneral Bonaparte en 1798 apénas halló seiscientos árabes, viviendo en pobres cabañas. En la actualidad tiene por todo cien mil habitantes.

De vuelta al hotel supimos, con mucho agrado, que el 6 tocaria en este puerto un vapor ruso, que el 7 llegaria á Pors-Said y el 8 á Jaffa. Oh, nos decíamos, ¡si pudiéramos ir al Cairo, subir á las pirámides, pasar á Suez, navegar en el nuevo canal, conocer Izmaelía y llegar el 7 á Port-Said! Pues bien, parte de este ensueño se ha realizado ya: estamos en el Cairo y acabamos de descender de la gran pirámide de Keops. ¡Oh amigo mio, este dia no se borrará nunca de mi memoria! qué cosas las que hemos visto! cuántas leguas hemos caminado!

Para que U. se forme una lijera idea del clásico país que hemos atravesado, diré á Ud. algo sobre la topografía de esta tierra de bendicion. El rio Nilo nace en el centro del Africa, atraviesa la Abisinia y la Nubia y penetra en el Egipto. Corre entre dos cordilleras

bajas y paralelas, las que cinco ó seis leguas ántes de llegar al Cairo se separan; la una con el nombre de Cadena Líbica va á perderse en los desiertos del Occidente, y la otra, la Cadena Arábiga, termina en el istmo de Suez. El rio, de mil doscientos metros de ancho, pasa majestuoso por delante del Cairo, y cuatro leguas mas abajo se divide en dos partes casi iguales. La una rama se inclina al Oeste y desemboca en el mar por Roseta cerca de Alejandría; la otra desemboca en Damieta, cerca de la salida del Canal de Suez. La distancia entre estos puertos es de treinta leguas, y la de la costa á la bifurcacion del Nilo es de cuarenta y cinco. El área triangular comprendida entre los dos brazos del rio y la costa, se llama *Delta*, por ser semejante en su figura á la letra griega de este nombre. El Delta no solo es la parte mas bella del Egipto, sino el país mas fértil del mundo. En el equinoccio de setiembre comienza á crecer el Nilo, y como el terreno es tan plano y tan igual, las aguas no corren sino que se hinchan y penetran por miles de miles de canales, que, como una red, se cruzan en todas direcciones y dejan un limo fecundo en esta privilegiada region. Apénas se retiran las aguas comienzan las siembras, y sin necesidad de laboreo alguno se hacen en el año cuatro y cinco cosechas abundantes como en ninguna comarca de la tierra. Este bello territorio es el que se atraviesa al ir de Alejandría al Cairo, y de este trayecto voy á hablar á Ud.

Salimos hoy á las cinco de la mañana de Alejandría, y á pocos minutos de marcha pene-

traba el tren en el inmenso lago Mœris, abierto por los Faraones para recibir los sobrantes del Nilo en sus crecientes estraordinarias. Sobre este lago, cuyo término la vista no alcanza, se ven los rieles en una estrecha calzada que se ha formado para la via férrea. A las ocho y media pasábamos el brazo del Roseta por un puente de hierro de veinticinco ojos. Al otro lado del puente principia el laberinto de canales del Delta. Los campos están cubiertos de verdura, los prados llenos de bueyes, caballos, camellos y carneros. En los canales suben y bajan centenares de buques con grandes velas desplegadas, y como el terreno es tan igual el viajero se forma la agradable ilusion de que las barcas caminan por sobre los campos y por entre los rebaños de animales. En los lugares á donde no llegan las crecientes se ve multitud de pintorescos pueblecillos con altos alminares y grupos de palmeras. Las bandadas de pelícanos, garzas, patos y otras aves acuáticas cubren las orillas de los rios y cañales. La poblacion es activa y laboriosa, y en todas partes están sembrando, cosechando, regando el terreno con norias y otros aparatos y siempre ocupados. A una media hora atraviesa el tren el otro brazo del Nilo (El Damieta) por un puente no tan grande como el del Roseta, pero tambien de hierro. Desde este lugar se principia á distinguir allá en los confines del horizonte las monumentales pirámides contra cuyas faces se han estrellado cuarenta siglos sin deteriorarlas. Casi no creia el ver con mis propios ojos esos monumentos, los mas grandiosos que ha erigido el orgullo humano; me

saltaba el corazon y tenia la mirada fija en aquellas inmensas moles que señalan la entrada del desierto.

A las once del dia llegamos al Cairo y nos informamos de que aun nos faltaban tres horas de camino á caballo para llegar á la base de las pirámides. No perdimos tiempo. El dueño del hotel nos proporcionó un coche tirado por dos robustos y veloces caballos, y nos hizo acompañar de un inteligente dragoman. Un cuarto de hora despues de nuestra partida estábamos en la bonita poblacion Boulak, de allí nos dirigimos por la orilla del rio, entre las ricas plantaciones y jardines de Ibrahim-Pachá, donde asesinaron al General Kleber, y pasamos parte del Nilo por un largo puente de barcas. Atravesamos diagonalmente la isla Geziret cubierta de bosques, palmeras y plantíos de algodon y caña de azúcar. Al otro lado de la isla hallamos un segundo puente semejante al primero, por el que llegamos á la ribera occidental del gran rio. Media hora galopamos por la orilla, rio arriba, hasta encontrarnos con el pueblo de Gizeh, desde donde se va en línea recta á las pirámides.

Una legua mas abajo y frente á frente de Boulak se ve el pueblecillo de Embabeh, donde estaba fortificado Mourad-Bey para resistir á Napoleon Bonaparte que venia á apoderarse del Cairo. El camino que tomamos desde Gizeh hasta las pirámides es precisamente el campo de batalla. Era el tres thermidor (21 de julio) de 1798; Napoleon supo que la artillería de Mourad-Bey estaba fija y no era movible; dividió toda su fuerza en cinco cua-

ádros de seis filas por lado, y se inclinó en su marcha hácia las pirámides fuera del alcance de los cañones de Embabeh. Mourad-Bey comprendió en el acto la intencion del general frances, y lanzó ocho mil mamelucos sobre los dos cuadros que iban delante y mas inclinados á las pirámides. ¡Espantosa carga! nos decia el dragoman, como si hubiera sido testigo de vista; ¡ocho mil ginetes galopando en caballos árabes en estas dilatadas llanuras! La artillería francesa hacia rodar por grupos caballos y caballeros; algunos de los mamelucos fueron á morir en el centro mismo de los cuadros, rompiendo las seis filas de que estaban compuestos. Los franceses casi no perdian un tiro de sus fusiles, y muy luego los soldados árabes, impotentes en la embestida, se arremolinaron en rápida carrera al rededor de los cuadros franceses, y dejando montones de cadáveres y heridos, huyeron espantados al campo atrincherado de Embabeh donde introdujeron el desórden. Napoleon se aprovechó del pánico, redujo los cuadros á columnas de ataque y sin mas tardanza que recorrer esta grande llanura se apoderó del pueblo y de todo el material de guerra. Mourad-Bey pasó el rio en una barca, reunió por la noche á todos los fugitivos y se retiró á la parte alta del Egipto. Veinticinco mil fueron los que defendian el campo de Embabeh.

El pueblo de Gizeh tiene tambien *sus glorias*, aunque no tan sublimes como las batallas de Napoleon, pero sí mas útiles. En este pueblo están los hornos mas acreditados para la cria de pollos. Todos los huevos del

Cairo los traen acá, y en veintidos dias de estar colocados en estos hornos, se fecundizan y dan millares de pollos. Para la crianza de estos *huéfanos* tienen preparados gallos á lo que, despues de castrarlos, se les ortiga el buche y quedan clueecos y amorosos de la cria que se les confia. En todo el Egipto tienen estos criaderos, pero los de Gizeh son de fama inmemorial.

A las tres de la tarde estuvimos al pié de la pirámide de Keops, la mas alta de todas. Pensábamos ascender solos y era imposible. Cada escalon tiene como vara y media de alto y las piedras muy rotas con los mármoles que han hecho rodar de arriba para las fábricas del Cairo. Tomamos dos beduinos para cada uno de nosotros, uno nos daba la mano y otro nos suspendia de atras. Nos ahogábamos de fatiga en medio camino. Al cabo de tres cuartos de hora nos tendiamos cansados en la plataforma de la cima: ¡habiamos triunfado! El panorama que se descubre desde esa altura es sin igual en el mundo. Al Oriente el Cairo, cerca del Nilo, rodeado de jardines con sus trescientas mezquitas y hermosos palacios; brillan al sol de la tarde las cúpulas doradas, los altísimos alminares, las blancas murallas de las fortificaciones y todo el lujo de edificios de esta sultana del Oriente. El Nilo corriendo como una faja de plata con todo el caudal de sus aguas hasta el Delta, y allí dividiéndose y subdividiéndose hasta lo infinito, y llevando la frescura, la fecundidad y la vida hasta donde llegan sus privilegiadas aguas. Al Sur las ruinas de Memphis

y una serie de pirámides semejantes á las de Keops. Al Oriente y al ocaso, mas allá de los terrenos regados, el desierto inmenso, sin fin, de color rogizo como el fuego y cubierto de médanos de finísima arena. Al pié, el gran palacio improvisado por Ismael-Pachá, para hospedar á la Emperatriz Eugenia cuando visitó en noviembre último el canal de Suez y el Cairo. ¡Cómo deseaba, amigo mio, tener á Ud. á mi lado! ¡Habria querido que nuestros amigos del Ecuador se hubieran extasiado en presencia de tanta sublimidad! Me contentaba con ver el sol que descendia lentamente á perderse tras la cadena de la Libia, y que en ese mismo momento estaria levantándose radioso en el horizonte de nuestra patria. La dicha y el dolor son comunicativos; y así como Ud. me falta en algunos instantes de amargura, así tambien le busco á mi lado cuando mi corazon se dilata de entusiasmo!

La ascencion á la pirámide se hace por el ángulo occidental; la altura perpendicular tiene ciento treinta y siete metros; la del plano inclinado, desde la cima hasta la base, ciento setenta y tres. Será bueno indicar á Ud. que la torre de la catedral de Strasburgo tiene ciento cuarenta y dos metros, la cúpula de San Pedro ciento treinta y dos, la flecha de los inválidos en Paris, ciento cinco; los alminares de la mezquita de Hassan, aquí en el Cairo, noventa y dos metros.—En las piedras de la plataforma hay millares de nombres de los viajeros que han subido á esa altura y escritos en todos los alfabetos conocidos.

A las cinco de la tarde estábamos ya al

pié de la pirámide, encendimos bujías y penetramos en las galerías interiores. La entrada es baja y se desciende por un plano inclinado á una profundidad espantosa. Sentiamos una opresion desesperante; los rostros de los beduinos, iluminados por las luces, eran siniestros. Disimulando lo mejor posible nuestras impresiones, que talvez eran de miedo, volvimos de medio camino, sin descender hasta el salon del fondo que corresponde á la mitad de la base y está al nivel del Nilo. Saliendo de esas tinieblas fuimos á visitar la Esfinje, como á quinientos metros de la pirámide: es un leon con cara y pechos de mujer, está tendido sobre su vientre y tiene cincuenta y siete metros de largo. La cara, desde la quijada hasta la frente, mide nueve metros. Están rotas la nariz y una mejilla; con los huecos que le quedan parece que respira el fuego del desierto. ¡Y esta enorme escultura es de un solo trozo de granito! Se sube por la cola, se pasea en la espalda y se llega fácilmente hasta la cabeza. Al ver el suelo desde la frente, da vértigos.

Visitamos últimamente las tumbas de los Faraones, fabricadas, no diré de piedras, sino de rocas cuadradas. ¿Qué clase de hombres eran aquellos, ó de qué aparatos se servian para mover y suspender en lo alto tan enormes pesos?

A las nueve de la noche entramos de nuevo en el Cairo. Es ya bien tarde, y sin poder dormir por las impresiones del dia, me he puesto á escribir á Ud. esta larga carta que la remitiré por el tren de la madrugada. Me despido de Ud, amigo mio. Hasta mañana.

CARTA VI.

Port Said, febrero 7 de 1870.

Mi siempre recordado amigo:

Felicíteme cordialmente: ¡estamos á las puertas de la Tierra Santa! Mañana amaneceremos, con la bendicion de Dios, en las costas de la Palestina que venimos buscando desde el otro hemisferio. Pero, ¡ay, el mar nos espanta! El vapor ha llegado al amanecer y partirá hoy á la una de la tarde; me queda tiempo de gozar el placer mas grato que he tenido en este penoso y dilatado viaje, cual es el de escribir á Ud. Hablemos, pues, de lo que nos ha pasado desde mi última carta.

El 5 por la madrugada, montados en asnos recorríamos á galope las tortuosas y estrechas calles del inmenso Cairo. ¡Qué poblacion tan compacta, diré así, y tan variada! Sin la mansedumbre y ligereza de nuestra humilde cabalgadura, habria sido imposible romper esas corrientes espesas de gente que circulan por los bazares y mercados. Un cuarto de hora de observacion en uno de estos lugares de gran concurso, basta para conocer las diversas razas que forman la poblacion del Cairo. Los *fellahs* ó árabes del campo; el beduino que vive en el desierto y que mira con altivo desden al árabe de las ciudades; el copto descendiente de los antiguos egipcios; el judío de mirada triste y concentrada; el griego despierto y activo llevando con gracia su gorro de largas

borlas &a.—La calle de Mouski es la mas concurrida y tiene almacenes de europeos á uno y otro lado. Los judíos cambiadores de moneda ocupan las aceras, principalmente á la salida de esta calle en la plaza Reumeileh que es la mas elegante de las plazas del Cairo. Aquí se eleva la mezquita del Sultan Hassan, una de las mas suntuosas y ricas que posee el mahometismo.

Desde esta plaza principia el plano inclinado para subir á la gran ciudadela, fabricada por Saladino en las faldas de la pequeña montaña de arena, El-Mokattam. Es un inmenso edificio circundado de altas murallas con dos elevados torreones á los lados. El interior se compone de tres grandes cuarteles, cada uno de ellos rodeado de una muralla inferior. Es un laberinto de patios, galerías, puertas que conducen á diversos departamentos y á los fuertes cubiertos de cañones. Parece una pequeña ciudad. Aquí están las oficinas públicas, los ministerios, la administracion de justicia &a. Visto el Cairo desde uno de los torreones muestra toda su estension y riqueza. Tiene tres kilómetros de largo y cerca de dos de ancho; trescientas veintisiete mezquitas, treinta iglesias de cristianos de diversas comuniones, diez sinagogas, setenta baños públicos, trescientas fuentes y mil trescientos depósitos de mercancías para las carabanas que llegan de la Arabia, del alto Egipto, de Argel, Trípoli &a. La poblacion, sin embargo de la espantosa mortandad en la peste de 1845, es de doscientos ochenta mil musulmanes, veinte mil coptos (cristianos), nueve mil franceses (los

europeos), cinco mil judíos y cinco mil entre griegos, armenios y drusos. Los orientales conservan los cementerios en el interior de las poblaciones, y estas necrópolis son tupidos bosques de altos cipreses. Así, el Cairo visto de la ciudadela parece erizado de alminares, de arboledas, de brillantes cúpulas y de los altos edificios públicos; todo lo cual hace que esta ciudad sea, despues de Constantinopla, la mas bella y la mas rica del oriente.

En uno de los patios de la ciudadela, que tiene una estrecha salida á la plaza Roumeileh, tuvo lugar un drama terrible y sangriento. Era el 1° de marzo de 1811; Mehemet-Alí, con pretesto de una fiesta reunió á los jefes de los mamelucos; todos acudieron á la cita fatal, y, cuando ya estuvieron juntos, el cruel y enérgico Pachá dió la órden del degüello. Emim-Bey, el mas hermoso jóven de todos, tomò su yegua por la brida y la hizo olfatear una grieta de la muralla. "El inteligente animal comprendiò, dice la leyenda, que tenia que salvar al gallardo mancebo, para que Fátima, la de los ojos negros, no muriese de dolor. Entónces el temerario mameluco, monta de un salto, invoca á Aláh, aguija al fogoso cuadrúpedo y, como si estuviese sobre Borak, la divina yegua del Profeta, traspone la elevada muralla y huye al desierto." Fué el único que salvó de la matanza: todavía se enseña al viajero el lugar por donde saltó el atrevido mameluco.

En otro patio de la ciudadela se observa un pozo de noventa y cinco metros de profundidad; los árabes dicen que fué abierto por

Joseph, hijo del patriarca Jacob, y lleva su nombre (Bir-el Jousef: la fuente de Joseph). A las diez del dia estábamos de vuelta en el hotel pasando por delante de la imponente y grandiosa mezquita de Touloun, toda de los mármoles mas ricos, traidos de las ruinas de Alejandría, de Memphis y de Thébas. En esta mezquita se hace los viérnes la oracion oficial.

A las once estábamos en el tren despidiéndonos de la gran metròpoli del Egipto. Media hora hacia que habiamos salido, cuando á lo léjos distinguimos las ruinas de Heliópolis. Un sentido y tierno afecto dirigimos desde el fondo del corazon á esas ruinas veneradas. Heliópolis fué la ciudad hospitalaria que recibió á Jesus, María y José cuando huyendo de la persecucion de Heródes vinieron al Egipto. Todavía existe el añoso sicomoro plantado por José, regado por la Vírgen y que daba sombra al niño Jesus. El antiguo canal que refrigeraba con sus aguas á los divinos huéspedes se conserva tambien. La viva imaginacion oriental ha realzado con bello colorido las tiernas y graciosas leyendas que tienen relacion con la sagrada familia. Se dice que Jesus salia con los niños de su edad á las márgenes del rio, y que los peces, para festejarle, saltaban en la superficie de las aguas; que tomaba en sus delicadas manecitas el limo de las orillas, formaba con él pajarillos, y estos, tomando vida entre los dedos del Divino *ceramista*, volaban alegres á las ramas á entonar cantos de dulce melodía en alabanza de su Hacedor. Cuando María buscaba por aquellas orillas á su querido Jesus fá-

cilmente daba con él; pues los árboles que á su paso se sacudian para saludarle, dejaban caer hojas y flores para entapizar el suelo, y siguiendo la Vírgen este rastro seguro llegaba al objeto buscado. El secular sicomoro y el campo que le rodea, donde estaba la habitacion de la santa familia, es ahora propiedad de la Emperatriz Eugenia: Izmael-Pachá se los ha regalado.

En el pueblo de Caliud el tren toma la línea del Oriente, y se camina á vista del Delta y por entre campiñas de sin igual hermosura. A la una de la tarde llegamos á Zaggazig, ciudad de ingleses; posee multitud de depósitos para las mercancías que pasan por el istmo, grandes fábricas de fundicion de hierro, inmensos almacenes para guardar las cosechas de algodon que las compran casi íntegras á los ejipcios; un gran hotel bien servido, todo dirigido por ingleses. Sagga-sig es la última ciudad del lado oriental del Delta; desde allí hasta Izmaelía el ferrocarril va todo por el desierto.—Hacia una hora que atravesábamos estos espantosos arenales, cuando oimos un ruido terrible, y sentimos que algo pasaba en el tren. Todos saltamos á tierra, y los wagones en un instante quedáron vacíos: la caldera de la locomotora acababa de averiarse. Pasamos tres penosas horas, sin tener qué hacer de nosotros. No podíamos estar dentro de los wagones, de temor de que el tren ingles, que debia venir, tropezara con el nuestro, ni era posible estar en la arena, pues la menor brisa nos cubria de polvo. Asomò el tren felizmente por el oeste y dimos gritos, hicimos señas

con banderas, hasta que paró; y, despues de mil protestas contra nuestro maquinista que tambien era ingles, nos empujaron hasta Ismaelía donde llegamos á las nueve de la noche.

Ayer domingo, 6 de febrero, conocimos la improvisada ciudad, fundada ahora nueve años á la márgen occidental del lago Timsah. Izmaelía está en la mitad del trayecto del canal, y tiene otro de agua dulce que viene desde el Nilo y sirve para el comercio de Suez con el interior del Egipto. Nueve años atras apénas vagarian por estos sitios los leones, las panteras ó algun beduino estraviado; ahora hay dos templos católicos, dos mezquitas, palacios, teatro, alumbrado de gas y ocho mil habitantantes. El lago Timsag, de cuatro á cinco leguas de estension, era famoso por la multitud de cocodrilos; habia tal abundancia que las carabanas huian de sus inmediaciones; ahora han desaparecido, porque el lago ya no es de agua dulce. En este lago se juntaron las aguas del mediterráneo y del mar rojo. Un poeta árabe recitó una oda sobre la apertura del canal, en presencia de la Emperatriz de los franceses, y una estrofa decia: "El mar de las perlas y el mar del coral han estendido los brazos por entre las dunas del desierto y se han estrechado las manos en la fuente de los cocodrilos."—El miércoles 17 de noviembre del año pasado (1869) fué un dia de fiesta para Izmaelía, Suez y Port-Said; ese dia fué la inauguracion del canal. *L' Aigle* vapor frances con la emperatriz abordo, fué el primero que, en treinta horas pasó del mediterráneo al mar rojo, y en seguida una armada entera de va-

pores, representantes de la marina de todas las naciones. Esa multitud de navios, todos empavesados como en triunfo, se reunieron en el lago Timsah. Ismael-Pachá hizo los honores de la recepcion en la ciudad de Izmaelía; en el banquete, el plato principal era una sopa de sesos de avestruz: ese plato costaba una cantidad fabulosa y la vida de muchos beduinos que habian perecido en el desierto en la caza de los avestruces. Concurrian á la inauguracion la Emperatriz de Francia, el Emperador de Austria, el príncipe heredero de Prusia y multitud de príncipes soberanos ó representantes de las casas reales de Europa; asistian muchos sabios, marinos, hombres de Estado, corresponsales de diarios é innumerables curiosos que habian venido de todo el mundo. La hermosa plaza *Champollion* en forma de estrella, era el centro de la fiesta; allí se encontraban cafées cantantes, salones de refresco y grandes mesas cubiertas de esquisitos manjares, todo costeado por el Pachá.

Ayer al mediodia salimos de Izmaelía en el vapor correo, y llegamos á Port-Said á las ocho de la noche, nevegando dicho canal que es la obra mas grande de este siglo. El canal principia en Suez, puerto del mar rojo, atraviesa los grandes lagos de *aguas amargas*, y llega al lago Timsah; sigue á Kantara y desde allí viene hasta Port-Said, puerto del mediterráneo, por medio del inmenso lago Menzaléh. Dos diques de arena á uno y otro lado del canal impiden que las aguas dulces de Menzaléh se mezclen con la salada del canal. La distancia de Suez á Port-Said es de ciento

sesenta y dos kilòmetros, la anchura del canal de cien metros, y su profundidad media de siete metros. A cada dos kilómetros se encuentran hermosos casinos, que sirven de *restaurantes*, rodeados de jardines y arboledas. La higuerilla (palma-christi) como la del Ecuador, es planta espontánea en estas orillas.

A las márgenes del canal y con las arenas que de él se han estraido se ha formado un monte, y en su cima está el palacio de Mr. Fernando Lesseps, director de la obra, casado con una jóven árabe, sinembargo de su avanzada edad. Este matrimonio, como todas las leyendas del Oriente, tiene su faz poética é interesante. Cierto dia del año suelen las jòvenes árabes regalar una rosa á los caballeros que las visitan, y á las circunstancias de este obsequio prestan suma consideracion, porque de ellas infieren el augurio de su ventura matrimonial. Así, cuando la rosa tiene la corola bien abierta, es presagio de felicidad, y de desdicha en el caso contrario. Al recibir su rosa el caballero Lesseps, galantemente hizo notar á la jóven, que la corola no estaba muy bien abierta: "lo he visto y por eso estoy triste", contestó la sensible árabe, lanzando á la vez á su interlocutor una elocuente mirada de ternura, poderosa para conmover el noble corazon del soberano del Canal, quien á pocos dias del suceso, y á pesar de su larga edad, era esposo de aquella candorosa hija del desierto.

Port-Said tiene de notable el ser edificada en donde ahora diez años estaban las aguas del mar. Con las arenas estraidas del canal

han formado el suelo de la ciudad retirando las aguas; tiene un faro de luz blanca que se distingue á veinte millas de distancia y dos diques de enormes piedras, el uno de dos mil quinientos metros y el otro de mil novecientos, que penetran en el mar é impiden que las corrientes llenen de arena la boca del canal.

¡Adios! amigo mio, se acerca la hora de embarcarnos; mañana escribiré á Ud. ya desde la Tierra Santa. ¡Adios!

CARTA VII.

Abordo de El Souvarow, *en el mar de la Siria,* 7 *de febrero de* 1870.

Querido amigo:

Hoy, despues de despachar la que tuve la satisfaccion de escribirle desde Port-Said, me embarqué, no diré en un vapor, sino en un palacio flotante. "El Souvarow" es un inmenso navio ruso, donde vamos bien acomodados mas de cuatrocientos pasajeros. ¡Qué lujo el del salon! qué grandeza y profusion en todo!—En el Mediterráneo hay varias líneas de vapores, y la competencia hace que los empresarios sirvan á los pasajeros lo mas *confortable* posible.

El mar está tranquilo y el sol reverberante; y despues de perder de vista las costas del Egipto y el gran faro de la boca del canal de Suez, entro en mi lindo camarote para escribir á Ud. y enviarle la carta por este

mismo vapor que no se detendrá en Jaffa sino media hora, y no tendré tiempo para escribirle desde tierra.

Hasta aquí, amigo mio, no he hecho sino *ver*; en esta carta quisiera *pensar*, y desde mañana que estaremos en la tierra santificada por las huellas del Hijo de Dios, desearia *sentir y adorar—adorabimus in loco ubi steterunt pedes ejus!* Reflexionemos, pues, algo sobre este Egipto que acabamos de dejar.

Usted recordará, mi caro amigo, lo que se refiere en el capítulo 47 del Génesis. Allí se dice que Joseph, despues de haber colectado en todas las ciudades del Egipto el sobrante del trigo de los siete años de abundancia, comenzó á venderlo en los siete de escasez. Los egipcios no tenian ya con que comprar el pan: habian entregado á Faraon todo su dinero y aun sus ganados. Entónces se presentan á Joseph:—"Señor, le dicen, ya nada tenemos y nos morimos de hambre. Entregaremos al rey nuestros terrenos y nuestras personas: que él sea el dueño de todo lo que poseemos y nosotros seremos sus esclavos".—Estas palabras son hasta hoy la constitucion política del Egipto. Es, talvez, el único país del mundo en que no exista el derecho de propiedad territorial, y en el que los súbditos sean los trabajadores *obligados* del soberano. Los Faraones establecieron esta soberanía sobre el territorio y sobre los individuos; los griegos la conservaron bajo su larga dominacion; los romanos continuaron esplotando el país de igual modo; la dominacion árabe y la turca nada han cambiado, y el Egipto actual se halla como el Egipto de

los primeros tiempos despues del diluvio. Así, este pueblo se encuentra en la situacion escepcional de ser colono en su propia patria, y sin libertad de trabajo, porque las fuerzas individuales están confiscadas inmemorialmente en beneficio del Estado.

Estas circunstancias han contribuido para que los soberanos inteligentes hubiesen levantado obras grandiosas por todas partes. La apertura del lago Mœris; esa infinidad de canales que, como una red, cubren todo el Delta; las pirámides; la multitud de obeliscos jigantescos &, todo muestra, que solo un poder que contara con la propiedad territorial y la del trabajo de los habitantes podria llevar á cabo tan colosales empresas.—El gobierno musulman puso esta privilegiada comarca bajo la tutela de un ejército mandado de Constantinopla, y á los soldados de este ejército les dieron el zahiriente nombre de *mamelucos*. Nunca el Egipto sufrió calamidades mas terribles, que bajo el dominio militar de esta milicia turbulenta. Lejos de la capital de Turquía, reconociendo apénas una dependencia nominal del gran Sultan, los mandarines del Egipto vivian en constante guerra civil, disputándose la posesion de esta riquísima comarca. Hallándose el vireinato en tal estado, apareció en las costas de Alejandría la espedicion francesa del general Bonaparte. La batalla de las Pirámides, la de Heliópolis y la toma del Cairo, debilitaron y casi anularon la autoridad de los mamelucos. En 1806, es nombrado Pachá de Egipto Mohamed-Alí, natural de Roumelia: era hombre que estaba á la altura de las necesidades

del Egipto; con una mano, digámoslo, reprimia la anarquía é insolente audacia de los mamelucos, y con la otra organizaba la administracion pública. El órden y la economía en los gastos, la apertura de nuevos canales, el cultivo de nuevos terrenos, el comercio libre para los extranjeros, la introduccion de máquinas, &a, &a. fueron como Ud. sabe, amigo mio los que en pocos años levantaron al Egipto casi al nivel de su antiguo explendor; pero los mamelucos no dejaban de ser una rémora para el adelanto del país. A pesar de las enérgicas y sangrientas represiones del Pachá, los motines y los desórdenes se sucedian sin intermision. En el año de 1811, Mohamed-Alí exterminó, en su propio palacio, á todos los jefes de esta milicia audaz.—Ibrain-Pachá continuó la regeneracion del Egipto, tan poderosamente impulsada por su padre. Said-Pachá heredó el talento de ambos, y tuvo la gloria de iniciar, con Mr. Lesseps, el gran canal de Suez. Con justo título se dió el nombre de *Port-Sait* á la ciudad fundada en la boca del canal, en el Mediterráneo. Ismael-Pachá, Virey actual, sucedió á los anteriores. Educado en Paris, amigo de los revolucionarios de Francia é Italia, Ismael-Pachá ha olvidado la *organizacion administrativa* para ocuparse en lo que él y los carbonarios que le acompañan llaman la *regeneracion política*. Todos los diarios del Cairo y de Alejandría no hablan ya sino de sufragio universal, de igualdad, fraternidad, pueblo, tiranía, libertad, independencia de Constantinopla, derechos inalienables &. Los pobres árabes que cultivan el terreno, (fellahs) sin pro-

piedad, sin ser dueños ni de su trabajo, van á depositar sus sufragios, con el mismo órden y obediencia con que proceden á cosechar el algodon y los dátiles. En las asambleas, reunidas en el Cairo, los señores diputados manifiestan la misma habilidad y patriotismo que los liberales de nuestras Repúblicas. El pobre pueblo, que en todas partes no sabe mas que obedecer y trabajar para otros, hace lo que le mandan hacer y dice lo que le ordenan decir. Todos los empleos están en manos de la canalla revolucionaria de Europa, con los mismos instintos de dominacion, el mismo odio al catolicismo y la misma tiranía cuando ejercen alguna autoridad, como los revolucionarios de todo el mundo. Estos pilluelos han abjurado el cristianismo y profesan la religion de Mahoma, no porque sean mahometanos sino porque serian mal vistos por los árabes á quienes dominan, si se mostrasen lo que son, ateos prácticos, indiferentistas descarados.

Estos son los mayores enemigos que tienen las órdenes monásticas: Franciscanos, Lazaristas, Hermanas de la Caridad, Hermanos Cristianos &a, reciben de los mahometanos señales de respeto; pero ¿de los apóstatas? Ah! esa es otra cosa. El odio á los religiosos es otro instinto universal en el anarquista de Europa, de América y de Africa.—¡Qué semejanza de sentimientos, de ideas, de lenguaje!

Se publican diarios en frances, en italiano y en inglés, y todos sus artículos y folletines están traducidos al árabe, en columnas paralelas al texto. Ya ha leido Ud. en los diarios franceses y en los de toda la América me-

ridional, esos epilépticos artículos sobre libertades públicas y derechos del hombre y, *mutatis mutandis*, encuentra Ud. en las hojas periódicas del Egipto, las mismas jeremiadas contra la tiranía, los mismos lugares comunes, las mismas zancadillas al *pueblo generoso*, al *pueblo libre ;* en una palabra, todas *las vanalidades* que á los amartelados amantes de la libertad les sirven para hacer ruido en todas partes. Y miéntras tanto Izmael-Pachá hace gemir á estos pueblos bajo el peso de las contribuciones que se cobran en especie, y con el rudo trabajo forzado en favor de los empresarios europeos. El gobierno ingles tuvo que intervenir en los consejos de la Sublime Puerta, para que el Sultan impidiera el infame tráfico de *Fellahs*, que hacia el Virey en el trabajo de la apertura del canal. "Los árabes mueren como moscas en esas penosas fatigas", decia el Ministro de la Gran Bretaña al Sultan Abdul-Asis.

Las cantidades gastadas por Izmael-Pachá para la inauguracion del canal, se acercan á mil millones de francos; pero está contento y satisfecho por haber recibido á los soberanos en la ciudad que lleva su nombre, (Izmaelia) en palacios improvisados que nada le cuestan.

Lo que pasa en Italia con los revolucionarios garibaldinos, es casi lo que se ve en el Egipto. La Sicilia, Nápoles, la Toscana, Módena, Venecia &a. gimen bajo el salvage despotismo de los libertadores del mundo. Sin contar con la feroz rapacidad que devora los bienes de la Iglesia, el pueblo, al cambiar de dueño, ha visto aumentarse las contribuciones,

tanto de dinero, como de sangre. Víctor Manuel, con la misma vanidad que Izmael-Pachá, quiere sostener un tren de potencia de primer órden, una gran marina, un numeroso ejército, torturando á un pueblo que no es muy adelantado, ni en el comercio, ni en la industria fabril, ni en la agricultura; y aquí como allá y como en todas partes, se quiere enjugar las lágrimas de las poblaciones con las huecas palabrotas de libertad! democracia! derechos del hombre &a! Basta que cualquiera mosalvete carbonario grite: *Morte ai preti!, morte al Papa!* (mueran los clérigos, muera el Papa), para que sea el *non plus ultra* del liberalismo y progreso.

Se hace ya de noche, amigo mio, y como nada tengo que contarle de lo que veo en el mar, le escribo solo para no perder la grata costumbre de escribirle todos los dias.—Adios!

CARTA VIII.

Jerusalen, febrero 10 *de* 1870.

Querido amigo mio:

Estoy en la Santa Ciudad! Se han llenado ya en mi corazon esos deseos, esas aspiraciones que agitan á todo cristiano de venir á estos venerandos lugares, cuna de la religion y teatro de acontecimientos que pertenecen, no á los anales de un pueblo, sino á la historia de la humanidad. Los peligros del via-

je, la multiplicidad de los variados objetos que he visto en las comarcas por donde he atravesado, todo habia contribuido á inquietar mi ánimo y á tener mi corazon intranquilo, pero ahora estoy satisfecho. Seria una profanacion visitar los santuarios de Jerusalen como se visitan las curiosidades de otros pueblos. Desde que llegué, me retiré á un bonito cuarto que los franciscanos de la Tierra Santa me han designado en la *Casa Nuova*. ¡Ay! amigo mio, basta reflexionar que uno está en la ciudad donde murió crucificado nuestro buen Jesus, para rebosar en santos sentimientos!

¡Singular coincidencia! mi compañero y yo estamos en las mismas habitaciones que, algunos meses ántes, ocupaban los señores don Juan Aguirre Montùfar y don Francisco Javier Leon, ambos amigos mios que dejé en Paris.

El mártes 8, amanecimos delante de Jaffa (la antigua Joppe) y el vapor fondeó á mas de una milla del puerto. Como á cien metros fuera del lugar del desembarque, hay una cadena de arrecifes que, vistos de léjos, parecen una muralla de blanca espuma: tal es la furia con que allí se rompen las olas del mar. Para ir á tierra se trasborda á grandes barcas, y en ellas se salva esa espantosa barrera de escollos, entre los cuales no hay mas que una puerta que queda en seco cuando resacan las olas que allí se estrellan con estruendo. Los turcos que manejan estas barcas, reman cantando y esperan una ola gruesa para dar sobre ella esa especie de salto de Léucades, donde por cierto se pone á prueba el

valor de los que venimos en busca de nuestro Amante Dueño. Un instante de vacilacion bastaría para que la barca se despedazase, por eso reman acompasadamente á fin de que no falten el coraje y el comun esfuerzo en el crítico instante. Vencido el peligro, sueltan los remos, lanzan gritos de entusiasmo y saludan á los pasajeros para cobrarles la propina que llaman *bakchís*.

Jaffa, vista de distancia, es una pintoresca ciudad. Fabricada en una colina, á orillas del mar; llena de elevados alminares y de hermosas palmeras, rodeada de estensos huertos de naranjos y de vistosos jardines, presenta la bella perspectiva de todas las ciudades del Oriente; mas cuando se visitan sus calles estrechas, irregulares y desaseadas, desaparece la ilusion. Pero Jaffa es una ciudad de la Tierra Santa, y abunda en recuerdos sagrados y piadosas leyendas. Aquí desembarcaban los cedros preciosos que, desde el Líbano, el Rey Hiran enviaba á Salomon para la fábrica del templo de Jerusalen; aquí se embarcó Jonas, cuando huia á Tarso esquivando los mandatos de Dios. Esta ciudad fué incendiada y sus habitantes pasados á cuchillo por Jùdas Macabeo. Tradiciones mas antiguas honran á Jaffa, pues se dice que existia ántes del diluvio; que en ella fabricó Noe el Arca y que, despues del cataclismo, fué reedificada por Japhet, quien le diò su nombre. En Jaffa resucitó San Pedro á Tabita, y tuvo la vision de la Sábana llena de animales inmundos. Hemos estado en la casa de Simon, huésped de San Pedro, y leimos allí el capítulo X de los *Hechos de los*

Apóstoles, en el cual se refiere la historia del Centurion Cornelio, que tiene relacion con la casa que visitábamos. Se ganan muchas indulgencias al leer los capítulos del Nuevo Testamento, en los lugares donde acaecieron los hechos que en ellos se refieren.

No acabaria esta carta si quisiese dar á Ud. noticia completa de los recuerdos históricos de esta ciudad, cuya posesion se han disputado durante siglos judíos y romanos, cristianos y musulmanes, árabes y turcos. Napoleon estuvo tambien en Jaffa, y allí dió la órden terrible de sacrificar cuatro mil prisioneros alvaneses y de envenenar á todos los soldados franceses enfermos, que no podian marchar á la toma de San Juan de Acre. En el convento de armenios se enseña el salon donde perecieron estos desgraciados.

Los franciscanos de Jaffa nos recibieron en su convento con la hospitalidad con que Abraham acogia en su cabaña á los peregrinos que se presentaban á sus puertas. El guardian es un muy franco español, y entre los religiosos se cuenta el P. Daniel que ha estado en Quito con el P. Gual: ¡qué consuelo recordar con un extranjero nuestro lejano suelo! Al oir nuestra lengua, despues de tanto tiempo, nos parecia haber encontrado la patria!

El mismo dia salimos de Jaffa con direccion á Ramleh. El camino atraviesa por los magníficos jardines y huertos de los residentes norte-americanos. Tras estos huertos de prodigiosa fertilidad, se encuentra una fuente situada en el lugar donde fuè la casa de Tabita, la resucitada por San Pedro. Aquí lei-

mos de rodillas el capítulo IX de los *Hechos Apostólicos*. Confieso á Ud. francamente, amigo mio, que no me es posible decirle todo lo que se siente en lo íntimo del alma al leer la sencilla y sublime narracion de estos prodigios en los mismos lugares donde sucedieron. La imaginacion y el entusiasmo hacen ver como vivas las personas de los tiempos de Jesucristo y de los Apóstoles. Saliendo de este lugar se camina por los extensos y fértiles campos, teatro de las hazañas de Sanson. Los sembrados de esta region fueron incendiados por las trescientas zorras que llevaban atadas en sus colas teas encendidas. Ahora son estériles llanuras, y solo se ve un olivar de las plantaciones de Colbert, en tiempo de Luis XIV. A la sombra de esos árboles vivaqueó una noche el ejército de Napoleon. A las cuatro de la tarde llegamos á Ramleh.

Ciudad pequeña casi entera de mahometanos; pues, entre sus cinco mil habitantes, apénas hay trescientos cristianos que viven cerca del convento de franciscanos, todos españoles. Despues de los honores de la hospitalidad, los mismos padres nos llevaron á conocer las antigüedades de los alrededores. Esta ciudad es la patria de Joseph y Nicodemus; en la iglesia dedicada á estos santos varones que sepultaron á Jesus, recitamos el capítulo XIX del evangelio de San Juan.—A las puertas de Ramleh, se ven las gigantescas ruinas de un convento de Templarios, y entre ellas se eleva imponente la alta torre llamada de *los cuarenta mártires*, toda de mármol oriental. Se suben ochenta escalones has-

ta la plataforma, desde donde se goza de una extensa y admirable vista. Desde allí se ve el pueblecillo de Beit-Dedjam, donde estaba el templo de Dagon, en el que los filisteos colocaron el Arca cuando la capturaron en las montañas de Gelboe; en ese mismo templo suspendieron la ensangrentada cabeza de Saul. Mas allá se distingue Lydda, donde San Pedro sanó al paralítico Eneas (Act. Apost. IX). Mas al oriente, en medio de una hermosa arboleda, está Sarfend patria de Goliat. Entrada la noche, volvimos al convento, y conocimos la celda donde durmió Napoleon. Los padres fueron asesinados todos por haber albergado una noche al capitan del siglo.

Ayer, de madrugada, salimos de Ramleh; y despues de tres horas de camino por las llanuras de Saron, entramos en los oscuros desfiladeros de las montañas de la Judea. Al pie de ellas está *Latroun*, patria de Dimas. Todas estas gargantas están cubiertas de ruinas entre las que se ven las de Kirgat-Baala, donde permaneció veinte años el Arca de la alianza. Despues de trasponer la primera cadena se avista un pequeño valle y en él una iglesia gòtica, fabricada por los cruzados, en honor del profeta Jeremías que los turcos la han convertido en corral de cabras.

Desde este lugar comencé á adelantarme; tenia el corazon muy triste, y deseaba que nadie me viera en la cima de la montaña, desde donde se ve Jerusalen! Caminé media hora esperando á cada instante ver la Ciudad santa tras cada colina que trasponia. De repente, ¡oh dicha! tuve á la vista las blancas

murallas de la ciudad de Jesucristo!....Descendí, ó mas bien me dejé caer del caballo; quise entonar el *Lauda Jerusalem*, y el salmo habia huido de la memoria!—Abrí el breviario y recé á gritos el *Laetatus sum in his quæ dicta sunt mihi: in domum Domini ibimus*! Cuánta verdad, cuántos consuelos encerraban esas palabras para un pobre peregrino de América que tenia medio mundo entre la patria y la santa tierra de los misterios! *Laetatus sum*! Sí: ¿qué corazon no se regocijaria, al sentir, al palpar la realidad de esa ardiente esperanza del Profeta—*In domum Domini ibimus*?—Despues de tantas fatigas y superados los peligros y dificultades del viaje, poníamos los pies en las sagradas huellas de David y decíamos con él: *Stantes erant pedes nostri in atriis tuis, Jerusalem.* Oh! Jerusalen, Jerusalen! hénos aquí á tus puertas: venimos á postrarnos en tus atrios, porque no somos dignos de poner la planta en la tierra en que pisó nuestro Dios!—*Illuc enim ascenderunt tribus, tribus Domini*: he aquí el título para que nos abras tus santuarios, pues somos de la familia del Señor, de las tribus de su pueblo: somos cristianos!

Una hora, por lo ménos, estuve solo en aquella altura con el corazon oprimido, devorando con la mirada las torres, las cúpulas de la ciudad de la Redencion: ella es triste, como debe ser el teatro del mayor de los sacrificios y del mayor de los crímenes. Rodeada de colinas áridas y pedregosas, de tierra sin verdura, parece que en sus recintos vive la maldicion, el *sanguis ejus super nos.*

En mi soledad no tenia quien me mostrara el Gólgota, ni los demas lugares de la Pasion: llegan mis compañeros de viage y nada pueden decirme tampoco, la emocion embargaba su lengua y el sentimiento les habia demudado el semblante. Pálidos, perdido el estímulo que sostenia el ardor del camino como yo, todos cayeron de rodillas y se postraron en el polvo. Despues de algunos instantes de absoluta falta de fuerzas, nos recobramos y principiamos el rezo de las lamentaciones de Jeremías. ¡Oh qué sentido el de las melancólicas frases del Profeta! Nunca encontraré mas tristemente patético el *Quomodo sola sedet civitas plena populo....Facta est quasi vidua, domina gentium*; ni mas lastimero y conmovedor el *Videte si est dolor sicut dolor meus*, ni mas terrible el *Peccatum peccavit Jerusalem!*—Al final de cada lamentacion no era posible contener los sollozos y las lágrimas con que todos acompañábamos el *Jerusalem, Jerusalem, convertere ad Dominum Deum tuum!*—Qué impresiones tan profundas, tan indefinibles, amigo mio! Por qué se quedó en Roma?

Desde el mismo lugar en que estábamos rezando, Godofredo y sus heróicos compañeros, con el rostro en el polvo y anegados en llanto, saludaron la ciudad santa; desde allí tambien cuántos Reyes, Príncipes y hombres grandes de todas las naciones han dicho con los mas humildes peregrinos: Jerusalen! Jerusalen!—Cuánto he deseado verle aquí, amigo mio, y sin duda que habria visto correr sus lágrimas, porque Ud. tiene corazon sen

sible.—Cómo se quedó en Roma?

La vista de Jerusalen hace olvidar todos los trabajos del viaje, todas las penas de esta santa perigrinacion. No hace mucho que la Palestina era casi inaccesible al viajero, y sin embargo siempre hubo corazones generosos, almas para el sacrificio, que arrostraron los peligros de entónces, la persecucion, la muerte por postrarse junto al sepulcro de Jesucristo. Y nosotros tan tímidos y cobardes, aun tememos el viaje á la Tierra Santa!

Al medio dia entramos en Jerusalen, en donde me hallo queriendo entrar en paz conmigo para recorrer los santuarios de esta famosa ciudad. Mañana celebraré mi primera misa en la Basilica del Santo Sepulcro, y entónces ojalá tuviera el espíritu del santo Simeon para decir tiernamente: *et nunc dimittis servum tuum in pace!*

Adios, amigo mio.

CARTA IX.

Jerusalen, febrero 11 *de* 1870.

Querido amigo:

Ayer remití á Ud. mi primera carta desde la Tierra Santa: hoy le escribo esta sin saber cuando se la enviaré, pues no hay bastante regularidad en la llegada de los vapores á Jaffa, y á veces Jerusalen queda incomunicada, cuando los vientos hacen inaccesible el pe-

ligroso y difícil muelle de aquel puerto. Pero le escribo, amigo mio, porque comunicarme con Ud. es ya una dulce necesidad.

Hoy he celebrado misa en el templo del Santo Sepulcro he rezado el *Via crucis* en la calle de la amargura y las *Estaciones* al rededor del Calvario.—¡Ah el Santo Sepulcro! Yo no sé cómo entramos á este templo, el mas venerado de la tierra!, el mas memorable santuario del mundo! El primer sentimiento que se experimenta es de tristeza, viendo á los turcos, guardianes de la iglesia, fumando en su divan, al pie del Gólgota, sin el menor respeto á semejante lugar. El templo es inmenso por su extension y grandioso por su majestad y belleza, pero de figura irregular y casi sin unidad de construccion. Santa Elena que le mandó fabricar no tenia otro deseo sino el de encerrar en el mismo recinto la tumba de Jesucristo, el monte Calvario y el lugar de la invencion de la Cruz. A este fin se ha levantado sobre el Santo Sepulcro una gran cúpula sostenida por enormes pilastras: una nave lateral encierra el Calvario, y tras este en otra nave se ven la capilla de Santa Elena y la gruta de la Invencion de la Cruz. Como este templo pertenece á cuatro comuniones diversas (católicos, griegos cismáticos, armenios y coptos), hay en su recinto varios edificios para habitacion de los sacerdotes que sostienen cada culto; y todos ellos no tienen mas salida que la única del templo. Esta circustancia y la de hallarse las llaves en manos de los turcos harán comprender á Ud. los desacatos, las riñas

que acontecen entre los que viven adentro. Las puertas no se abren todos los dias, por cuya razon se ha practicado en ellas una pequeña abertura con verjas de hierro para introducir la comida y lo que se necesita en el interior. Los franciscanos tienen allí mismo un bonito convento, en la parte norte del Santo Sepulcro, con una hermosa capilla en el lugar donde Jesus se apareció á María Santísima despues de la resureccion. En esta capilla he celebrado hoy. Le dije que en este santo lugar se cometen muchas irreverencias; pero en cambio es imposible que Ud. se forme idea de la devocion de los peregrinos. En la misa que yo celebraba no se oian sino sollozos y gemidos, y he dado la comunion á mas de sesenta de los que vinieron con nosotros desde Port-Said. Los rusos principalmente edifican por su piedad: qué devocion! qué llanto! Entran de rodillas al venerando templo y no salen sino empujados por los guardias; ¡y los pobres son cismáticos! Despues de misa subimos al Monte Calvario. Solo Dios sabe lo que pasaba en los corazones de los peregrinos que de los cuatro vientos habiamos venido á este Gólgota, donde se clavò el árbol de la Cruz para el gran sacrificio; al *Monte de la mírra*! al altar del holocausto! Aquí fué crucificado el Hijo de Dios, aquí fué sojuzgada la muerte, vencido el infierno y la humanidad redimida! Este monte se empañó con la sangre de Cristo! estas rocas oyeron sus últimas palabras, y en el aire que aquí respira se difundió su último aliento! Aquí postrados dábamos gracias

á Dios despues de nuestra primera comunion en Palestina. De cuando en cuando se oia algun suspiro comprimido que interrumpia el silencio que todos guardaban: ¡ay! sin duda era arrancado por el recuerdo de que esa misma atmósfera recibió los suspiros de María y los gemidos de la Magdalena!

A las once del dia nos dirigimos á la *Via Dolorosa* para practicar las Estaciones. De camino hemos ido visitando algunos santuarios de esta ciudad, en la que cada piedra es un recuerdo bíblico. Lo que mas impresion causa es la lectura de los capítulos del Nuevo testamento que tienen relacion con los lugares que visitamos. Para que Ud. se forme idea de estos sentimientos, pondré entre paréntisis la cita de lo que hemos leido. A poca distancia, al Oriente de la *Casa Nuova*, se encuentra la *Columna de la sentencia* cerca de la *Puerta Judiciaria*. Una antigua tradicion asegura que en esa columna se fijaban las sentencias de los condenados á muerte: en alla estaba tambien la de Jesus! Por la *Puerta Judiciaria* salió de la antigua Jerusalen el Señor para morir en el Calvario. A pocos pasos de este lugar se muestra una casa que, se dice, era la del rico avariento, de cuyas migajas vivia Lázaro el pobre. (Luc. XVI v. 19....31). Como á cien metros de esta casa, se presenta el Pretorio de Pilatos: es un arco que va de un lado al otro de la *Via Dolorosa* y que, con otro arco que está en lo interior de la Iglesia del Pretorio, sostenia la galería, desde donde el Gobernador romano presentó ante el pueblo á Jesus despedazado,

por los azotes. [San Juan XIX v. 4 y 5]. Se cambia de direccion y á unos veinticinco metros del Pretorio está el lugar del palacio de Heródes, Tetrarca de Galilea, que hizo cortar la cabeza de San Juan Bautista y se burló del Salvador. [San Luc. XXIII v. 6....12]. A unos cuarenta metros al Oriente de esta casa, se ve un cuartel de turcos, en el mismo lugar de la torre Antonia, anexa al palacio de Pilátos. En el interior de este edificio coronaron de espinas al divino Jesus! A pocos pasos se halla el templo de la *Flagelacion*, perteneciente á los franciscanos. ¡Ay, amigo mio, apènas comprenderá Ud, por esta descarnada relacion las emociones que dominan mi alma! Mas, qué puedo decirle para que Ud. forme idea de lo que aquí se esperimenta? Habria necesidad de escribir con lágrimas! La lectura de los trozos del evangelio que voy citando le hará conocer algo de lo que aquí se siente, á vista de las huellas del Salvador.

Entramos en la pequeña iglesia de la Flagelacion de Nuestro Señor para prepararnos á la *Via crucis*. Oh! recorrer las mismas calles, seguir los pasos, detenerse en los mismos lugares, besar los sitios por donde Jesus caminó con la cruz sobre los hombros, donde cayó tantas veces! Qué felicidad! pero qué tormentos para un corazon cristiano!

La 1ª Estacion *(Jesus sentenciado á muerte)*, está en lo interior del cuartel turco, y por eso se reza en la calle á poca distancia del lugar donde estaba la *Escala santa* que ahora se venera en Roma junto á San Juan de

Latran.—La 2ª estacion *(Jesus carga la cruz)*, tiene lugar al pie de la *Escala santa*. Se camina mas de doscientos metros para llegar á una esquina, lugar de la 3ª estacion *(la primera caida del Salvador)*. A unos treinta metros se halla otra esquina, por donde la Vírgen María llegó á la *Calle de la amargura*, guiada por la feroz algazara de los que conducian á su Hijo al patíbulo: esa bocacalle es la 4ª estacion *(el encuentro de Jesus con su Santísima Madre)*. Se sigue la misma direccion hasta veinte metros y allí, al doblar otra esquina, viene la 5ª estacion *(El Cireneo ayuda la cruz)*. Desde este lugar principia la subida del monte por la calle que, en plano inclinado, corre al Oeste. A ochenta metros de aquí se ve un trozo de columna incrustado en la pared; allí fué la casa de la compasiva Verónica que salió á *limpiar con un paño el rostro de Jesus* (6ª estacion). Seis metros mas arriba y casi frente á frente de la habitacion de la Verónica, dicen las leyendas que vivia el pobre zapatero que al pasar Jesus le dijo: *Anda!* y á quien los siglos han dado el nombre de *Judio Errante*. Como á cien metros, subiendo siempre, se halla el lugar de la *Puerta Judiciaria* donde *Jesus cayó por segunda vez* [7ª estacion]. Pasando esta puerta hay una superficie plana en medio de la que se eleva el Calvario. En tiempo de Jesucristo estaba todo esto fuera de la ciudad, ahora en aquella planicie se han construido muchas casas de cristianos. En el área contigua á estas casas hay una columna caida, y es el lugar donde Jesus habló á *las mu-*

jeres de Jerusalen que le seguian llorando [8ª estacion]. *La tercera caida del Salvador* [9ª estacion], está cerca de la muralla del templo que hoy encierra el Santo Sepulcro entre las ruinas de un convento de conónigos regulares establecidos por los cruzados y degollados por Saladino en 1180.

Las cinco estaciones restantes están dentro de la Basílica de las que nada diré á Ud. porque voy á hablarle de la procesion que, despues del rezo de completas, se hace todos los dias en lo interior del templo y que, por lo mismo, tiene relacion con estas estaciones.

A las cuatro de la tarde se reunen los peregrinos en la *sacristía latina* del templo, allí, á cada uno se le da una bugía y un cuaderno de los himnos, antífonas, versos y oraciones que se van á cantar. Se dirigen al altar del Santísimo Sacramento y se entona el *Oh Sacrum convivium!* y la oracion. Despues van al altar donde está un trozo de la columna en que ataron á Jesucristo para azotarle. En el trayecto se canta, por doce religiosos, un himno lleno de sentimiento. Al llegar á la columna, el Preste entona, en voz alta y solemne, la antífona siguiente: *Apprehendit Pilatus Jesum et flagellavit, ac tradidit eis ut crucifixeretur:*—Pilátos aprehendió á Jesus, le hizo azotar y le entregó para que fuese crucificado. Sigue la procesion hasta el lugar en que estuvo nuestro Señor con los dos ladrones miéntras se preparaba la cruz; la antífona es:—*Yo te saqué del cautiverio de Egipto, sumergiendo á Faraon en el Mar Rojo, y tú, pueblo mio, me tienes cautivo,* AQUÍ, *en*

esta cárcel oscura? De allí se pasa al lugar donde los soldados echaron suertes sobre las vestiduras del Salvador y se canta la antífona:—*Los soldados, cuando crucificaron á Jesus, tomaron sus vestiduras, las dividieron,* AQUÍ, *en cuatro partes y echaron suertes sobre su túnica.* Se desciende por veintinueve escalones y se llega á la capilla subterránea de Santa Elena: se bajan trece gradas mas y se penetra en la gruta iluminada donde se encontró la Cruz, allí se entona:—*Oh! Cruz bendita, encontrada* AQUÍ; *sola tú fuiste digna de llevar al Rey y Señor de los cielos!* Se canta el *Vexilla Regis*, y de vuelta á la capilla de Santa Elena la siguiente antífona:—*Elena, madre de Constantino, peregrinó á Jerusalen y en* ESTE LUGAR *halló la Cruz del Señor.*

De esta capilla sube la procesion hasta el pie del Calvario, y por una escala de veinticinco gradas llega á la cima del Santo Monte: allí, en el lugar en que desnudaron á Jesus y volvieron á ponerle la corona de espinas, se canta:—*Pueblo mio! yo puse en tus manos un cetro real y tú,* AQUÍ, *colocas en mi cabeza una diadema de espinas!* En el lugar de la crucifixcion del Salvador se entona:—*Llevaron á Jesus con la Cruz sobre sus hombros fuera de la ciudad, y llegando á* ESTE *lugar llamado* DE LAS CALAVERAS, *en hebreo* GÓLGOTA, *le crucificaron!* El Preste se postra en tierra y en voz de lamento, esclama, AQUÍ *taladraron mis pies y mis manos!* el pueblo contesta: *y se pudieron contar todos mis huesos!*—Se dan

algunos pasos mas, el Preste vuelve á postrarse colocando la frente en el lugar mismo donde estaba plantada la Cruz; un religioso, con voz profunda y solemne, recita estas palabras:—*Era la hora de sexta y las tinieblas cubrieron la tierra hasta la hora de nona, y el sol se oscureció y el velo del templo se rasgó por la mitad, y Jesus, clamando con grande voz, dijo:* PADRE, EN TUS MANOS ENCOMIENDO MI ESPÍRITU! *y diciendo esto* AQUÍ, *espiró!*.....Como un cuarto de hora todos estuvimos postrados en ese suelo bendito, el mas santo de la tierra. Los religiosos cantaban el himno *Lustris sex qui jam peractis*, y nosotros les acompañábamos con nuestros sollozos....

Descendimos del Calvario hasta la piedra donde ungieron el cadáver de Jesus. De allí se pasa al Santo Sepulcro; y miéntras cantan los religiosos, el Preste penetra en la tumba del Señor. Cuando se concluye el himno sale del Sepulcro y dirigiéndose al pueblo esclama: *Buscais á Jesus Nazareno que fué crucificado? Resucitó! ya no está* AQUÍ; *ved el lugar en que le pusieron: está vacio!*— Otro religioso grita entónces, lleno de entusiasmo: *Surrexit Dominus de* HOC *sepulcro, alleluia;* y todos contestan: *Qui pro nobis pependit in ligno, Alleluia!*

La procesion se detiene en el lugar donde Jesus se apareció á la Magdalena despues de la resurreccion, y termina en el altar que se ha erigido en el sitio de la aparicion del Salvador á su Santísima Madre. Se canta la letanía de la Vírgen y queda concluida tan her-

mosa devocion, cuyos piadosos atractivos embargan semanas y aun meses á los peregrinos que bien querrian dejar su alma en estos lugares santificados por la presencia de nuestro Redentor Jesus. Qué abnegacion! que fe tan ardiente la de los religiosos franciscanos que aquí moran, dispuestos al sacrificio de su vida, y reducidos al perpetuo cautiverio de su amor á Jesucristo. Toleran el despotismo de los turcos, la animadversion de los impios, la arrogante altanería de aquella canalla incrédula que, arrojada de Europa por el torbellino de la revolucion, ha venido á predicar *la libertad y la fraternidad* de las lógias al pie de la montaña de la redencion, en el centro de la verdadera libertad! Solo estos religiosos, de temple tan español, podian encararse con la osadía de tales *liberales*, y recibir siempre con caridad á esa multitud de vagabundos que pagan indignamente el gratuito hospedaje que se les da en *Casa Nuova*.

El Sacristan del Santo Sepulcro es un religioso español que hace cuarenta años no sale del templo.

Me despido de Ud, amigo mio, hasta mañana.

CARTA X.

Jerusalen, febrero 12 *de* 1870.

Amado amigo mio:

Comienzo por anunciarle que esta y mis dos

anteriores no podrán salir hasta el mártes 15. Entónces volveré á escribir á Ud. para referirle lo que vea y contemple hasta ese dia. Hoy que es el aniversario de mi ordenacion quise celebrar misa en el Calvario; pero no lo pude, pues hay necesidad de inscribirse desde la víspera para que el sacristan señale la hora que á cada sacerdote le corresponde al dia siguiente. Sin esta precaucion no habria órden entre la multitud de sacerdotes peregrinos que siempre hay en Tierra Santa. Sin embargo, tuve la felicidad de ofrecer el santo sacrificio en el altar situado donde Jesus, en traje de hortelano, se apareció á la Magdalena despues de la resurreccion. En Jerusalen todas las misas son *votivas*, esto es, no son de la fiesta que corresponde á nuestra tabla ó calendario, sino del misterio que tiene relacion con el lugar donde se celebra. Así, en el altar de la Magdalena, siempre se dice la misa del sábado ántes de *Quasimodo*, cuyo evangelio [Joan. xx v. 1....18] es la historia completa de lo que acaeció en este lugar. Difícil es que allá podamos comprender todo el sentido que tienen las misas que se dicen en los santuarios de la Palestina. Qué poesía! qué tierna oportunidad la de los *graduales*, *introitos*, *ofertorios* &a.—Toda la mañana la hemos ocupado en visitar los lugares notables del gran templo del Santo Sepulcro. Desde luego, todo peregrino toma en sus manos la espada y las espuelas de Godofredo, que se conservan en la sacristía latina. La espada es larga y tan pesada que con razon el esforzado Capitan cortaba con ella, de un

solo tajo, el cuello de un dromedario. Las espuelas son de cobre, y sus desmesuradas rodajas llenan de admiracion á los europeos: Ah! ellos no han visto cuales las usan los campesinos de los Andes!

En el Calvario llama la atencion la abertura de la roca, acaecida en el terremoto del primer viérnes Santo de los siglos. Es una grieta profunda, y algunas leyendas orientales aseguran que va hasta *el centro de la tierra.* A un lado de la grieta, cerrada con una reja de plata, está el hueco en que se sostuvo la Cruz. Por una Puerta pequeña entramos á la *Capilla de Adan;* gruta bastante espaciosa debajo del Calvario y que corresponde al lugar de la crucifixion. Allí se observa tambien la grieta de la roca, que no desciende en línea recta; pues soltando una piedrecilla desde el Calvario, baja golpeándose en las paredes de la hendidura y cae en la cueva. Una antigua tradicion, que viene desde los judíos, asegura que Noé, al entrar en el arca, ántes del diluvio, se llevó consigo los cráneos de Adan y Eva, para conservar estos venerandos restos de los padres de toda la humanidad. Despues de la catástrofe, los depositó en la mencionada gruta, por cuya razon á esta pequeña altura llamaban los judíos: *el Monte de las calaveras ó Calvario;* y por esto tambien al pié de los Crucífijos suele verse una calavera entre dos canillas. Què tradicion tan significativa! La sangre que corria para lavar los pecados del mundo, habia empapado las *cabezas* de los dos primeros prevaricadores, que trajeron á la tierra el peca-

do y la muerte! En la *Capilla de Adan* celebran los franciscanos los funerales de los reyes y personajes de distincion, que han dispensado favor ó proteccion á los santos lugares. Aquí mismo estaban los sepulcros de Godofredo y de su hermano Balduino 1º; los griegos los han destruido para cancelar así los títulos de la antigua soberanía de los latinos.

La parte mas hermosa del templo del Santo Sepulcro es la nave de los griegos, frente á frente de la tumba del Salvador. En la mitad de esta nave se ve una pequeña columna, de medio metro de altura: *es el centro de la redondez de la tierra.* Los pobres rusos cismáticos se postran delante, abren los brazos, apoyan la frente sobre la columna y se están un buen rato *orientándose.* Esta operacion y la de llevar el fuego sagrado que se reparte aquí el sábado santo, es la suprema dicha para estos desgraciados fanáticos, que vienen por centenares desde la Siberia. El altar en que celebran los griegos, casi todo él chapeado de oro, se llama *Sancta Sanctorum.*

La escursion de hoy la hemos hecho por la parte Sudoeste de Jerusalen: hácia este lado está el *Monte Sion,* donde aun se ven la fortaleza de David y las torres de Hippicos, de Mariamna y de Phasael. En la fortaleza de David, *(Turris davidica)* se ve una ventana ogival, y la tradicion musulmana dice que allí estaba el oratorio del Rey Profeta. Todo este inmenso edificio es actualmente cuartel de soldados turcos. Frente á la puerta de la fortaleza, se ha situado un templo protestantes, en el mismo lugar del palacio de Heróde

el Grande, que habló con los Magos é hizo degollar á los Inocentes. Siguiendo la misma direccion, se encuentra una plazoleta, á cuyo término se ve la puerta de hierro de un convento de religiosas armenias: la capilla de este convento se ha construido en el sitio de la casa de Anas, donde Jesus fué interrogado y sufrió una bofetada (Joan XVIII, v v. 13....23). Cerca de este edificio, se halla el magnífico colegio armenio: gran biblioteca, acopio inmenso de manuscritos, multitud de estudiantes. Este colegio goza de gran crédito; sinembargo, ni los profesores ni los educandos sabian ingles, frances, italiano ni español. Nos entendiamos por señas; y despues de recíprocas y mudas reverencias pasamos á la iglesia que es la catedral armenia, dedicada á Santiago el Mayor. Se ha erigido en el lugar en que el Santo Apóstol fué decapitado por Heródes Agripa [Act. Apost. XII, v. 1 y 2], y se cree que, tan bella como es, fué fabricada por los españoles que vinieron entre los cruzados. En una capilla se conservan tres piedras: la una traida del Sinaí, la otra del Thabor y la tercera del lecho del Jordan. La cúpula es hermosa.

A corta distancia de este templo se encuentra la *Puerta de Sion*, por la que se sale de la ciudad, y á unos cuarenta metros, se venera el lugar donde algunos judíos quisieron arrojar el cadáver de María Santísima que los Apóstoles llevaban á enterrar en el valle de Josafat. Quedó muerto el primero que extendió su mano para esta sacrílega profanacion: los demas cegaron instantáneamente!

A unos cincuenta metros de este lugar se halla otra puerta de hierro que da entrada á otro convento armenio, edificado en el sitio de la casa de Caifas, donde Jesus fué interrogado: Pedro negó allí á su Divino Maestro! [Joan. XVIII, v v. 24....27]. [Luc. XII, v v. 61....71]. El lugar en que el Señor pasó aquella terrible noche es una capillita á la derecha del templo. La piedra que sirve de altar mayor es la misma que cubria el sepulcro y fué quitada por el ángel en el momento de la resurreccion [Matth. XXVIII, v v. 1....5]. Esta piedra se besa en tres lugares que al efecto se han dejado descubiertos.

No léjos de este templo se ven todavía unas grandes piedras en medio de un campo, allí fué la casa en que vivia María Santísima con San Juan; en ella murió la Madre de la Vida, la purísima Vírgen, huérfana y desamparada de los hombres!

Por todos los santuarios que hemos visitado se pasa para llegar al principal, el CENÁCULO. Los mahometanos han convertido este venerando santuario en una mezquita, que llaman *Nebi el Daoud* (el profeta David), porque creen que en un subterráneo de este templo que en la antigüedad ha sido cristiano, está el sepulcro de David, á quien veneran mucho los turcos.

Mas de dos horas hemos pasado en este lugar donde se instituyó el Santísimo Sacramento (Luc. XXII, v. v. 14....20). Aquí el humilde Jesus lavó los piés á sus discípulos y predijo la traicion de Júdas (Joan. XIII v. v. 1....38). En el Cenáculo se les apare-

ció dos veces despues de la resurreccion [Joan. XX, v v. 19....31]. Aquí Matías fué elegido Apóstol, para reemplazar al pérfido Júdas (Act. Apost. I, v v. 13....26). En este lugar descendió el Espíritu Santo en forma de lenguas de fuego sobre María y los Apóstoles [Act. Apost. II, v. v. 1....4]. Le ruego, amigo mio, se figure que Ud. está postrado en el Cenáculo, y que así lee detenida y lentamente los pasages del Evangelio que le cito: ah! su fantasía, enardecida con la emocion, evocará con facilidad á todas las personas que celebraron el primer Pentecostés del cristianismo. Sí, amigo mio, tengo seguridad de que Ud. habia de ver á Jesus, á María, á Pedro, á Juan. Es tal la veneracion que, á su modo, profesan los mahometanos á esta mezquita, que, para arrancarla de poder de los cristianos, degollaron á todos los franciscanos que aquí tenian un convento y casa de hospicio. En 1558 ocurrió esta bárbara carnicería y, desde entónces, el Cenáculo santo está en poder de ellos, y ningun cristiano podia visitarlo hasta la guerra de la Crimea, en cuyo año el Sultan permitió la entrada á los peregrinos. Con todo, en noviembre del año pasado en que hizo su peregrinacion el Emperador de Austria, no pudo penetrar en la capilla subterránea donde se dice que está la tumba de David.

Como á trescientos metros del Cenáculo y en direccion al Oriente, se encuentra la gruta donde Pedro fué á llorar amargamente la cobarde ingratitud con que negó á su Divino Maestro. Parece que estaria esta cueva dentro de un templo, pues se ven las ruinas de

los cimientos, actualmente es un muladar!

Se vuelve por el mismo camino, pasando por delante del Cenáculo, y se entra á la ciudad por la puerta de Sion. En la parte interior y arrimadas á la muralla se ven las chozas de los leprosos, que viven miserablemente en este lugar.

Entre el monte Sion y las ruinas del templo de Salomon se estienden los barrios judíos, único punto que de toda su antigua patria ocupan estos desgraciados! En el centro de este barrio, un convento de *Sirios Jacobitas* ocupa el sitio en que fué la casa de María, madre de Márcos, donde se refugió San Pedro despues que el ángel le libertó de la prision en que le tenia Heródes. [Act. Apost. XII, v v. 1....19].

Ay! amigo mio, imposible es poder decir á Ud. todo lo que tengo aquí dentro del corazon! Pero escribo á un sacerdote católico y él comprenderá la situacion de mi alma! Apénas le envio una árida lista de los lugares que he visitado, pero esa lista contiene los nombres de la Torre de David, el monte Sion, el Cenáculo, las casas de Heródes, de Anas, de Caifas. Y estos nombres hallan un eco profundo allá en el fondo de nuestra vida! Esos nombres han resonado en nuestros oidos desde la infancia y en las épocas mas solemnes de nuestra existencia!—Amigo mio, ¿por qué no vino á Jerusalen?—Siempre le haré esta amistosa reconvencion, porque conozco su piedad y no se me oculta el ópimo fruto que habria recogido aquí donde se ven, donde se palpan las misericordias del Señor.

No hay mas tiempo que para ofrecerle mis recuerdos y mis letras en la primera oportunidad, deseándole buena salud, para que á lo ménos concurra al Cenáculo en que los Obispos del mundo católico van á recibir las inspiraciones del Espíritu Santo.

CARTA XI.

Jerusalen, febrero 15 *de* 1870.

Amado amigo mio:

Hoy que con mis anteriores sale esta carta á Roma, me despido para de aquí á tres dias, tiempo que durará la peregrinacion que vamos á hacer al mar Muerto, el Jordan, Jericó &a. Ántes de partir diré á Ud. algo de lo que he visto y me ha ocurrido desde mi última carta.

El domingo 13 celebré misa en el monte Calvario, en el mismo lugar donde clavaron en la cruz á nuestro Salvador! En los dias anteriores, habiamos leido allí la historia de la Pasion por todos cuatro evangelistas; en aquel dia como en accion de gracias, recité en voz alta el salmo 21. Ud. sabe, amigo mio, que Jesus pronunció desde el santo madero las primeras palabras de aquel salmo, en el que David narra, no como profeta sino como historiador, las mas dolorosas circunstancias de la agonia de Jesucristo. *Dios mio! Dios mio! por qué me has desamparado?* decia el Se-

ñor al Eterno Padre, y antiguas tradiciones afirman que Jesus recitó todo el salmo. Medite Ud. en su corazon é imagine lo que pasaria en los nuestros, al encontrarnos con las siguientes palabras que resonaron en este mismo Gólgota en aquel dia terrible en que tuvieron su cumplimiento:—*Dios mio! á tí te llamo en este dia y no me oyes! Vedme que soy un gusano y no un hombre; me he convertido en el oprobio de las gentes y en el desprecio de la plebe....Todos los que me ven se burlan de mí, abren sus labios para increparme y mueven la cabeza en señal de desprecio! La gran tribulacion ya se acerca, y no hay quien venga en mi auxilio. Mis enemigos me rodean como toros rabiosos y rugen de ira como leones. Como corre el agua, así se me escapa la vida por todas mis heridas, y mi corazon se derrite como cera dentro de mi pecho....Mi fuerza se ha secado, como un vaso de barro puesto al fuego, y mi lengua sedienta se ha pegado al paladar.... Han taladrado mis pies y mis manos y me han descoyuntado, hasta poder contar mis huesos....Se han dividido entre ellos mis vestiduras y sobre mi túnica echaron suertes!!..* Ah! cuando David, arrebatado por el espíritu profético cantaba estos versos en la montaña de Sion, ochocientos años ántes del sangriento deicidio, instintivamente volveria sus ojos anegados en llanto á la roca del Calvario, y nosotros, mil ochocientos años despues, no podemos recitar esas dolorosas estrofas en este lugar sino ahogándonos en nuestros gemidos! Con qué claridad se ve desde aquí la sobera-

nía del Hombre-Dios sobre todos los siglos y los hombres! La antigüedad tenia fijo su corazon en la cruz que se elevó aquí, y todos los siglos siguientes, hasta la consumacion de los tiempos, no han podido ni podrán vivir sino de la vida que brotó á torrentes del costado abierto del Salvador del mundo:—*Jesu-Christus heri, hodie et in sæcula!* En esta pequeña colina venian á parar las aspiraciones, las esperanzas de todos los pueblos de la antigüedad, y de esta pequeña colina comenzaron á correr los raudales de luz, de amor y de ciencia que forman el patrimonio de los pueblos regenerados. Qué grande, qué magnífico, es el cristianismo, amigo mio! Y qué pequeña, qué despreciable, qué vil es la impiedad! Con razon San Luis se honraba mas con el título de cristiano que con el de Rey de Francia.

Ese mismo dia hicimos nuestra escursion por la parte oriental de la Santa Ciudad.—Despues de recorrer la *Via dolorosa*, á poca distancia de la torre Antonia se encuentra una bella iglesia recientemente fabricada por los franceses; es el lugar de la casa de San Joaquin y de Santa Ana. En la nave de la derecha está la cripta donde nació la Santísima Vírgen. Este interesante santuario era una mezquita turca, y Abdul-Medjid, Sultan en tiempo de la guerra de Crimea, donó á la Francia este devoto lugar. Frente á frente de esta iglesia, calle por en medio, se visita la *Probática Piscina*, donde Jesus curó al paralítico de treinta y ocho años de enfermedad. [Joan V. vv. 1....15]. Esta inmensa pisci-

na, que ahora está seca, tiene cien metros de largo y cuarenta de anchura. Construida por Salamon servia para lavar las víctimas destinadas al sacrificio.

El templo de la Natividad y la piscina están cerca de la muralla oriental de Jerusalen. Se sale de la ciudad por la puerta de San Estéban y se principia á descender al valle de Josafat. A la mitad del descenso hay una piedra que señala el sitio donde fué martirizado San Estévan. [Act. Apost. VI. vv. 8....15]. Se baja hasta el fondo del valle, se atraviesa el lecho seco del torrente Cedron por un puente de piedra y, á pocos metros, se halla la puerta del templo de la Asuncion. Se bajan cuarenta y ocho escalones hasta llegar al atrio de esta iglesia subterránea, y á la derecha se venera la tumba de María Santísima que está iluminada por magníficas y numerosas lámparas. En la escalera de la entrada se ven á uno y otro lado, en las rocas que sirven de paredes, los sepulcros de San José, de Santa Ana, de San Joaquin y de San Simon. Este santuario, lleno de devotos recuerdos, era propiedad de los latinos; pero hace muchos años que los griegos, bajo la proteccion de la Rusia, se adueñaron de él. Los sacerdotes cismáticos que ofician allí diariamente, nos permitieron cantar la letanía de la Vírgen Santísima. Saliendo de este templo se penetra por una puerta de hierro en una espaciosa gruta que tiene tres altares. En el del medio se lee esta inscripcion:—AQUÍ SUDÓ EL SEÑOR GOTAS DE SANGRE, QUE CAIAN HASTA LA TIERRA. Ay, amigo! Qué idioma

del mundo tendrá palabras capaces de espresar lo que se siente en la gruta de la Agonía! Quisimos leer la pasion, segun San Mateo, y la emocion y la amargura nos embargaban la voz. Postrados en tierra besábamos con ardor ese suelo empapado con la primera sangre que Jesus derramara en medio de dolorosas angustias por nuestra salvacion!!.... Como á treinta metros, saliendo de la gruta, están los añosos olivos testigos de la amargura del Señor al beber el cáliz de sufrimiento que el Eterno Padre no queria apartar de los labios del Hombre-Dios! Mas de una hora pasamos á la sombra de estos árboles venerandos, donde pudimos leer los trozos del Evangelio que tienen relacion con ese huerto de Gethsemaní. [Luc. XXII, vv. 39....44] [Math. XXVI, vv. 37....46]. El jardin de las olivas está rodeado por una muralla baja de piedra; la puerta situada en el ángulo Sud-este, es de hierro y señala el lugar donde estaban dormidos los tres Apóstoles durante la terrible y cruel agonía de Jesus. Al Sur de esta puerta y á quince metros de distancia, un fragmento de columna indica el sitio donde Júdas dió el beso de la traicion para entregar á su divino Maestro en manos de sus verdugos. (Joan XVIII, vv. 1....13). Desde este lugar principia la subida al alto monte Oliveto, en cuya cima se distingue una elevada torre que es la mezquita de la Ascencion, desde cuyo suelo Jesucristo subió á los cielos. [Act. Apost. 1....12]. En aquel santo lugar fabricó Santa Elena una magnífica basílica: Saladino la destruyó y edificó en el mis-

mo sitio la mezquita actual. El *Coran*, dice, que en este monte se verificará el juicio final de los creyentes, y que desde aquí volará Mahoma á los cielos llevándose á todos los justos. Por eso toda esta montaña es objeto de la mas grande veneracion para los mahometanos.

Mediante una corta propina que el Derviche, guardian de la mezquita, nos cobró á todos los peregrinos penetramos en el interior del edificio, besamos devotamente la piedra desde donde el Salvador subió á los cielos y ascendimos á lo mas alto del alminar. Qué vista! Al Oeste, se extendia Jerusalen rodeada de sus murallas, distinguiéndose todas sus calles, plazas, templos y monumentos; al Oriente, el mar Muerto, el valle del Jordan y las montañas de Moab y Amalec que, como una muralla, limitan el horizonte.

Los alrededores del templo de la Ascencion están llenos de santuarios de los que daré razon á Ud. en otra carta. Descendimos del monte Olivete para volver al Santo Sepulcro, en donde se hace todas las tardes la procesion que le he referido en una de mis anteriores.

Ayer, lúnes 14, dije misa en la gruta de la Agonía. Tuve la dicha de estar sin mas compañía que la del padre franciscano que me servia, y que me indicó que podia permanecer en el altar aunque fuese dos horas. Ignoro si un sacerdote pueda tener mayor dicha que la de celebrar el gran sacrificio en estos lugares! El corazon mas frio se quema! los ojos mas enjutos se empapan en lágrimas!

Hoy 15, mártes de la semana de septuagé-

sima, la iglesia conmemora la agonía del Señor en Gethsemaní. Desde la madrugada estábamos reunidos en la iglesia de San Salvador perteneciente al convento principal de los franciscanos. A las seis de la mañana toda la comunidad y gran multitud de fieles y peregrinos bajábamos en procesion cantando los salmos penitenciales hasta la gruta de la Agonía. Allí el guardian cantó misa solemne miéntras que los religiosos y nosotros nos sucediamos celebrando en los dos altares que están á los lados de la cueva. Concluida la gran misa el diácono sale á la puerta y canta en voz alta la pasion, segun San Lúcas, en árabe, por la multitud de cristianos que hablan esta lengua. Despues se rodea en procesion la muralla del Huerto, y al llegar al lugar del prendimiento se canta en voz terrible el salmo 108, cuyos espantosos versos son una maldicion profética al desgraciado Júdas.

Amigo mio! no puedo escribirle mas. Todo lo que pasa aquí es tan superior á mi pálida relacion que concluyo sin decirle nada mas. Adios.

CARTA XII.

Jerusalen, febrero 17 *de* 1870.

Querido amigo mio:

Hemos regresado ya de nuestra peligrosa escursion á los santuarios que están al Oriente de Jerusalen. Los beduinos dominan como

señores absolutos en todas estas regiones, y no se puede viajar sino mediante un contrato con ellos para traer á los viajeros sanos y salvos á la Santa Ciudad. El documento por el cual se obligan á dar á los peregrinos escolta, caballos, alimento y camas, se firmó ante el Pachá Abdalla-Effendi, gobernador de Jerusalen, y fué autorizado por los cónsules frances y español. Este último nos prestó gratuitamente sus buenos oficios. Uno de los árabes quedó en rehenes para responder con su vida por cualquiera percance de la carabana.

El mártes 15, á la una de la tarde, salimos de esta ciudad por la puerta de Jaffa; pasamos dejando á la derecha la magnífica hospedería de los judíos, costeada por el italiano Montefiori, banquero isrealita residente en Lóndres, el *Acéldama* ó campo de sangre y el monte del Mal-Consejo, donde se reunieron los príncipes de los sacerdotes para resolver lo que debia hacerse con Jesus. A la izquierda quedaban la muralla de la ciudad, el monte Sion y el Cenáculo. Descendimos por el valle de Gehon hasta encontrarnos con el lecho del Cedron en el valle de Josaphat. El camino va desde este lugar con direccion al Este siguiendo la orilla derecha del torrente. Despues de dos horas de fatiga por un camino pedregoso y difícil y con un sol abrasador, penetramos en la garganta por donde se precipitaba el Cedron para descender á las playas del Mar Muerto. Esta parte del cauce es un verdadero abismo. Dos paredes de roca cortadas á pico forman esa profunda y espantosa cima. En estas paredes se ven innumerables grutas

á uno y otro lado: son las habitaciones de los anacoretas que vivieron aquí hasta el siglo VIII. Veinte minutos se camina por el borde de esta oscura quebrada y se encuentran dos torres altas que pertenecen á la laura de San Sábas. Este convento de griegos cismáticos tiene el aspecto mas sublime y salvage que se puede imaginar. Se eleva desde el fondo del abismo hasta el suelo superior donde está el camino. No hay una sola habitacion humana en cuatro leguas á la redonda y le rodea un horizonte horroroso; rocas negras, quebradas profundas, montañas tristes, donde no se ve ni un solo arbusto ni una gota de agua.

Apénas nos presentamos á la puerta, que es pequeña y de hierro macizo, un religioso que estaba en la altura de la torre, hizo llegar hasta nosotros por medio de una cuerda un canastillo de juncos; pusimos en él la carta de recomendacion que nos habia dado el Patriarca griego de Jerusalen. A un cuarto de hora oimos el ruido de enormes cerrojos ó aldabas en la parte interior: era el de las puertas que nos abrian. Estas dan al primer patio donde queda la escolta y los caballos, se desciende á la segunda puerta mas pequeña, tambien de hierro, y desde allí se bajan mas de cincuenta escalones hasta otro patio donde encontramos al superior del convento que nos recibió con claras señales de benevolencia. El religioso que cuida de los huéspedes nos condujo por una galería practicada en la roca á un pequeño salon en el que encontramos como veinte camas, en un divan que rodeaba la habitacion.

Las ventanas de este salon que dan hácia el abismo son de gruesas verjas de hierro; desde allí se ven las hermitas de la roca del frente y la multitud de peñascos amontonados en el fondo del barranco. Despues de la frugal comida que nos dieron los hospitalarios religiosos fuimos á conocer el singular convento donde estábamos. La mayor parte de las habitaciones de esta casa está en lo interior de la roca; cuevas, galerías, escaleras, grutas todo es subterráneo. En el patio principal se visita la tumba de San Sábas, bajo de un gracioso kiosko y el sepulcro de San Juan Damaceno, en una gruta lateral. La iglesia es un tesoro de preciosidades artísticas; su pavimento de brillante mármol oriental; las paredes cubiertas de cuadros cuyas imágenes tienen las vestiduras y diademas de plata cincelada con delicado trabajo; las molduras tambien de plata. Esta laura es un santuario enriquecido por la nobleza rusa; el magnífico reloj es regalo del Czar Nicolas. A un lado del templo hay una espaciosa gruta artísticamente cabada en el espesor de la roca, en el centro se ve una gran pirámide de cráneos de los anacoretas cruelmente asesinados á principios del siglo sétimo, por Chosroes Rey de Persia; esta cueva semeja una capilla ardiente: tal es la multitud de ricas lámparas que la iluminan. Se necesita cabeza robusta para no sufrir vértigos al pasearse en las bóvedas del templo que parece pendiente sobre el abismo. Entre las grietas de la roca y arrimada á ella se levanta una palmera que dicen fué plantada por San Sábas; cinchones de hierro

a sugetan á la peña para que no la derriben los vientos del desierto. La gruta del Santo que ha dado su nombre á este convento es espaciosa y su pavimento de un mosaico tosco pero bien conservado. En el interior se ve una cueva mas pequeña á un metro sobre el suelo que los religiosos llaman *la gruta del Leon.* La leyenda que tiene relacion con este lugar no carece de interes. Se cuenta que un dia, al ir el santo abad á su celda, se encontró con un leon tendido á la puerta; San Sábas le quedó mirando, tuvo miedo y se fué á la iglesia donde principiaba el canto del oficio divino. Cuando se entonaba el salmo 90: *Qui habitat in adjutorio Altíssimi &a.* en el que se trata de la proteccion del Señor á los que tienen confianza en El, creyó que Dios reprendia su timidez, y al oir el verso: *super aspidem et basiliscum ambulabis: et conculcabis leonem et draconem;* ANDARÁS SOBRE EL ÁSPID Y EL BASILISCO, Y PISARÁS AL LEON Y AL DRAGON, no dudó un instante que esas palabras eran para reanimar su fe. Salió del templo y encarándose con el terrible animal: "Hermano Leon, le dijo, ¿no podremos vivir juntos en la gruta que el Señor me ha concedido?"—Por toda respuesta el importuno huésped se levantó, bostezó, se esperezó y penetrando en lo interior de un salto se instaló en la segunda gruta. Desde aquel dia San Sábas y la fiera vivieron fraternalmente. ¡Qué leccion para los hombres que, blasonando de civilizados y fraternales, no pueden avenirse no diremos á vivir juntos, pero ni aun á mirarse en paz!

Otra de las curiosidades de este convento es una azotea colgante, mas alta que la cúpula de la iglesia, arrimada á la muralla occidental. Desde allí se ve toda la profundidad del espantoso barranco. Todas las tardes sale á este balcon un religioso para dar de comer y beber á las aves que vienen chillando á las horas de costumbre á tomar el grano de manos del caritativo monje. Esto no le causará admiracion á Ud. que ha visto en Paris á los gorriones de las Tullerías y de los Campos Elísios tomar el pan de manos de los paseantes; sinembargo no dejará de admirar la caridad de estos religiosos que no olvidan ni á las aves del cielo, y que reciben con tan tierna hospitalidad aun á los que como nosotros profesan un culto que ellos aborrecen. Misterios de Dios! Estos pobres cismáticos viven en tan horroroso desierto sin descubrir la verdad que puede salvarlos! Pero abrigo la esperanza de que el Señor en premio de su buena fe iluminará con su luz estas almas que tan cerca de El están por la práctica de heróicas virtudes.

Ayer, miércoles 16, á las siete de la mañana estuvimos á caballo despues de despedirnos del superior de la casa. A media hora de camino encontramos la tumba de un santon, rodeada de *ex-votos* los mas estravagantes: albardas viejas, cántaros rotos, arados quebrados, tiestos de ceniza &a. Toda la escolta echó pie á tierra é hizo oracion. Como una legua mas allá oraron tambien á vista de un alminar blanco que se distinguia á lo léjos en la cima de una montaña; es una mezquita en ho-

nor de *Nebi el Mussa*, [el profeta Moises]. Los mahometanos creen que allí descansan los restos del legislador de los judíos. Desde este lugar principia la bajada á las playas del mar Muerto ó *Lago Asfáltides*. El aspecto de este inmenso depósito de aguas es imponente. Tiene mas de cincuenta leguas de circunferencia y está encerrado entre los negros peñascos de las montañas de los moabitas al Oriente, y los áridos montes de la Judea, al Occidente; por el Sur la vista no alcanza el término del lago.

Estábamos á la mitad de la bajada, cuando un grito del guia nos obligó á suspender el paso. Dos ginetes de la escolta descendieron al galope hasta perderse entre los matorrales de la playa. Los ojos perspicaces de los beduinos habian descubierto una línea de humo que se elevaba de entre los arbustos, y los dos que se adelantaron iban á la descubierta. Un tiro de espingarda habria sido la señal de que habia peligro. Miéntras esperábamos con ansiedad el resultado de la exploracion manifesté mis recelos á un frances que, por haber estado mucho tiempo en los trabajos del canal de Suez, conocia la lengua y las costumbres de los árabes.—"No tenga Ud. miedo, me contestó, los beduinos roban pero no asesinan; ademas se dejará matar hasta el último hombre de nuestra escolta ántes que nos echen mano." Despues de media hora de esperar aparecieron los dos al pie de la bajada: no sonó el tiro, no habia riesgo.

A las once del dia estuvimos á las orillas del lago. Una ancha faja blanca rodea sus

márgenes; es la eflorescencia de las sales que saturan las aguas: estas son cristalinas, amargas y tan pesadas que los mas fuertes vientos apénas rizan su superficie. Miéntras evocaba tantos recuerdos bíblicos á orillas de ese mar de maldicion, formado sobre las ruinas de las cinco ciudades nefandas incendiadas por el fuego del Cielo, porque en ellas no se encontraban cinco justos, un norteamericano de la carabana se habia arrojado al agua y nadaba gallardamente; dos franceses entraron en seguida. La tentacion era fuerte y el calor de treinta grados! Muy luego tambien yo rebalsaba como un corcho en esas aguas tan pesadas como el mercurio.

El norteamericano y los franceses avanzaron hasta un islote que está como á sesenta metros de la orilla, en ese islote la tradicion señala el lugar de la estatua de sal en que se convirtió la mujer de Loth....

Trunco aquí, amigo mio, mi relacion porque ya va larga esta carta. Esta noche tendré el placer de recordarle de nuevo escribiendo hasta el fin la historia de este corto viaje.

CARTA XIII.

Jerusalen, febrero 17 *de* 1870.

Querido amigo mio:

Le conté en mi anterior el baño que me habia dado en el Mar Muerto. Para que Ud.

se forme idea de la naturaleza de estas aguas de maldicion le copio el resultado de los análisis químicos hechos en 1848 por una comision científica de norteamericanos, y en 1852 por otra comision francesa.

Cien partes de agua contienen:

Análisis norte-americano.		Análisis frances.
Muriato de cal	3,792 „	3,920.
Id. de magnesia	10,100 „	10,246.
Id. de soda [sal]	10,676 „	10,360.
Sulfato de cal	0,054 „	0,044.
Agua pura	75,378 „	75,430.
	100,000 „	100,000

Las aguas de los otros mares apénas tienen el cuatro por ciento de sal; las de este casi el veinticinco por ciento de sales en disolucion: lo que explica su pesantez estraordinaria. Tito hizo arrojar en este lago algunos esclavos atados de dos en dos y no se hundieron. Yo tomé de la orilla una piedra como de seis libras, y puede permanecer perpendicularmente en el agua sin sumergirme. Cuando salimos del baño, todos teniamos el cuerpo completamente blanco con la cristalizacion de las sales.

La superficie del Mar Muerto está á cuatrocientos metros bajo el nivel del mediterráneo, y la sonda en la parte mas profunda mide trescientos noventa y ocho metros, y para que todo sorprenda en este mar, tiene dos vados, por los que los árabes lo atraviezan á caballo,

desde la orilla occidental hasta una península que sale de la cordillera de Moab. El aspecto de las negras montañas que le rodean, cierto mal olor caústico que se experimenta y la vista de esas aguas silenciosas producen una impresion triste en el corazon. *Aquí hemos llegado escépticos é incrédulos*, decian los norteamericanos que han observado científicamente este Mar, *y despues de veintidos dias de un exámen riguroso hemos proclamado unánimemente la verdad de la narracion bíblica sobre la destruccion de las ciudades de estas llanuras: solo el fuego del cielo y la maldicion de Dios podian haber estampado el sello de un sublime tan espantoso en este lugar que no tiene parecido en el mundo.*

A poca distancia de las orillas se ven los bosques de arbustos espinosos que producen *las manzanas de Sodoma:* especie de fruta amarilla que tiene estoposa la medula y sirve de yesca á los beduinos.

Como á una hora de camino se toca en el Jordan que entra magestuoso al Mar Muerto.—No sé si es por el contraste; pero campos mas bellos, bosques mas frescos y rio mas hermoso creo que no habrá en ninguna parte. Los grupos de sauces y tamarindos, el aroma de tantas hermosas flores, la dulce armonía del canto de los pájaros entre las sombras de los árboles, la variada multitud de patos que se esconden entre las cañas de la orilla del rio, hacen del valle del Jordan el jardin de la Palestina.—Hasta los beduinos de la escolta se llenaban de un bullicioso entusiasmo. *Aquí siempre se encuentran*, decian en su pin-

toresco lenguaje, *las tres bendiciones de Alah: dia blanco, sombra negra y agua fresca.*

A la una de la tarde llegamos al lugar del bautismo del Salvador. [Math. III, vv. 1...17]. El baño en este punto es un acto de devocion y una necesidad para limpiarse de la sal de las aguas del Mar Muerto. Apénas llegamos, un árade á caballo se precipitó en el rio y abordó á saltos la otra orilla: llevaba una cuerda para atarla en un árbol y atravesarla á fin de que pudiéramos nadar sin riesgo de ser arrebatados por la corriente. Asidos de la cuerda formábamos un cordon de peregrinos. Estábamos en lo mas delicioso del baño cuando oimos la gritería de los beduinos que venian como una tromba en sus veloces caballos. La impresion del susto era tan grande que fué gran fortuna poder ganar la orilla sin ser arrastrados por las aguas. Uno de los franceses fué el primero que tomó su *rewolver* y esperó á pie firme tan inesperada visita. El dragoman nos gritó en italiano y en frances que nos tranquilizáramos porque eran de la tribu de la escolta. Veinte árabes se colocaron en fila, saludándonos con signos muy especiales que llaman *el zalama.* ¡Qué imponente y qué hermosa es la presencia del árabe en estas soledades! Es delgado, ágil, de barba crespa, ojos negros y brillantes. El vestuario que dan los pintores á los antiguos patriarcas es el que aun conserva este terrible hijo del desierto, y solo hay que añadir la lanza á la mano, la espingarda terciada á la espalda y las indispensables pistolas al cinto.

Como este lugar es el único claro que se

halla á orillas del Jordan, porque sus márgenes están cubiertas de un tupido bosque, aquí señala la tradicion no solo el sitio del bautismo de Jesus, sino el paso de los israelitas á pie enjuto cuando bajo la direccion de Josué entraron en la tierra prometida; aquí abrió tambien Elías un camino seco golpeando las aguas con su manto; por este mismo lugar pasò David perseguido por su hijo Absalon; aquí se bañó Naaman, jefe del ejército del rey de Siria, por órden del profeta Eliseo y quedó limpio de la lepra. En la márgen oriental y frente al lugar de nuestro baño se señala el sitio donde fué sepultada María Egipciaca por el religioso Zósimo: las ruinas de la laura de este monje se ven en una pequeña eminencia en la llanura occidental.

Ay! amigo mio, al poder de la imaginacion revive un mundo entero en estos lugares! y el corazon no alcanza á contener tantos sentimientos! !Bañarse donde se bautizó Jesucristo, beber las aguas de este rio sagrado, sentir la realidad de los ensueños de toda nuestra juventud!—Dígame, amigo de mi alma, alguna vez no ha abrigado el deseo de conocer estas comarcas teatro de tantos acontecimientos sagrados y profanos? Pues bien, yo acabo de estar en el valle del Jordan, en ese *jardin de Jehovah* como dice el Génesis, viendo esa garganta entre las montañas de los Moabitas y Amalecitas, por donde se derramaba como un torrente el pueblo de Dios cuando venia de Egipto! pisando esas llanuras de Gálgala donde tenia sus grandes comicios la nacion escogida del Señor, y donde Saul *que*

excedia con la cabeza al hombre mas alto de Israel, fué nombrado primer Rey de esta monarquía, en la que figuran los nombres de David, Salomon, Ezequías &a. Pero continuaré mi relacion; pues, aunque tuviera la habilidad de espresar mis sentimientos, todavía hay en el alma algo que no se pueda decir ni esplicar:—Oh! esto es tan delidado y tan profundo!....

Despues de algunas cortas escursiones á pie por entre estas frescas y encantadoras arboledas nos sentamos á comer. Formábamos dos círculos, uno de los peregrinos y otro de los árabes. Ellos nos enviaban dátiles, higos, pasas, leche de camello; nosotros les pasábamos el pan, la carne &a; el vino y el jamon no los probaron: Mahoma prohibe el comer carne de puerco y beber licor fermentado. Abandonamos nuestros manteles que eran hojas de árboles, y dejamos los asientos que eran la verde yerba y nos dirigimos á Jericó por el mismo camino que Josué cuando tomò esta ciudad con solo el ruido de las trompetas y atambores de los guerreros de Israel. A medio camino y en una eminencia está Gálgala, desde donde se goza de un estenso panorama. El valle recorrido por el rio desde el mar de Tiberiádes hasta el Mar Muerto, es de treinta leguas. Una ancha faja de verdes bosques y praderas señala el curso del Jordan. *Donde no llega el olor de las aguas todo es muerto*, dicen aquí; y á decir verdad, prescindiendo de las hermosas márgenes del rio no se ve sino esterilidad y desolacion.

A las tres de la tarde estuvimos en Jericò,

pueblecito de pobres chozas, habitado por gente miserable y harapienta. Si en alguna parte hay caras feas y repugnantes es en Jericó; y sin embargo *lo mejor que tienen es la figura*, porque son ladrones supersticiosos y ferozmente fanáticos. La prudencia aconsejaba pernoctar léjos de semejante poblacion; la escolta pasó toda la noche con el *quién vive!* Dormimos al pie de una antigua fortaleza romana fabricada por Tito; nuestra cama así como nuestra mesa; tenia *toda la extension del horizonte*, y nuestro techo era *la bóveda estrellada*. Esta fortaleza se señala como el lugar de la casa de Zaqueo, (Luc. XIX, vv. 1....10).

Los beduinos que tan bruscamente interrumpieron nuestro delicioso baño nos escoltaron hasta Jericó. Todo el trayecto nos entretuvieron con sus evoluciones y destreza en manejar sus caballos: corrian con una rapidez vertiginosa, interrumpian de repente la carrera, volvian, retrocedian, arrojaban léjos sus largas lanzas y las tomaban al vuelo, ántes que cayesen á tierra. Los caballos, dóciles, enjutos, vivos, son de una belleza sorprendente, casi todos negros y castaños, tienen la frente elevada, los ojos negros y redondos y abren sus anchas narices cuando corren. Regalamos dos frascos á cada uno de los ginetes, quienes, despues de abrazarnos y *besarnos*, volvieron de nuevo á su vida errante.

Hoy por la madrugada nos dirigimos de nuevo á Jerusalen, visitamos la fuente de Eliseo y nos pusimos al pie de la montaña de la Cuarentena, donde ayunó cuarenta dias el Señor. [Luc. IV, vv. 1....14]. El trayecto

de Jericó á Jerusalen está lleno de recuerdos evangélicos. Al penetrar por la garganta de las montañas de la Judea se señala el lugar donde Jesus dió vista á un ciego [Marc. X, vv. 46....52]. Despues de una hora de camino se sube al último punto desde donde se ve el Mar Muerto y el valle del Jordan. Parece que esta parte de la montaña no solo ha sufrido horrorosos cataclismos sino que en ella han saltado los montes como carneros: *Montes exultaverunt ut arietes, et colles sicut agni ovium.* ¡Qué profundidades tan espantosas! qué hendiduras tan horribles! Se camina por entre precipicios y derrumbaderos hasta llegar al sitio en que la tradicion coloca la parábola del buen samaritano, que no solo fué un apólogo sino una historia [Luc. X, vv. 25.....37].

A las ocho de la mañana estuvimos en la *Fuente de los Apóstoles*, único lugar donde se encuentra agua en este ingrato camino. El Salvador recorrió muchas veces estas peñolerías en los viajes que hacia á Jericó. A las nueve y media llegamos á Bethania, encendimos bugías y penetramos en el profundo sepulcro de Lázaro; á la puerta se ve una piedra que señala el lugar donde Jesus estuvo cuando dijo: LAZARE, VENI FORAS! En el interior de la cripta leimos la sublime historia de la resurreccion del amigo de Jesus [Joan XI, vv. 1....45]. A treinta metros de la tumba se ven los restos de un antiguo templo fabricado por Santa Elena en el lugar de la casa de Lázaro. Aquí ocurrió el célebre diálogo de Jesus y Marta. [Luc. X, vv. 38...42].

Como á cien metros al Norte de estas rui-

nas están las de la habitacion de Simon el Leproso, donde la Magdalena lloró sus pecados á los pies del Señor [Marc. XIV, vv. 3...9].

Desde Bethania hasta Jerusalen hay una hora escasa de camino. En este trayecto se señala el lugar de la *higuera maldita* [Marc. XI, vv. 13....23], y el sitio donde se ahorcó Júdas. Se pasa por el *Monte del Escándalo* donde Salomon fabricó templos para los ídolos de sus mujeres. Se desciende al valle de Josaffat y pasando por delante de Gethsemaní entramos hoy al mediodia en la Santa Ciudad.

Le he escrito dos largas cartas, amigo mio; pero, ¿qué son ellas para describir las clásicas comarcas que acabo de recorrer? Los nombres de Abraham, Isaac, Israel, Elías &a, del Antiguo Testamento están mezclados con los del Salvador, de Juan Bautista, los Apóstoles &a, de la Ley de Gracia en los recuerdos de estos lugares que han sido el teatro de tantos misterios y de tantos prodigios! Allí está el Mar Muerto como eterno testimonio de la irritada justicia de Jehova, y aquí está la tumba de Lázaro, la casa de Simon, el hogar de la escandalosa Magdalena para testificar tambien la infinita misericordia de Dios! Qué contrastes! Qué recuerdos!

Ahora estoy de nuevo en Jerusalen que es la patria de las almas cristianas....!

No sé, mi buen amigo, lo que le escribo. Adios.

CARTA XIV.

Jerusalen, febrero 18 *de* 1870.

Muy estimado amigo:

Ayer, despues de escribir las dos estensas cartas que le enviaré mañana, me dirigí al Pretorio de Pilato. Tuve dos objetos: conocer al P. Ratisbone, judío convertido y fundador del convento de "Las Hijas de Sion" en el Pretorio, è inscribir mi nombre para decir misa en tan devoto santuario. Apénas pude hablar algunos minutos con el Padre, porque en ese instante iba á visitar otro convento que ha establecido en San Juan de las Montañas; pero me invitó á celebrar tanto en esta última casa como en la de Jerusalen. Hoy á las seis de la mañana me dirigí á la iglesia del *Ecce Homo*, seguido de muchos peregrinos que querian comulgar en este templo. Cuando estuve en la sacristía se presentó una religiosa francesa superiora del convento que es una importante casa de niñas judías huérfanas. Me indicó que el altar estaba formado de las piedras del *Lithóstrotos* ó plataforma, donde se sentó Pilato para condenar á muerte al Salvador. "Esta plataforma, me decia, y este gran arco son del tiempo de la pasion de Jesus. El Padre los encontró al quitar los escombros de tantas ruinas amontonadas para fabricar el templo y el convento. La magnífica estatua de Jesus en pie con la caña en la mano, el manto de burla á la es-

palda y la corona de espinas en la cabeza que se ve sobre el arco, está en el mismo lugar donde el Gobernador romano mostrò al pueblo á nuestro buen Jesus despedazado á azotes. Todo el pavimento del templo ocupa el sitio de la plaza desde donde el pueblo pedia á gritos la muerte de Jesus. Pregunté á la religiosa: por qué esta bella iglesia tiene el altar tan desnudo y sin adorno de ninguna clase? Y qué mejor adorno que estas piedras! contestò; ellas han sido pisadas por el Hijo de Dios y su sangre las ha teñido sin duda!

La misa que iba á celebrar era análoga al lugar donde me encontraba. El introito decia: *Humiliavit semetipsum, formam servi accipiens; factus obediens usque ad mortem, mortem autem crucis. Se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz!* La epístola tomada de la profecía de Isaías contiene estas notables palabras:—*Está despedazado por nuestras iniquidades; está herido por nuestros crímenes y en sus cardenales hallaremos nuestra salvacion!* El evangelio es un trozo de la pasion segun San Juan, en el cual se refiere lo que pasó en este mismo lugar. Conmovido tenia el corazon, cuando al llegar al *Sanctus* en vez de campanilla sonaron en una cimbra tres golpes lentos, sordos y temblorosos que me estremecieron desde la cabeza hasta los pies! En el momento de la elevacion se repitieron pausadamente los mismos lúgubres sonidos, y en seguida, con voz dulce, infantil y tierna entonaron las niñas el *lauda Sion Salvatorem; lauda Ducem et Pastorem in hymnis et canticis!* No sé decir lo que me pasó en ese momen-

to; un copioso llanto corria por mis mejillas, al ver delante de mí ese Jesus que en ese mismo lugar habia sido condenado á muerte á peticion de los ingratos padres de esas mismas niñas que ahora cantaban con entusiasmo sus triunfos! Los sollozos de los peregrinos aumentaban mi emocion y mas de media hora estuve haciendo esfuerzos para dominarme y levantar la voz para el *Pater noster.* La comunion se hizo en medio de las lágrimas, y las mismas religiosas y huérfanas casi no pudieron concluir el magnífico, el sublime himno de Santo Tomas de Aquino.

Concluida la misa procuré permanecer en la sacristía hasta que nadie hubiera en el templo: tenia vergüenza de las religiosas á quienes creí haber molestado con una misa tan larga; pero la superiora que comprendió sin duda mi intencion me condujo á un pequeño salon en donde me obsequió una tasa de café. "Lo que le ha pasado, me dijo, no es nuevo para nosotras. Todos los extranjeros que vienen y ven el *Ecce Homo*, obra maestra de Canova, sufren la misma impresion." No madre mia, le dije, no es esa escultura la que me ha conmovido, son estas piedras negras del altar; es ese balcon de Pilato que he tenido al frente; el ronco y funesto sonido de esa cimbra que recuerda el feroz ahullido de los deicidas; es, sobre todo, el canto melodioso de estas vírgenes de Sion que contrasta con la furiosa gritería de sus antecesores! Quedamos en silencio. Al despedirme, me invitó á que fuese á conocer el interior de la casa, le ofrecí volver y salí.

Por la tarde fuimos al monte Olivete acompañados del Hermano Lievin de Hamme, belga de nacimiento, que ha hecho mas de cuarenta viajes por los santuarios de la Palestina. Las instructivas discusiones que ha tenido con tantos sabios orientales que han visitado estas regiones en los últimos treinta años; el constante estudio de las obras que describen la Tierra Santa y cierta sagacidad natural para descubrir los antiguos lugares, han hecho de este virtuoso franciscano un hombre eminente en la historia, geografía y arqueología de la Palestina. En 1869 ha publicado un Guia el mas exacto y completo que se conoce, y de este interesante libro nos hemos servido en todas nuestras escursiones. Tan humilde como sabio, nos ha acompañado hoy lleno de benevolencia y nos ha hecho conocer la antigua Jerusalen, como *si la viéramos con nuestros ojos.* Daré, pues, á Ud. razon de nuestro paseo.

Salimos por la puerta de San Estévan, descendimos al valle de Josaffat y despues de un corto respiro en la gruta de la Agonía y el huerto de Gethsemaní comenzamos la visita de los santuarios que están en la falda del monte Olivete. A veinte metros de la subida se encuentra la ceja de una roca blanquesina; aquel es el lugar señalado por la tradicion desde donde Santo Tomas que venia á visitar á María Santísima la vió subir á los cielos en su gloriosa Asuncion. Mas arriba y desviándose á la derecha se ven tres árboles entre las ruinas de un antiguo templo: aquel es el lugar que señalaban los antiguos cristianos

como el sitio donde el Arcángel Gabriel anunció á la Vírgen el dia de su muerte. Continuando el camino se llega casi en la cima de la montaña al lugar donde los Galileos tenian una especie de albergue para hospedarse cuando venian á las fiestas. Desde allí vieron subir á Jesus á los cielos cuarenta dias despues de su resurreccion. Esta parte del monte se llama *Viri Galilei* [Act. Apost. I, vv. 10..12].

Caminamos como doscientos metros á la derecha visitamos la mezquita de la Ascencion, de la que le he hablado en una de mis anteriores y descendimos á la gruta de Santa Pelagia. Esta bailarina de los teatros de Antioquía, se llamaba Margarita, fué convertida por el Obispo de Edessa y vestida de hombre vino á esta gruta donde murió despues de hacer dura penitencia. Mas abajo de este lugar y volviendo á Jerusalen, se encuentra una hermosa arboleda rodeada de muralla, es el lugar en que Jesus enseñó el *Pater noster* á sus discípulos. [Luc. XI, vv. 1....13]. Este devoto santuario es propiedad de la princesa de la Tour de Auvergne que lo ha comprado á un propietario turco. Se desciende treinta metros mas y se visita el lugar donde los Apóstoles compusieron *el Credo*. A unos cuatrocientos metros y cerca del camino de Bethania hay una pequeña esplanada, donde estaba el pueblecillo de Bethphagé, fabricado por los levitas que servian en el templo: allí encontraron los Apóstoles el asno en el que debia Jesus hacer su entrada triunfal en Jerusalen [Marc. XI, vv. 1....11]. Cerca de esta esplanada se visita la *Tumba de los pro-*

fetas, necrópolis subterránea á donde se penetra con bugías encendidas: se desciende arrastrándose á una profunda *rotonda* practicada en la roca; desde allí se desciende todavía á otro salon donde se ven antiguos sepulcros cabados en la pared circular, toda ella cubierta de nombres é inscripciones de los que han visitado esas profundidades.—Saliendo de la caberna avanzamos á una pequeña eminencia desde donde se ve distintamente y á corta distancia toda la ciudad. Ese lugar se llama *Dominus flevit:* allí lloró Jesus anunciando la ruina de Jerusalen, [Luc. XIX, vv. 37..44].

Hasta la noche hemos permanecido en este lugar pendientes de los labios del Hermano Lievin. Despues de la lectura de la espantosa profecía de Jesucristo nos ha referido las horrorosas circunstancias de la guerra de los romanos y los sangrientos episodios de la destruccion completa de esta malhadada ciudad. Con acento doloroso nos señalaba la antigua extension y el lugar donde estaban las fortificadas murallas de esta inmensa capital. Hemos comprendido cómo estaba dividido el famoso templo de Salomon, cómo se comunicaba con la altura de la montaña de Sion y sus formidables fortalezas.

Como si tuviéramos un plano por delante íbamos viendo los lugares de la torre Antonia, de la torre de David, de los castillos de Phasael y de Mariamna. Entre las ondulaciones que se notan en la Jerusalen moderna, el inteligente franciscano, nos ha hecho distinguir el valle de *Akra* ó parte baja de la ciudad, por donde Tito dió el asalto y el valle de

Tiropheon, por el que penetrò el general romano en la parte alta, circuida de otra muralla y llamada la *Fortaleza de Sion ó la ciudad de David*. En medio de los edificios modernos se eleva la gran cùpula del Santo sepulcro, y hemos distinguido claramente que cuando se realizaron los misterios de nuestra redencion esta parte estaba fuera de la ciudad á corta distancia de la Puerta Judiciaria por donde salió Jesus con la cruz en los hombros.

El inmenso recinto del templo se conserva el mismo hasta hoy y ocupa la quinta parte de la poblacion actual; al medio se eleva esbelta, elegante y grandiosa la mezquita de Omar, brillante con su domo chapeado de cobre y su medialuna dorada. Esa mezquita cubre con su hermosa cúpula el *Sancta-sanctorum* del gran templo de los judíos. La parte que ocupa este santuario de los mahometanos, el mas sagrado despues del de la Meka, es la heredad de Ornan el jebuseo, comprada por David en seiscientos siclos de oro para fabricar la casa de Dios y colocar en ella el Arca del Testamento. Todo el suelo es una sola roca aplanada con gran trabajo por Salomon, quien concluyó en siete años el gran templo contado por los antiguos entre las maravillas del mundo.

A doce metros del *Dominus flevit* donde nos hallábamos, se eleva una torre cuadrada y maciza: es una de las trece torres que flanqueaban el muro de circunvalacion que fabricó Tito para el asedio de la ciudad. Este muro tenia cuarenta estadios de circuito, [de seis á siete kilòmetros] y encerraba completamen-

te á la desgraciada Jerusalen!

Mañana, amigo mio, diré á Ud. algo de la destruccion de Jerusalen. Ahora concluyo saludándole muy cordialmente.

CARTA XV.

Jerusalen, febrero 18 *de* 1870.

Estimado amigo mio:

Instruí á Ud. en mi anterior de la interesante conversacion que tuvimos con el Padre Lievin de Hamme, en la parte del monte Olivete donde lloró Jesus anunciando la destruccion de Jerusalen. Ahora quiero comunicar á Ud. algunos detalles del sitio y toma de la Ciudad Santa por los romanos. La profunda impresion que me ha causado la sabia relacion del inteligente franciscano en vista del teatro de tan sangrientos sucesos, me obliga á referirle tambien siquiera lo que de ella pueda comprenderse en los límites de una carta.

Se habian cumplido ya las setenta semanas de Daniel, habia muerto el Cristo, faltaba *la abominacion de la desolacion en el Lugar Santo*, y este anuncio fatal del profeta iba á realizarse. Los gobernadores romanos que oprimian á la infeliz Judea eran cada cual mas perverso que el otro. El asesinato, el robo, la opresion eran los medios comunes para enriquecerse. Los judíos llegaron á tener un odio tan feroz á sus opresores, que habria sido sa-

crificado en el instante el que les hubiera mostrado la menor señal de simpatía. Entre tanto, la anarquía mas terrible reinaba en Jerusalen y en toda la Judea; las bandadas de ladrones y facinerosos organizadas por Simon Bargionas saqueban las ciudades, incendiaban los pueblos y cometian tales crímenes, que los cristianos creyeron llegada la hora del cumplimiento de las fatídicas palabras de Jesus.

El romano Gessio Floro, *liberto* del emperador Claudio fué Gobernador en aquel tiempo y tenia todas las viles pasiones de un esclavo. Dió soltura á los criminales de las prisiones y con el pretesto de perseguir á Simon, concluyó con la ruina de estas malhadadas poblaciones. Jerusalen llamó á Simon Bargionas, se declaró en abierta rebelion lo mismo que las otras ciudades, é hicieron pagar con sangrientas represalias la opresion de los romanos. Cestio Galo, Gobernador de la Siria, desde que supo que habian sido degolladas por los judíos las guarniciones de las fortalezas de la Judea, marchó sobre Jerusalen con un poderoso ejército. Pasó á cuchillo á los habitantes de las poblaciones que encontraba al paso y llegó, respirando venganza, á las puertas de la Gran Ciudad. Los judíos hicieron una salida vigorosa y repentina, sorprendieron al ejército romano y despues de una espantosa carnicería lo derrotaron completamente.

Los cristianos de la Judea se aprovecharon de la paz momentánea despues de este triunfo, y guiados por sus sacerdotes y conduciendo sus familias, abandonaron esta region maldita y fueron á establecerse en Pella, ciudad dis-

tante al otro lado del Jordan. Estos acontecimientos ocurrieron el año 66 de nuestra era. Neron que estaba á la cabeza del imperio se encontraba entónces en Grecia, dando á conocer en los teatros su talento músico y ejerciendo infames crueldades en las poblaciones por donde pasaba. Este monstruo con figura humana fué quien envió á la Judea un formidable ejército bajo las órdenes de Vespaciano y de Tito, hijo de este.

El imperio romano amenazaba tambien disolverse. Las guardias pretorianas proclamaron á Galva como emperador; Neron perseguido se suicidó el 11 de junio del año 68 pronunciando estas palabras: *¡Lástima que así muera tan hábil músico!* Galva fué asesinado á los siete meses de su exaltacion, le reemplazó Othon el que, asesinado tambien, tuvo por sucesor á Vitelio. Los ejércitos del Oriente proclamaron entónces á Vespasiano quien volvió á Roma, dejando á Tito el mando de los ejércitos de la Siria.

El 14 de abril del año 70 principió el sitio de la desgraciada Jerusalen. Innumerables bandas de sirios, árabes, egipcios &a. seguian al general romano y rodeaban la ciudad como lobos al olor de un rebaño. Las poblaciones de toda la Palestina, huyendo de la persecucion de sus enemigos y engañadas por los falsos profetas que les anunciaban grandes triunfos, corrieron á encerrarse bajo los muros de la capital. Mas de tres millones de almas habia en Jerusalen.—El tiempo trascurrido desde la victoria sobre Cestio Galo no lo emplearon los judíos en prepararse para la nue-

va lucha sino en despedazarse en sangrientas guerras civiles. Tito encontró la ciudad dominada por tres facciones: Simon Bargionas ocupaba la parte baja, Juan de Giscala el primer recinto del templo y Eleazar el segundo y las fortalezas de Sion. Los combates intestinos eran diarios, las calles se llenaban de cadáveres y enfurecidos los facciosos incendiaban los almacenes de víveres pertenecientes á la faccion contraria.

A mediados del mes de mayo los sitiados comenzaron á sentir los estragos del hambre, entraron en furor y hacian violentas salidas que se estrellaban en el disciplinado valor de los sitiadores y contra el muro de circunvalacion que rodeaba la mísera ciudad. Tito, para infundir terror á los judíos crucificaba á todos los que caian en sus manos; pronto faltaron cruces para tantos infelices y clavaba dos en cada madero. Los habitantes que veian desde las murallas ese bosque de hombres pendientes y que cian los gritos de agonía de esos miserables, enloquecian de furor. Millares de cuervos posábanse sobre las cruces y devoraban solamente los ojos y la lengua de los cadáveres desfigurándolos horrorosamente; miéntras que los lobos, las zorras y las ratas les roian desde los pies. La peste vino á unirse al hambre, á la sed y á la guerra, y sin ser posible inhumar tantos cadáveres, los arrojaban por sobre los muros ó los amontonaban en las casas para incendiarlas. Desesperados en tanta desolacion huian por la noche para dar mas bien en manos de los enemigos. Uno de los árabes observó que los fugitivos buscaban en

sus defecaciones el oro que habian tragado al salir de la ciudad; bastó esto para que los asesinaran á fin de registrar en las entrañas las riquezas que anhelaban.

En los últimos dias de junio llegó al campo romano la noticia de que una madre habia degollado á su hijo, asado sus carnes y alimentádose con ellas. Al saberlo Tito, lloró amargamente y no daba cuartel á los fugitivos, para castigar á un pueblo que cometia tan atroz barbarie. En breve Jerusalen no fué sino una ciudad de espectros que ya no podian defender las murallas minadas por el enemigo. Una ancha brecha se abrió en la parte baja llamada *Akra* y por ella se precipitaron los romanos llevándolo todo á sangre y fuego. Los defensores se refugiaron en el templo y en las fortalezas de Sion. Tito incendió las puertas del suntuoso edificio. Las torres Marianna, Hippicus y Phasael todavía resistieron algunos dias el furor del vencedor hasta el 1º de julio; la gran ciudad del pueblo de Dios cayó en manos de una soldadesca ebria de venganza por tan tenaz resistencia. Un soldado incendió el templo arrojando un tizon por una de sus ventanas. De Jerusalen completamente arrasada, no quedó *piedra sobre piedra;* el arado podia pasar por esos campos de desolacion. Solo quedaron en pie un fragmento de la muralla del templo, la torre Antonia y las del monte Sion, *para que las generaciones venideras,* decia Tito, *admiren el valor romano que vencia ciudades que poseian tan formidables fortalezas.* La profecía de Jesus se habia cumplido al pie de la letra. La mas gran-

de desolacion que ha habido y habrá en el curso de los siglos fué el castigo del mas grande crímen que ha habido y habrá en todos los tiempos: la muerte del Hijo de Dios!!

Un millon y cien mil personas perecieron en este memorable sitio, el resto de los habitantes fué esclavizado y vendido en todas las ciudades. Era tal el número de los que se llevaron á Egipto, que no daban en Alejandría una moneda por treinta judios, y ellos compraron á Jesus por treinta monedas. Simon Bargionas, Juan Giscala, setecientos principales y el resto de esta mísera nacion, fueron conducidos á Roma para los honores del triunfo y para que, como gladiadores combatiesen con las fieras ó se matasen entre ellos.

Ay! mi caro amigo, se habrá Ud. entristecido sin duda al leer esta amarga relacion; pero como le he hablado tantas veces de los dolores de Jesus, del furor de los judíos en el Pretorio, en el Calvario, se hacia preciso decirle tambien algo de la venganza divina sobre ese pueblo que aullaba de ira al rededor de la cruz donde agonizaba su Mesías. Ahora, para que Ud. mismo complete lo que falta en esta carta le ruego que, despues de leerla salga desde la casa donde habita en Roma, pase por el Capitolio y, dejando á su derecha las ruinas del Foro Romano, penetre por esa avenida de árboles que está delante del Palatino que era el palacio de los Césares. Al fin de esa arboleda se encuentra el grandioso arco de Tito; ese arco de triunfo es trabajado por los judíos llevados de Jerusalen. En los mediorelieves de ese monumento verá

Ud. á los cautivos maniatados que van delante del vencedor, y á Bargionas y Giscala que llevan como trofeos de la victoria la mesa de oro y el candelero de siete brazos del santuario. Siguiendo el mismo camino se encontrará con las colosales ruinas del Anfiteatro, monumento fabricado tambien por los míseros deicidas. En ese Coliseo, obra de sus manos, murieron por centenares combatiéndose mutuamente ó lidiando con los leones. Váyase despues al centro de Roma, al barrio del Gheto y en esa multitud de criaturas humanas que viven de la mendicidad y de la usura, verá los tristes descendientes de los que llevaron los romanos de entre los escombros de Jerusalen. Y el Gheto, el Coliseo, el Arco de Tito y esta Jerusalen donde me encuentro son monumentos que la Justicia eterna ha erigido para que los hombres de todos los siglos y las naciones de todos los continentes conozcan la venganza que aguarda á los que se hacen enemigos de Dios y de su Cristo.

Perdone, amigo mio, la extension de esta carta. En la siguiente le hablaré de asunto mas tierno; hoy salgo para Belen y San Juan de las Montañas; lo que ha pasado en aquellos lugares trae á la memoria recuerdos mas dulces. Adios.

CARTA XVI.

Jerusalen, febrero 21 de 1870.

Amigo querido:

Acabamos de llegar de nuestro paseo á Belen y me costará dificultad el referirle aunque sea lacónicamente todo lo que he visto en estos tres dias. El viérnes 18 salimos de Jerusalen á la una de la tarde montados en asnos. El conductor que nos guiaba y que pertenecia al convento de franciscanos me indicó que, mediante una pequeña propina, me permitiria montar en un hermoso camello que llevaba de tiro. Acepté la oferta no sin algun recelo del animal desconocido para nosotros. A una señal del árabe mi nueva cabalgadura dobló las rodillas, despues las patas y quedó tendida en el suelo. En esta posicion, la armazon de madera colocada á guisa de montura en la enorme corcoba, estaba á la altura de un caballo. Me santigüé devotamente y haciendo esfuerzos de valor y ligereza, me encaramé en esa montaña viviente. Aun no estaba bien acomodado cuando levantó tan violentamente las ancas, poniéndome en un peligroso plano inclinado, que por poco no caí por la cabeza. Estaba en estas dificultades cuando se enderezó completamente sacudiéndome en sentido contrario. Me hallaba como á tres metros del nivel del suelo. Los compañeros principiaron á galopar gallardamente en sus ligeros pollinos, miéntras que mi animal esten-

diendo el largo pescuezo queria llevarles la delantera; hice prodigios de fuerza para conservar el equilibrio en ese paso largo, duro y balanceado; todo fué inútil. Me inclinaba á uno y otro lado, y sin poder mas comencé á dar gritos ántes de caer de semejante altura. Paramos de nuevo, el camello que sabia su oficio volvió á acostarse dándome los mismos sacudimientos *de ordenanza* y pude saltar al suelo en medio de las risas de los viajeros. Amigo mio, si le llega el caso de optar entre un asno y un camello, escoja el asno.

A media hora de Jerusalen nos encontramos con unas ruinas que indican el lugar de la casa de Simeon el que pronunció el *Nunc dimittis servum tuum in pace &a*, al ver al niño Jesus el dia de la Presentacion. A poca distancia se venera el lugar donde existia un antiguo *terebinto*, á cuya sombra reposó la Santa Familia cuando venia á Jerusalen para la presentacion del Niño. Se camina algo mas y se ve el *Pozo de los Magos;* allí se les apareció de nuevo la estrella que les guiaba á Belen y que la perdieron de vista al entrar en la ciudad. Continuando el viaje, se distingue un convento griego en el *Monte de San Elías;* allí reposó el Profeta, cuando perseguido por Jesabel huia al monte Oreb; los religiosos nos mostraron la huella del cuerpo de Elías que habia dormido en la roca. Media hora despues y desviándose un poco á la derecha se visita la tumba de Raquel. Los judios que la poseen, tuvieron dificultad de hacernos penetrar en el hermoso edificio que cubre el sepulcro de la graciosa mujer de

Jacob; pero mediante algunas súplicas y la indispensable propina llenamos nuestro deseo. Es un salon cuadrado cubierto por un domo de arquitectura moderna; en el centro se ve la tumba en forma de nuestros techos de dos aguas. Esta tumba es antiquísima. A corta distancia se llega á una pequeña altura, desde donde se ve el pueblo de Belen con sus blancos edificios y rodeado de viñas, olivares é higueras. Oiamos distintamente los alegres repiques en las torres del templo de la Natividad. Precipitamos nuestro paso y dejando á la derecha la *Cisterna de David* (donde fueron á tomar agua los tres bravos soldados para apagar la sed del Real Profeta, atravesando las filas de los filisteos), entramos á las tres y media en la ciudad donde nació el Hijo de Dios.

Llegamos en el convento de franciscanos y fuimos en seguida al templo donde iba á tener lugar la procesion que, como en el Santo Sepulcro, se hace todas las tardes despues de completas. La iglesia es magnífica y espaciosa, tiene cinco naves formadas por cuatro órdenes de columnas monólitas de sorprendente belleza. En el altar mayor, dedicado á Santa Catalina, principió la procesion para la que nos dieron bugías y el cuaderno de los cánticos, himnos, antífonas y oraciones que iban á entonarse. Del altar mayor se va al lado derecho del templo por donde se penetra á la gruta subterránea santificada por el nacimiento del Hombre-Dios.

Se desciende á la gruta por trece escalones de mármol, á dos metros de la entrada se ve

á la derecha el lugar donde nació el niño Jesus. Quince lámparas arden en este venerando sitio, cubierto con una plancha de mármol, y sobre ella está incrustada una hermosa estrella de plata en la que se leen estas palabras: HIC DE VIRGINE MARIA JESUS CHRISTUS NATUS EST. Se desciende tres gradas mas y en una pequeña cripta hay dos altares delicadamente trabajados, el uno es la cuna de Jesus y el otro el lugar donde el Niño fué adorado por los Reyes Magos. Sin tener palabras para espresar los sentimientos de mi corazon, dejo que Ud. traduzca con el suyo todo lo que puede pasar en una alma cristiana que ha tenido la dicha de estar en este santuario. La gruta tiene comunicacion con otra por medio de una galería subterránea; en esta segunda cueva vivió y murió San Jerónimo. Aquí se visitan las tumbas de este santo, de los Inocentes, de Santa Paula, de su hija Santa Eustoquia y la de San Eusebio, amigo de San Jerónimo.

Por la noche me quedé en la gruta del *Nacimiento* para poder decir misa á las tres de la mañana, hora en que terminan los maitines de los griegos. Un franciscano me acompañaba y con él hemos leido los pasajes del evangelio relacionados con este santo lugar [Luc. II, vv. 1....20] [Math. II, vv. 1....12]. ¡Qué noche, amigo mio! Puedo decir á Ud. que he pasado una verdadera noche buena. La imaginacion y el sentimiento se despiertan de un modo tan vivo que no me engaño si digo á Ud. que he visto á María y á José en su pobreza y desamparo. Cele-

bré el santo sacrificio en el altar de la cuna, y allí he tenido á mi vista al niño Jesus. Le he tocado con mis manos, le he guardado dentro de mi corazon. ¡Oh, Señor, qué consuelos tan dulces, qué gozo tan íntimo tenias reservados á tu pobre peregrino!

A las cuatro de la mañana me retiré á la celda que me habian preparado los hospitalarios Padres. A las ocho estábamos recorriendo las fértiles campiñas de la graciosa Belen. Hemos visitado la gruta de la *Leche*, donde la tradicion asegura que se escondió la Santa Familia perseguida por Heródes; allí se derramaron algunas gotas de los virginales pechos de María y la roca ha quedado blanca. Cristianos y mahometanos creen que esa tierra disuelta en agua es remedio para que las madres tengan leche abundante. Los àrabes administran esta bebida hasta á sus animales. En seguida se atraviesa el campo de Booz, esposo de Ruth *la espigadera*, en donde acaeció el mas tierno y delicado idilio que refieren las Santas Escrituras. Al fin de este campo están las ruinas de un templo erigido antiguamente en el lugar de la casa de San José. Como á diez minutos mas adelante se encuentra la gruta de los *Pastores;* inmensa cueva donde se reunian los pastores para cuidar sus rebaños y desde donde se dirigieron al establo á adorar al Niño, despues que oyeron el *Gloria in excelsis Deo*, cantado por los ángeles del cielo. Volvimos á Belen por el camino que trajo Tancredo cuando conquistó esta ciudad con cien caballeros que le acompañaban, ántes de la toma de Jerusalen por Godofredo.

Por la tarde fuimos á visitar otros lugares por la parte del Oeste. A poca distancia se halla el *Campo de los garbanzos*, que son una multitud de pedrezuelas regadas en una llanura. La leyenda dice que cuando pasaba por allí la Santa Familia, preguntó la Santísima Vírgen á un labrador qué semilla sembraba. Contestò, piedras, y piedras han quedado hasta ahora. A un cuarto de hora de este lugar se ve el lindo pueblo de Beit-Djala rodeado de jardines; en el centro está situado un suntuoso edificio, es el Seminario del patriarcado latino de Jerusalen fundado por Monseñor Valerga, Patriarca actual y á quien Ud. conoce en Roma. Desde Beit-Djala se ve el *Hortus conclussus*, que es una serie de jardines que están en el fondo del Valle y cerrados por altas rocas cortadas á pico: eran los jardines de Salomon. Media hora despues se encuentran las *Vazcas de Salomon*, tres inmensos depósitos de agua de mas de cien metros de largo y setenta de ancho que servian para regar el *Hortus conclussus*. Sobre las *Vazcas* se halla un edificio cuadrado con una puerta de hierro. Penetrando por ella se desciende por veintiseis gradas á una gran profundidad. A la luz de las bugías que llevábamos, vimos el *Fons signatus* ó fuente sellada que es un caño de agua pura que salta bulliciosa de la roca viva. Este manantial sirve para llenar los depósitos de Salomon. Se vuelve á Belen por el campo de Etham, donde Sanson rompió las ligaduras con que los filisteos le llevaban atado, mató mil de ellos con una quijada de asno y sació su hambre con la miel que bro-

tó de la mandíbula que le habia servido de arma.

Por la tarde penetramos de nuevo en la gruta del *Nacimiento* donde pernoctamos; como diez y seis peregrinos deseaban comulgar en la misa que yo debia decir á la misma hora que la anterior. Todos, cada uno en nuestra lengua, pasamos la noche rezando al pie de la cuna del Salvador. Los sacerdotes recitamos el oficio de *Noche buena* que tenia tal sentido para nosotros, que estábamos enternecidos hasta derramar lágrimas.

Ayer domingo, despues de dormir un poco y despues de misa, nos despedimos de los buenos Padres y pasamos al pueblo de *San Juan de las montañas*. Los religiosos que cuidan de este santuario son todos españoles. Nos recibieron como á compatriotas al oir su lengua. Visitamos la cripta donde nació el santo Precursor; nos fuimos despues de conocer la casa de huérfanas del Padre Ratisbone hasta el desierto donde San Juan predicaba penitencia cubierto de una piel de camello y alimentándose con langostas. A un lado de este desierto se encuentra el valle del *Terebinto*, donde el pastor David mató con una piedra al gigante Goliat. El convento de las *Hijas de Sion* del Padre Ratisbone está en el mismo lugar donde David se ensayaba con las armas de Saul para lidiar con el arrogante Filisteo. Como á medio kilómetro del convento de franciscanos de San Juan, se halla un templo colocado en el lugar donde María visitó á su prima Isabel. Esta mañana dije la misa de la Visitacion en tan devota igle-

sia. Yo no sé, amigo mio, donde fuera á parar si dejara correr la pluma al impulso de los movimientos de mi corazon. En estos valles y entre estas montañas han pasado tantos grandes hechos del pueblo de Dios. Aquí sucedieron esas tiernas y delicadas escenas del principio del evangelio. En el sitio en que he dicho misa se saludaron Jesus y Juan ántes de nacer; se abrazaron María é Isabel saludándose con palabras que repiten todavía los siglos; se vieron José y Zacarías, varones justos y depositarios de los tesoros de Dios. Aquí se entonó por primera vez el *Magníficat*, esa oda divina que salió de los labios inspirados de la Madre de Dios. Qué personajes! qué palabras! qué misterios!

Hoy hemos vuelto á Jerusalen visitando de paso el Seminario de los griegos cismáticos que tiene mas de doscientos estudiantes. Este edificio está situado en el lugar donde, segun dice la leyenda, creció el árbol que sirvió para la cruz del Salvador. Se cuenta que despues de la ruina de las cinco ciudades, un ángel se encontró con Loth, á quien reprendió por el incesto con sus dos hijas. El mensajero celestial le impuso la penitencia de plantar un árbol y regarle con las aguas del Jordan. Loth cumplió su trabajo por mas de diez años, sin dejar de hacer ni un solo dia el viaje al lejano rio. Estaba ya anciano el padre de Amalec y de Moab y un dia se rompió el cántaro. Lloraba amargamente, cuando se le presenta el ángel y le consuela, anunciándole que el árbol que ha cultivado con tanta fatiga seria el instrumento de la redencion de su pecado y de

los de todo el mundo. Los griegos señalan dentro del altar del templo un hueco donde creció el árbol misterioso.

Hoy á las once del dia hemos llegado á esta ciudad, y por la tarde visitaré al Padre Ratisbone. Me despido pues, amigo mio, hasta la noche, en la que daré á usted razon de mi entrevista con el famoso judío convertido.

CARTA XVII.

Jerusalen, febrero 22 de 1870.

Estimado amigo mio:

He hecho hoy la visita al Padre María Alfonso de Ratisbone, segun le anuncié en mi carta anterior. Para que Ud. comprenda el vivo deseo que he tenido de hablar con él le recordaré algunos pormenores de su conversion, llena de circunstancias providenciales. Corria el año 1842 cuando el jóven Ratisbone, israelita de Estrasburgo, se hallaba en Roma. Fanático judío, odiaba de muerte el catolicismo. Su cultivada inteligencia, su belleza insinuante, y mas que todo, sus ingentes bienes de fortuna le dieron entrada en la sociedad de la aristocracia romana. Visitó los monumentos en que abunda la gran Capital; y si despreciaba la idea religiosa que espresaban, admiraba como inteligente las bellezas del arte cristiano. Pasaba horas enteras en los museos del Vaticano, en la basílica de san Pedro y en los otros

templos que están llenos de objetos primorosos. Un dia que estaba en la iglesia de *Ara cæli*, le llamó la atencion una Madona (la Vírjen) de hermoso mármol, que está en un altar lateral. La espresion de noble sencillez y tierna dulzura que habia dado el artista á aquella estatua le arrobaba de entusiasmo. Llegó el dia de partir de Roma y al despedirse de una de sus amigas, la Condesa N, esta le dijo: Amigo Ratisbone, deseo que Ud. me deje un recuerdo: quiero que escriba en mi *Album*, pero no elogios sino las palabras que yo le dictaré; yo por mi parte escribiré lo mismo en su libro de Memorias. Ratisbone, lleno de sorpresa, escribió en el *Album* la oracion *Memorare piissima Virgo Maria* &. de san Bernardo, y la jóven escribia la misma devota oracion en el libro de Ratisbone.—¿No sabe Ud. señorita, que soy judío? observó el israelita.—Eso no le hace, contestó la Condesa: ¿acaso Ud. no es un jóven despreocupado, un filósofo? Ademas, esas palabras son en elogio de la Vírjen María, que fué tambien judia; y yo que la amo tanto cuando recito todos los dias esa oracion escrita por Ud. recordaré al simpático amigo que he tenido el gusto de conocer. Las mujeres somos exigentes y todavía quiero imponerle otro sacrificio, si puede ser tal para un jóven sin preocupaciones. Usted tendrá la amabilidad de cargar siempre al cuello esta pequeña medalla que se la obsequia su amiga.—Ratisbone quedó atónito, cuando la jóven colocó en su cuello esa pequeña placa de oro, donde estaba grabada la imágen de María. Al dia siguiente quiso despedirse del padre de la

jóven, que se hallaba ocupado en preparar unos funerales en la iglesia de *Santo Andrea dei Frati*. Ratisbone entró en el templo, puesto de su sombrero y con ese aire desdeñoso que le caracterizaba. El Conde N. al verle le hizo notar con una mirada la inconveniencia de su porte, y le indicó que podia esperarle en la calle miéntras daba algunas disposiciones. El Conde entró en la sacristía, tardó pocos instantes y volvió en busca de su judio. Este no habia salido del templo, y el Conde le encontró en una pequeña capilla arrodillado y anegado en lágrimas. LA DE LA MEDALLA! LA DE LA MEDALLA! eran las únicas palabras que pronunciaba señalando con ambas manos el altar. Se le habia aparecido la Santísima Vírgen: ¡Ratisbone estaba convertido!

Esta conversion hizo en Roma un ruido extraordinrio, y á poco tiempo se vió en la misma iglesia un jóven vestido de blanco en medio de un gran concurso conducido por el Conde N. y su piadosa hija. Gregorio XVI envió un Cardenal para el solemne bautismo.—Señor de Ratisbone, le dijo el bautizante ¿qué nombre quereis llevar ?—MARÍA ALFONSO, contestó el catecúmeno.—Vuestra lengua, añadió el Cardenal, ha blasfemado de María y de su hijo Santísimo Jesus; besad el suelo para que repareis el escándalo. Ratisbone se postró y pegó sus labios á la tierra. La gente lloraba de ternura.

Ese jóven judio á quien convirtió la Madre de Dios es ahora el R. P. Alfonso María de Ratisbone, fundador de las *Hijas de Sion*, casa de huérfanas,—que tiene por objeto recojer

á las niñas judias y convertirlas al catolicismo.—Hoy á las once del dia estuvimos en el Pretorio; el P. nos recibió lleno de amabilidad y nos hizo inscribir nuestros nombres en un gran libro de peregrinos. Hablamos del concilio y rectifiqué algunas apreciaciones falsas, tomadas sin duda de los diarios que tantas inútilidades propagan sobre la grande Asamblea católica. Cuando observó mi fe incontrastable en los resultados del Concilio, me dijo: "Amigo mio, dia y noche pedimos á Dios para que sus esperanzas, que tambien son las mias, se realicen pronto. El Concilio tendrá grandiosas consecuencias, pero será para un porvenir, que talvez no es el nuestro. Fije su atencion en el santo lugar en que estamos. Aquí un dia terrible y fatal Pilato tomó á Jesus desgarrado á azotes y coronado de espinas, y mostrándole al pueblo dijo: ECCE REX VESTER; y el pueblo, ese pueblo de hermanos mios, gritaba delante de esta misma azotea- NOLUMUS HUNC REGNARE SUPER NOS! Y Jesus murió, y aquella muerte fué la vida del mundo y la ruina de mi pueblo, la ruina de esta mi hermosa Jerusalen!....Estienda ahora Ud. la vista por la sociedad actual que ha heredado las promesas que Dios hiciera á mis padres, y qué ve? La guerra contra Jesus. Qué oye? Ah! todos los pueblos, todos los soberanos gritan tambien: NOLUMUS HUNC REGNARE SUPER NOS. Miéntras tanto el gran Pontífice, el Santo Pio IX, en las agonías de su hermoso corazon llama como su Divino Maestro al episcopado para velar y orar; y el masonismo, esto Júdas de la civilizacion cristiana, e

duerme y quiere hacer traicion á su Dios! Ah! el Concilio! El Concilio hará mucho pero un poco despues. Los malos triunfarán por de pronto. Al tercer dia del Señor vendrá la gloria de la resurreccion!" Todo esto lo decia con tal acento de amarga conviccion que nos hacia temblar.—Nos condujo á las altas azoteas donde tiene los dormitorios de sus ciento cincuenta niñas, y desde allí nos mostraba los puntos principales de la Santa Ciudad:—"Mire Ud. allá ese alminar; está sobre el Santo Cenáculo. Mis rabinos aseguran que aquel era el lugar de la habitacion de Melchisedec. Los misterios de amor que se han realizado allí Ud. los sabe: la primera misa que hubo en el mundo la celebró el Hijo de Dios en ese santuario que ahora es una mezquita turca." Nos señaló en seguida el monte Olivete, Getsemaní, el Santo Sepulcro &a, con la voz que le temblaba por la emocion. Extendiendo la mano hácia el ángulo nordeste de las murallas:—"Ese es el lugar, nos dijo, por donde entró Tito. Por esa misma parte fué el asalto de Godofredo; el piadoso capitan no buscaba sino la gloria de Dios; los sucesores tenian ambicion y pasiones bárbaras: por eso perdieron el reino cristiano en el Oriente. Tito arruinó nuestra nacionalidad, pero no pudo ni nadie podrá arruinar nuestro pueblo porque es el pueblo de Dios! Fíjese Ud. ahora en ese suntuoso edificio que está en aquella altura y fuera de las murallas de Jerusalen [señalaba con la mano el templo y hospedería de los rusos], ese es el palacio del Tito moderno. Ya ha sentado sus reales á las puertas de la ciudad.

Cuando las *sociedades secretas* completen su obra de las tinieblas, cuando los escribas y fariseos comtemporáneos compren al Cristo, entónces la hora será llegada. Esa Europa que por tantos siglos ha sido abrigada bajo las alas del cristianismo y que ahora, ingrata, rechaza el beneficio de Dios, será circumbalada por todas partes, y el mercado donde se compren reyes, literatos y hombres de Estado será Sampetersburgo...."

En uno de los salones habia una vidriera llena de objetos piadosos trabajados por las religiosas: coronas de juncos, rosarios, cruces &a. El letrero de esa vidriera: PARA BENEFICIO DE LAS HUÉRFANAS DE SION, indicaba que esos objetos eran de venta. Me adelanté un poco y puse en un plato una moneda de oro. La religiosa que allí se encontraba me dió las gracias y me dijo que el Padre le habia ordenado que me regalara una corona de juncos. No pude aceptar el obsequio por la dificultad de conducirlo; pero tomé una pequeña lámina y rogué á la religiosa que obligara al Padre á poner allí su nombre. Algunas dificultades me mostró, porque el abate Ratisbone repugna dar autógrafos. Entró el Padre y me agradeció con los ojos al ver mi pobre limosna. Le dí á conocer mi deseo de llevar su firma en la lámina y quedó en silencio.—Padre mio, le dije, quiero conservar un recuerdo de esta visita; Ud. es un hijo de Abrahan convertido y catequizado por María; Ud. conoce con sus propios ojos á la Madre de Dios.—Sí, me interrumpió profundamente conmovido, yo conozco á María y Ella me conoce á mí; pero,

ay! no estará muy satisfecha de conocerme." Me abrazó y al juntar su mejilla con la mia sentí sus lágrimas. Tomó entónces dos láminas y firmó en ambas, y sobreponiéndose á la emocion que le dominaba me dijo: "Esta lámina es para que Ud. recuerde no solo que ha estado en Jerusalen, sino que ha visitado el Pretorio, y esta otra para que cuando Ud. llegue á Roma visite en *Santo Andrea dei Frati* á la Vírgen Santísima en un altar que su corazon le indicará. Estas flores que Ud. ve en ellas son nacidas en Getsemaní, en ese suelo empapado con la sangre del Justo." Nada pude contestarle: nos abrazamos de nuevo y salí profundamente conmovido.

El Padre Ratisbone es de mas de cincuenta años, de aspecto magestuoso y mirada severa; cuando encanezca su hermosa barba y se arrugue mas su calva y espaciosa frente, será un buen modelo para pintar un antiguo Patriarca. Su movilidad es extraordinaria; siempre está andando y hace cada semana siquiera dos viajes á la casa de San Juan de las Montañas. La frente abultada, los ojos negros y la nariz aguileña espresan el perfecto tipo judio. Si no fuese el Padre tan piadoso, casi creyera yo que tiene orgullo de ser israelita. *Nuestro* Rey David, *nuestro* rio Jordan, *nuestra* guerra con los romanos son palabras que no faltan de sus labios. Sus dos casas de huérfanas corresponden á su carácter de judio convertido. La del Pretorio satisface su corazon de católico; la de San Juan colocada en el sitio que ocupaban las fuerzas de Saul cuando David combatia con Goliat, llena de satisfaccion

su corazon de judío. En ambas iglesias tiene un magnífico altar dedicado á la Santísima Vírgen, á quien ama con devota ternura. Sobre cada uno de ellos se lee en letras de oro: IN SION FIRMATA SUM.

Se me olvidaba decirle, amigo mio, que esta mañana he celebrado misa por los amigos de Roma en el templo de la Flagelacion. Comulgaron muchos peregrinos, entre ellos el Hermano Lievin, con quien hemos visitado todos aquellos lugares. Adios.

CARTA XVIII.

Jerusalen, febrero 23 de 1870.

Muy querido amigo:

El dia de hoy ha sido tan lleno que no me queda sino la noche para tener la satisfaccion de escribirle. Esta mañana he celebrado misa en el lugar donde estaba la Vírgen Santísima en el instante en que clavaban en la cruz á su amado Hijo. Esta parte del Calvario ha quedado fuera del gran templo del Santo Sepulcro, y los franciscanos han fabricado en ella una capilla contigua á las paredes del edificio principal. Los peregrinos tienen tanta devocion á este lugar que amanecen en las puertas de este pequeño santuario para poder oir misa en el interior.—Ayer, el Cónsul español que tanto nos favorece, habia comprado al Pachá un *firman* que nos permite entrar en la mezquita

de Omar. Hoy, á las nueve de la mañana, se presentaron en nuestra habitacion dos genízaros, el uno del consulado y el otro del pachalato para conducirnos al templo mahometano que ocupa el mismo sitio del famoso templo de Salomon. Atravesamos los magníficos claustros de bóvedas, obra de los cruzados, y entramos en el espacioso atrio de la mezquita. En este punto los genízaros desenvainaron sus cimitarras y se presentó el santon, guarda del templo, tomó en sus manos el *firman*, lo aplicó á los lábios, á la frente y al pecho, y despues de leerlo esclamó: Alah! Alah! Se notaba la dolorosa impresion del muslin al ver profanado por los *infieles* un santuario que no hace muchos años, no podian ni mirar de léjos los peregrinos. Nos obligaron á quitarnos el calzado, nos pusimos pantuflos y entramos. Este edificio notable por tener la misma extension del famoso templo de los judios, lo conservan los mahometanos considerándolo como el lugar mas sagrado del mundo despues de la Meka.

El primer recinto del templo comprende la parte de donde Jesus arrojó á los vendedores que profanaban el lugar sagrado. Desde este punto subimos por algunas escalas al segundo recinto y nos encontramos con la gran mezquita de Omar. Difícil es, amigo mio, que Ud. pueda formarse idea de un edificio mas esbelto ni mas elegante. Todo lo bello, ligero y gracioso que tiene la arquitectura oriental se encuentra reunido en este santuario turco. Es un octógono de mas de veinte metros por lado, con ocho ventanas ogivales en cada uno de

sus ocho lados; y, al medio, se eleva magestuosa, brillante y encumbrada la gran cúpula chapeada de bronce y coronada por una linda media luna dorada. Todo el friso de este monumento grandioso está cubierto con ladrillos de colores, y en ellos se lee en letras árabes, gran parte del Koran. El interior está rodeado de un círculo de columnas pareadas que sostienen la cúpula: entre estas columnas hay una verja de madera dorada y llena de caprichosos arabescos. Al centro se levanta un enorme trozo de roca, desde donde, segun las creencias del islamismo, se elevó Mahoma á la altura de los cielos montado en la yégua Borak, y como la roca debia elevarse tambien, dicen que el ángel Gabriel la contuvo, para que los creyentes no se privaran de semejante reliquia. El santon, lleno de humilde credulidad, nos mostraba las señales de los dedos del ángel en una parte de la piedra. Hácia el Sur de la roca hay una puerta por la que se desciende á un subterráneo: allí se ven algunas piedras en forma de sillas toscas, y son los reclinatorios de Salomon, David, Ismael, Jacob y Abrahan. Allí están tambien dos trozos de corniza antigua: son los estribos de Mahoma. En la parte superior están arrolladas la bandera verde de Mahoma, y otra con una enorme lanza que es la bandera de Omar. Dos de las columnas pareadas que adornan este bello templo son de mármol verde; los que pasan por ellas se salvan, los que no lo pueden se condenan. Algunos pasaron con felicidad, pero un norteamericano muy obeso y unas señoritas inglesas con crinolinas, hicieron grandes esfuerzos

por pasar, y como no pudieron, claro es que con miriñaques no se va al cielo...de los turcos.—En el zócalo de otra columna se ven unas líneas blancas en el fondo negro del mármol; líneas que representan dos golondrinas que fueron castigadas por Salomon, por haberse burlado del gran templo del rey sabio. Al salir de la mezquita se encuentra un kiosko donde está una gran vara de hierro: es la balanza para pesar los pecados de los creyentes. Los que salen bien de este juicio tienen que atravesar un puente tan angosto como el filo de la navaja que sirvió para rasurar la cabeza del Profeta. Este puente principia en las murallas de Jerusalen y termina en el alminar de la Ascencion en la cima del monte Olivete. Solo los que son amigos de Mahoma pueden distinguir en los aires este camino peligroso.

Se pasa desde este lugar á la mezquita de Aksa por una alameda de cipreses. Esta mezquita faé templo católico fabricado por los cruzados y dedicado á la Presentacion del niño Jesus. Sin duda es la iglesia mas suntuosa que han tenido los latinos en Oriente. Los mármoles para su construccion fueron llevados de Grecia y del Asia menor. Tiene siete naves y las cinco hileras de columnas que las forman son del mas perfecto trabajo. El altar mayor está en el mismo lugar en que el anciano Simeon tomó en sus brazos á Jesus de las manos de María.

Dejando á un lado los ridículos cuentos de los mahometanos, estos lugares tienen preciosos recuerdos para nosotros. La roca de la mezquita de Omar es el *Sancta-Sanctorum* del

templo de Salomon y en esa ara se sacrificaban las víctimas por los Levitas. Una tradicion judia asegura que esa piedra es de la cima del monte Moria donde Abrahan iba á sacrificar á su hijo Isaac, que allí mismo se durmio Jacob y tuvo la vision de la escala por donde subian y bajaban los ángeles.—En este recinto fué encontrado por sus padres el niño Jesus de doce años de edad disputando con los doctores de la ley [Luc. II, vv. 40 51]. A la cima del templo que estuvo en este sitio condujo el diablo á Jesus, tentándole para que se arrojase al suelo [Luc. IV vv. 1, 13]. De aquí despidió á los que profanaban el lugar santo [Joan II, vv. 12, 17]. Aquí perdonó á la mujer adúltera que le presentaron los fariseos [Joan VIII v. 11). Aquí alabó á la viuda que daba un óbolo de limosna [Marc. XII vv. 41....44] &a. Lo espuesto manifiesta que si estos lugares son de grande veneracion para los judios que vienen de todo el mundo á llorar arrimados á un trozo de pared de su glorioso templo y para los mahometanos que tienen en la mezquita de Omar su segundo santuario, son de mayor veneracion para nosotros que sabemos que este recinto ha sido pisado por Jesus, María, José, los Apòstoles y tantos santos. Así, pues, judios, mahometanos y cristianos vienen á besar este suelo lleno de recuerdos para todos. No hay memoria de que ninguno que no haya sido mahometano haya penetrado en este lugar hasta el año 1854. La guerra de la Crimea hizo comprender á los turcos que ya no podian vivir sin el socorro de los cristia-

nos y decreció su secular fanatismo. El cònsul frances en Jerusalen fué el primer cristiano que penetró en esta mezquita; otros personages consiguieron tambien el mismo permiso, y ahora con un *firman*, que vale doscientos francos y que sirve hasta para cien peregrinos, pueden penetrar todos en este interesante recinto.

El pedazo de muralla donde lloran los judios es verdaderamente el único fragmento del templo de Salomon que quedó en pie despues de la ruina de Jerusalen por Tito. Cuando estos desgraciados esparcidos por los cuatro vientos comprendieron su suerte, volvieron algunos á vivir entre los escombros de la patria: fueron arrojados de nuevo, y entònces compraron al emperador Adriano el derecho de venir á derramar lágrimas sobre estas piedras bronceadas por los siglos. Causa lástima verles los viérnes y sábados cantando á gritos, con con la frente pegada al muro, alternando sus letanías entre los rabinos y el pueblo. El rabino canta. *Porque los palacios de nuestros reyes están destruidos, el templo está incendiado, los muros arrasados, nuestra majestad perdida, nuestros grandes hombres muertos, nuestras piedras preciosas quemadas &. &.* El pueblo contesta á cada una de estas frases: *Estamos sentados en las ruinas y lloramos!* Despues de estas plegarias bajan en procesion cantando lúgubremente, llegan á la tumba de Absalon en el valle de Josaphat; tiran piedras en el sepulcro de aquel ingrato hijo de David y vuelven á sus hospicios, porque los judios no tienen casas en Jerusalen.

He aquí, amigo mio, cosas que no se me olvidarán aunque viviera mil años: ruinas de naciones, ruinas de ciudades, ruinas de idiomas, y sobre tantos escombros viva y gloriosa la doctrina de Aquel que murió ignominiosamente en esta ciudad. La misma terrible lucha que en el dia sostiene prueba su poderosa vitalidad. El paganismo se levantó formidable contra la doctrina de Cristo, y el paganismo pasò y sus reliquias han quedado, porque las recogieron sus víctimas; la barbarie vino tambien contra Jesus, y los barbaros se hicieron ciudadanos de Cristo; la heregía quiere ahora, bajo mil formas, matar á Jesus; pero las sectas morirán tambien los pies del Rey de los siglos.

Concluyo encargándole que cuando reciba esta carta vaya al Vaticano, y cuando vea desfilar por el ámbito de la grandiosa basílica los centenares de obispos que han ido á Roma para confesar delante del sucesor de Pedro la misma fe que tuvo principio en los lugares donde yo me encuentro, asegure Ud. tambien su fe y diga: CRISTO VIVE, CRISTO REYNA, Y SUS ENEMIGOS DE HOY PASARÁN COMO HAN PASADO LOS ENEMIGOS DE SIEMPRE. Adios.

CARTA XIX.

Jaffa, febrero 25 de 1870.

Caro amigo mio:

Estrañará Ud, sin duda, ver esta carta fe-

chada en el puerto de Tierra Santa, cuando no he comunicado á Ud. todavía que tenia intencion de salir de Jerusalen. En efecto, mi partida de la Santa Ciudad ha sido tan precipitada que hasta hoy no he tenido tiempo de comunicarle lo que ha pasado desde mi anterior.

El 23 por la tarde recibió el Cónsul austriaco un telégrama de Port-Said, en que se le anunciaba que el domigo 26 llegarian á este puerto de Jaffa dos archiduques y dos archiduquesas, que pasan en peregrinacion para Jerusalen. La circunstancia, para nuestro regreso, no podia ser mas favorable; puesto que una de nuestras inquietudes era la de no encontrar tal vez vapor por la dificultad que tienen las embarcaciones de acercarse á este terrible puerto: el desembarco de los príncipes aseguraba precisamente el que pudiéramos embarcarnos en el mismo vapor que los traia. Resuelta nuestra partida era preciso aprovecharse de las pocas horas que debíamos pasar en Jerusalen. Descendimos al Valle de Josaphat para despedirnos de la tumba de la Vírgen Santísima de la gruta de Gethsemaní, de los olivos, del huerto, del puente del Cedron y de todos los santuarios que se encuentran en el famoso valle. No sé, amigo mio, como explicarle el melancólico sentimiento que se apodera del alma al ver por ultima vez estos lugares cuyos nombres hemos pronunciado y han resonado en nuestros oidos desde la infancia. No es la tristeza que se esperimenta al despedirse de la patria y de los amigos: aquí hay algo mas solemne y grande; algo que nunca he

esperimentado y que no sabré decirle!

Á las seis de la tarde estuvimos en la altura del *Dominus flevit*, en las faldas del monte Olivete, viendo á Jerusalen á nuestros pies, perdiéndose gradualmente en las sombras de la noche. Poco á poco quedó sepultada en las tinieblas distinguiéndose apénas el domo de la mezquita de Omar, la cúpula del Santo Sepulcro, la torre de David y otros grandes edificios. Guardábamos todos profundo silencio como si nuestras palabras profanaran la melancolía de nuestros recuerdos y afectos. Ah! ¿por qué esta ciudad ejerce tal fascinacion en los espíritus? Ella no está á las orillas del mar, para ser el emporio del comercio, el punto de partida ni el término de largos viages; ningun rio caudaloso fertiliza sus alrededores; no tiene ninguna llanura en sus inmediaciones, fuera de aquel valle sombrío y lúgubre donde se reunirán las generaciones el último dia del mundo. Jerusalen rodeada de rocas estériles sentada como nido de águila entre las secas montañas de la Judea, sin un arroyo de agua para apagar la sed de sus habitantes, sin una rama de verdura para recrear la vista, no tiene siquiera ruinas famosas como las de las ciudades de Egipto y Grecia. Y sinembargo, la imaginacion encuentra allí alimento, el corazon se llena de afectos y la palabra JERUSALEN que hemos oido resonar entre el incienso y la pompa de nuestras grandes solemnidades resuena con mas sublimidad y poesía entre los ingratos peñascos donde está fabricada. Los turcos la reverencian, los judios vienen de los últimos rincones de la

tierra para llorar sobre sus ruinas y buscar un supulcro en su antigua patria; el ruso cismático se arrastra desde los hielos de la Siberia para venir á besar este suelo bendito; el protestante de todos matices tiene su templo, y nosotros los católicos no deseamos otra dicha que llegar á estas comarcas para besar las huellas benditas de nuestro buen Jesus.

El HECHO que ha derramado sobre Jerusalen el sobrenatural influjo de que goza es bien sencillo. Un dia, los jueces de esta ciudad, tomaron un jóven judio, le juzgaron iniquamente y le ajusticiaron en uno de los arrabales. Y esa muerte ha sido la clave para esplicar todos los acontecimientos de la historia antigua y es el secreto para comprender la historia comtemporánea. Sin la muerte de Jesus en *la Colina del Calvario*, no tendrian sentido ni el sublime lirismo de Isaías, ni los melancólicos cantares de Jeremías, ni los inspirados arrebatos de David. Jesus, el Hijo de Dios clavado en la cruz, es el coronamiento de lo acaecido en los cuarenta siglos de historia que le preceden. Nacimiento, progreso y caida de las naciones; conquistas, guerras, hombres grandes, figuras, anuncios, profecías, todo, todo se enlaza con Él. Él lo explica todo, sin Él nada se comprende. JESUS MUERTO en Jerusalen es tambien la piedra fundamental de todo lo que ha acaecido y acaecerá en los siglos posteriores hasta su consumacion. Desaparicion de grandes nacionalidades, formacion de otras, cambio completo en las legislaciones, en las costumbres y

en el modo de ser de todos los pueblos; todo lo esplica Jesus, á quien todavía se le ama con un amor superior á todo amor, y se le aborrece con un odio superior á todo odio. He aquí, amigo mio, algo de lo que pensábamos en presencia de Jerusalen sumergida en las tinieblas, y he aquí tambien algo que esplica ese poderoso influjo que ejerce sobre los que la visitan.

Á las ocho de la noche descendimos de la altura, y guiados por el franciscano que cuida del Huerto de Gethsemaní subimos á la ciudad por la puerta de San Estévan. Mediante una pequeña propina al turco guardian del Santo Sepulcro pude penetrar en el templo y pasar la noche allí. Á las doce principiaron los griegos el canto de maitines y terminaron á las tres de la mañana: á esa hora dije una misa rezada en la misma TUMBA DEL SALVADOR.... Como accion de gracias por tanta dicha acompañé el canto de maitines de los franciscanos hasta las cinco y media de la mañana. Á esa hora fuí á dar el último adios en la *Casa-Nuova* á los religiosos que con tanto amor nos habian abierto sus puertas y á los compañeros de viaje que aun se quedaban en Jerusalen. Á las nueve de la mañana de ayer estuvimos en las últimas alturas de la montaña, enviando nuestro corazon y nuestra alma á esa ciudad que, desapareciendo de nuestra vista, iba á ser solo un recuerdo para nosotros. Nos hicimos violencia y continuamos el camino tristes y meditabundos. Habíamos trotado todo el dia por el camino que he descrito á Ud. en una de mis

anteriores. Eran las cuatro de la tarde y nos acercábamos á Ramleh, cuando distinguimos á lo léjos y en la misma senda que habiamos traido una densa polvareda que se acercaba á nosotros. Pronto distinguimos una columna de caballería que venia á galope. Nos pusimos á un lado de la carretera y vimos como doscientos beduinos, de gran gala que iban á escoltar á los príncipes austriacos que deben llegar mañana aquí en Jaffa. Con ellos iban cuatro padres franciscanos y todo el personal del Consulado de Austria.

Pernoctamos en Ramleh perfectamente bien acogidos por los hospitalarios religiosos de San Francisco que son la imágen de la Providencia en el Oriente. Como el convento estuviese muy lleno de huéspedes, el guardian nos diò el histórico aposento donde durmiò una noche Napoleon I del cual hablé á Ud. en una carta.

Por la mañana celebramos misa en la iglesia del convento que dicen estar fundada en el lugar donde fué la casa de Nicodemus. Hoy á las once del dia entramos en este puerto, atravesando el campamento que han formado los beduinos á la entrada de la ciudad.

Gracias al padre Daniel, que en otro tiempo ha estado en Quito recogiendo limosnas para ayudar al sostenimiento de las casas de Tierra Santa, hemos podido acomodarnos. En el convento desde donde escribo á Ud. todo es movimiento para recibir á los ilustres huéspedes que se esperan. El departamento que deben ocupar los archiduques está lujosamente amueblado, y el Sultan ha dado òr-

denes, desde Constantinopla, para que se hagan honores regios á los individuos de la familia imperial, en agradecimiento de la buena acogida que él recibió en Viena de parte del Emperador Francisco José.

No concluiré esta carta, mi buen amigo, sin decirle algo de los franciscanos de los conventos de estas regiones. Tienen las puertas de sus casas abiertas para toda clase de peregrinos, y prestan gratuitamente los servicios de la mas caritativa hospitalidad, sin averiguar siquiera la religion á que pertenecen sus huéspedes. Se han impuesto el deber de albergarlos y alimentarlos decentemente por un mes en la *Casa Nuova* de Jerusalen, y por tres dias en los conventos de Belen, Nazaret, San Juan, Ramleh, Jaffa &a. Como sacerdotes americanos hemos recibido señales mas particulares de distincion; nos han acompañado en la mayor parte de nuestras escursiones, siendo ellos mismos los dragomanes y los que han tratado con los árabes las cabalgaduras que hemos necesitado en nuestros viajes, y todos estos servicios que son tan importantes en países en donde apénas se oye otra lengua que no sea la árabe, se recomienda por esa atenta oportunidad que es característica de la abnegacion y virtud de quienes los prestan. Y cuando uno recuerda que centenares de estos santos religiosos han muerto en medio de los mas atroces tormentos, y que las mas sangrientas persecuciones y las mas odiosas exacciones no han podido hacerles abandonar estos venerandos lugares, una profunda veneracion se apodera del alma al ver estos hombres, olvidados del mun-

do que, durante tantos siglos, no han tenido otro destino que custodiar los santos lugares y facilitar su visita á los cristianos de Occidente.

Dios quiera que cuando aparezcan en las ciudades de nuestras repúblicas les acompañe la veneracion y la gratitud que se merecen, y que no vuelvan acá con las manos vacias.

Adios, amigo mio, mañana salgo de estas comarcas benditas, pronto tendré la satisfaccion de abrazar á Ud. en Roma. Adios.

CARTA XX.

Rada de Kaifa, febrero 28 *de* 1870.

Querido amigo mio:

El dia de ayer ha sido para nosotros un dia lleno de emociones. Nos levantamos por la madrugada para celebrar nuestra última misa en la Tierra Santa. Eran las siete de la mañana cuando oimos, desde la sacristía de la iglesia, los cañonazos del fuerte que corona la ciudad de Jaffa, anunciando la aparicion del vapor que traia á los individuos de la familia imperial de Austria. Cuando salimos á las azoteas del convento, á donde concurrieron todos los religiosos, apénas se distinguia el humo de las chimeneas del vapor. El mar estaba terrible y las olas, á pesar de romperse en la línea de escollos que rodea el puerto, azotaban con furor el muelle que está delante del convento. A poco los cañones del buque correspondieron á las salvas del fuerte; se enarbo-

izaron las banderas respectivas en todos los consulados de Jaffa y los franciscanos izaron tres pabellones: el frances á la derecha, el austriaco á la izquierda y en el centro el estandarte de la Tierra Santa, con la inmensa cruz roja y, entre sus brazos cuatro cruces pequeñas. Este lábaro glorioso que brillaba al frente de las huestes cristianas conducidas por Godofredo, San Luis y Ricardo corazon de Leon, cayó por tierra despues de la expulsion de los cruzados; los humildes hijos de Francisco de Asis lo recogieron de entre el polvo de tantas derrotas, y todavía se despliega al sol del siglo presente.

En el muelle se colocaron en fila los ginetes beduinos, y las azoteas de todas las casas estaban cubiertas de multitud de curiosos. Serian las ocho, cuando el vapor graciosamente empavezado de banderas, gallardetes y oriflamas, y trayendo en la popa el pabellon de Austria, fondeó como á dos millas de distancia de la costa. Una descarga de artillería y un grito inmenso resonaron en la ciudad; las detonaciones de los cañones de abordo y la gritería de la tripulacion toda ella sobre cubierta, respondian á las salutaciones del puerto. No se qué solemne y terrible habia en esa mezcla del estampido del cañon, de tantos miles de voces y del bramido de la mar enfurecida.

Mas de veinte barcas se arrojaron á las olas para acercarse al buque: la primera que llegára al vapor debia tener una considerable propina. Momentos de ansiedad y de silencio fueron aquellos en que luchaban esas barcas

con el alborotado elemento. Ya parecia que se perdian algunas entre las hinchadas olas que venian á despedazarse con fragor contra los peñascos de la orilla. Serian las diez de la mañana cuando se acercó una de aquellas lanchas: nosotros tambien unimos nuestros aplausos al palmoteo universal que resonaba por todas partes. La vuelta es mas fácil aunque mas peligrosa, y al mediodia saltaron á tierra empapados en agua los ilustres peregrinos á quienes se recibia con tanto júbilo.

Nosotros habiamos comprado asiento en la barca que llevaba la balija la que debia partir á las dos de la tarde; tuvimos, pues, tiempo de conocer á los príncipes y de ver las evoluciones ecuestres de los árabes, despues que recibieron sus jefes el dinero que, por órden del cónsul austriaco, debia repartirse entre los ginetes. El guardian del convento nos presentó por algunos instantes á los archiduques que ocupaban la grande azotea en donde estuvimos por la mañana. Me han hecho algunas preguntas sobre el clima del Ecuador &a. Un jóven de la servidumbre decia á los franciscanos, que abordo habia algunos sacerdotes hispano-americanos. Por un momento creí encontrarme con Ud. ó con algun compatriota y tenia desesperacion porque saltaran todos los peregrinos. Llegada la hora nos embarcamos, y abordo hemos encontrado tres sacerdotes mejicanos y dos guatemaltecos que no se resolvian á ir á tierra por el temor de naufragar. Hicieron un esfuerzo supremo, y pálidos de miedo se dirigieron al puerto en la misma barca que nos habia servido.

A las cinco de la tarde sonó el último cañonazo del vapor, se levó el ancla y abandonamos para siempre esta tierra clásica de la religion. Hasta muy entrada la noche teniamos la vista clavada en estas costas áridas, teatro de tantos acontecimientos sagrados y profanos. Llevábamos el mismo camino tal vez que Jonás cuando huia de Dios ó el de María cuando navegó desde Jaffa hasta Efeso en union del apóstol San Juan.

Hoy á las siete de la mañana hemos fondeado en Kaifa, para permanecer hasta el mediodia. Este puerto, aunque no tan peligroso como el de Jaffa, tiene tambien sus riesgos y no hemos ido á tierra. Se halla actualmente con nosotros un religioso carmelita que ha bajado desde el Carmelo á pedir limosna á los pasajeros. Desde el mar estamos contemplando el inmenso convento que está en la cumbre de la montaña. Allá entre esas paredes blancas, tras esas ventanas de hierro que distinguimos perfectamente está el lugar donde Elías tenia la escuela de los profetas, desde donde vió, en este mismo mar, la nubecilla blanca que pronto creció y cubrió todo el cielo; esa nube era un gracioso emblema de María Santísima. En el Carmelo recibió la Madre de Dios el primer culto que le dieron los hombres.

La altura donde está fabricado el convento es el último estribo de una cadena de montañas que viene desde el interior de la Siria y forma el *Cabo Carmelo*, que con la ciudad de San Juan de Acre que se ve al Norte, al fin del horizonte encierra la *Rada de*

Kaifa donde nos hallamos. Detras de la cadena se encuentra el *Valle de Dotain*, donde Joséph fué vendido por sus hermanos. Ese valle es, hasta ahora, el camino de las carabanas que van de Damasco al Egipto. El convento ha sido destruido y reedificado muchísimas veces. En 1799, cuando Napoleon marchaba á la toma de San Juan de Acre, dejó en el Carmelo todos sus soldados enfermos. Pero despues que se alejó el capitan del siglo, sin conseguir apoderarse de la ciudad, los turcos arrazaron el convento. En 1821, Abdalla Pacha, hombre mas cruel que el chacal hambriento, como dicen los orientales, fué gobernador de la Siria y destruyó hasta los escombros, para que los cristianos no pudieran restablecerlo. Un pobre religioso, el hermano Juan Bautista, obtuvo de la sublime Puerta, por medio del embajador frances, el permiso de reconstruir el tradicional edificio. Ha recorrido varias veces toda Europa pidiendo limosna, y ha podido levantar la casa y el Santuario de *María del Carmelo*, con mas suntuosidad que nunca. Es, sin disputa el establecimiento mas hospitalario de la Tierra Santa, tanto por los pingües donativos que recibe de los pueblos del occidente, cuanto por la proteccion que el Padre Juan Bautista ha sabido arrancar al mismo gobierno del Sultan.

La vista que se presenta desde aquí no puede ser ni mas bella ni mas pintoresca. La ciudad de Kaifa, á la orilla del mar y al pie del monte, tiene el lindo y gracioso aspecto de todas las poblaciones de Oriente vistas de léjos: hermosas palmeras, altos alminares, edi-

ficios de colores &a. Desde la ciudad serpentea el camino que lleva al convento por entre grupos de pinos, naranjos y palmeras. Detras del convento, brillante de blancura, se ven las ondulaciones que forman la *Cadena del Carmelo* cubiertas de bosques, y sobre este hermoso panorama revoloteando multitud de águilas que habitan aquellas cumbres.

El religiosso que está abordo y que me ha ofrecido remitir á Ud. esta carta, nos ha invitado á que pasáramos quince dias en la casa, diciéndonos que él mismo nos conduciria á los lugares históricos de estas inmediaciones y que podiamos partir á Constantinopla por el vapor siguiente. A pesar de tan seductora oferta no nos resolvemos á permanecer por mas tiempo en estas regiones.

Toda la costa que venimos recorriendo desde Jaffa es la parte de Siria que pertenecia al pueblo judio; mas al Norte vemos las costas de Fenicia, la antigua tierra de Canaan. Generalmente tiene un ingrato aspecto, pues no se descubren sino los muertos arenales que lamen hasta muy adentro las olas del mar; pero de vez en cuando se ven hermosos grupos de palmeras, huertos de naranjos, granados y olivos y hasta verdes llanuras. Estos *Oasis* están regularmente á la desembocadura de los rios que descienden desde las montañas. El camino que llevan las carabanas que visitan las ciudades de Siria y de Fenicia está á la orilla del mar, y bien curioso es ver esas largas filas de camellos que van prosecionalmente llevando la misma direccion que lleva el vapor á poca distancia de la costa.

Hoy es domingo de carnaval; estoi muy léjos de Ud. y mas distante todavía de la amada patria. Ya deseo estar con Ud. para dirigirnos juntos á nuestra hermosa ciudad, á nuestra bella Cuenca. La vista de estas áridas playas me trae á la memoria los verdes y floridos campos donde hemos pasado nuestra juventud. Pronto si Dios lo permite, hablaremos del hogar. Hasta tanto, adios, adios.

CARTA XXI.

Puerto de Ródas, marzo 2 de 1870.

Querido amigo mio:

El vapor que hoy á las seis de la mañana fondeó al frente de la ciudad de Ródas, capital de la isla del mismo nombre, todavía no puede ponerse en comunicacion con el puerto. Las barcas llevan mas de cuatro horas de lucha con el mar furioso sin que una sola se ponga al costàdo del buque. Permaneceremos aquí hasta mañana; pues por la noche vendrán abordo los pasajeros de esta isla. Tiempo tengo para comunicar á Ud. lo que he visto desde mi última carta.

El domingo 27, á la una de la tarde, salimos de Kaifa. A poco pasábamos por delante de San Juan de Acre sin detenernos en el hermoso puerto de esta ciudad. Grandes eran nuestros deseos de conocer la famosa *Tolemaida* de los antiguos, la que llegó á llamarse San

Juan por los caballeros de este nombre que establecieron allí su residencia. Desde el mar veíamos las murallas, las torres de los templos cristianos y los alminares de las mezquitas. Esta ciudad era la llave de Siria; los cruzados se apoderaron de ella en 1103. Cuando á principios del siglo 13 cayó definitivamente en poder de los turcos, estos pasaron á cuchillo sesenta mil cristianos. Ibraim-Pachá, virey del Egipto, la bonbardeó el año de 1834 y la arrancó de poder de la Turquía, hasta que en 1840 sufrió el último bombardeo de parte de los ingleses, aliados entónces del gran Sultan. Todavía no se levanta de los desastres causados por tantas guerras.

A las cinco de la tarde estábamos al frente de una pequeña poblacion rodeada de hermosos huertos y jardines. Esa poblacion es lo único que ha quedado de la renombrada Tiro, y con la imaginacion procurábamos reconstruir la grandiosa capital de los fenicios. ¡Cuántas espediciones han salido de este puerto que era el emporio del comercio del mediterráneo! De aquí zarparon los fundadores de Cartago, la rival de Roma; de aquí llevò Cadmo á la Grecia el alfabeto, las ciencias y las artes; él fué el fundador de Tebas en la Beocia. Fenicios fueron los que civilizaron á Sicilia y llenaron de ciudades las costas de África y de España. Este puerto, solitario hoy, estaba cubierto de los bajeles de todas las naciones. Hiran, rey de Tiro, fué quien proporcionó á Salomon los cedros del Líbano y los artistas que sabian trabajarlos. Alejandro fué detenido por Tiro en la triunfante marcha que hizo has-

ta la India: el gran conquistador necesitó de siete meses de sitio y de frecuentes combates para hacerse dueño de la Señora de los mares. Desde este punto principian las alturas que forman la cadena del Líbano paralelas á la costa. Durante la noche hemos pasado por delante de otra pequeña aldea, Saida, que en la antigüedad tenia tambien un nombre famoso: *Sidon*. Esta ciudad era mas antigua que la de Tiro; pues fué fundada por Sidon, hijo primogénito de Canaan. Ud. comprenderá, amigo mio, las reflexiones que nos haciamos en presencia de estas comarcas donde se establecieron los primeros pobladores del mundo despues del diluvio. Todos los pasajeros en pie, sobre cubierta, contemplábamos á la luz de la luna las crestas del Líbano que se dibujaban en el horizonte las solitarias y mudas riberas del mar, y buscábamos en nuestros recuerdos los grandes acontecimientos ocurridos en estas históricas regiones: griegos, romanos, árabes, los cruzados del occidente, los turcos &a. Alejandro, Julio César, Pompeyo, Saladino, Godofredo, San Luis, Napoleon &a. Todas las grandes naciones, todos los grandes hombres han llegado á estas costas, han hollado estos campos!...

El lúnes, cuando nos despertamos, estuvo ya fondeado el vapor entre multitud de buques en el hermoso puerto de Beyrout. Teniamos permiso de pasar el dia en la ciudad; pues la partida era á las seis de la tarde. Volamos á tierra para conocer y visitar la antigua *Berytus* de los romanos. Beyrout es de figura triangular; su base se apoya en los últimos

descensos del Líbano, y los dos lados terminan en una punta que penetra en el mar. La ciudad, sinembargo de ser contemporánea de Sidon y de Tiro, no conserva ninguna ruina notable; tiene una gran mezquita, que ha sido templo católico en la época de las Cruzadas y una enorme torre cuadrada que tiene sus cimientos en el mar. Esta torre lleva las señales del formidable cañoneo que sufrió Beyrout en 1840 de parte de los ingleses que conquistaron la Fenicia para el Sultan, despues de la revolucion de Ibraim-Pachá. Las Hermanas de la Caridad y los Padres Lazaristas poseen un hermoso templo y varios establecimientos de instruccion primaria para niños de ambos sexos. Esta ciudad ha heredado la prosperidad de Sidon y Tiro. Situada en un bello puerto, á la salida de la garganta del Líbano que abre comunicacion con Damasco y con el interior de la Cele-Siria, es el centro del comercio de estas regiones. Todas las líneas de vapores que frecuentan estos mares tienen sus agencias y grandes depósitos de mercancías en esta ciudad; y con la apertura del canal de Suez y una carretera hasta Damasco, Beyrout se levantará mas pronto de los desastres que le causaron Ibraim-Pachá y el almirante ingles Napier. Encantadores son los alrededores de esta hermosa poblacion. Al norte corre el rio Nahr-Beyrout por un valle que desciende desde el Líbano: qué villas tan deliciosas! qué jardines tan floridos! qué arboledas! qué sombras!—No solo la planicie ostenta este lujo de una poderosa vegetacion, sino que las faldas de la montaña cortadas en pla-

nos, en forma de anfiteatro, tienen el aspecto de jardines colgantes que, en inmensa gradería se levantan por el Líbano. Estensas son las plantaciones de morera, olivo y caña de azúcar. Los viñedos producen el famoso *vino de oro* que solo se sirve en la mesa de los reyes. Cerca del lugar donde desemboca el rio en el mar, se ven las ruinas de un templo fabricado en el sitio en que San Jorge combatió con el dragon.

Al sur de la ciudad se visita la plantacion de pinos hecha por el emir Fakardin. Las arenas de la costa, arrastradas por los vientos de África, iban amontonándose y amenazando cubrir la ciudad; el inteligente emir llenó los campos de millares de pinos y formó este paseo á donde se traslada por las tardes lo mas elegante de la poblacion. Las plantaciones han suspendido la invasion de la arena y han salvado á Beyrout.

Sentiamos vivamente no poder permanecer mas de un dia en este lugar. ¡Cómo deseábamos ascender á las cumbres del Líbano y visitar los cedros! Esos cedros tenian sus ramas extendidas al viento en la época en que vivian Abrahan, Isaac y Jacob mucho ántes de la fundacion de Babilonia, de Egipto y de Persia y todavía sus copas seculares son sacudidas por los huracanes del presente siglo. *Esos árboles*, dice Mr. Lamartine, *que saben la historia de la tierra mas bien que la historia misma*, no son sino siete ú ocho; los demas, que forman el bosque que corona la frente del Líbano, son retoños de la vegetacion de los tiempos bíblicos.

A las cinco de la tarde estuvimos ya abordo recorriendo con la vista los hermosos sitios que acabamos de visitar. El valle de Nahr-Beyrout parecia una faja de verdura y de flores tendida desde la montaña hasta la mar; los bosques de pinos envuelven como un cinturon parte de la ciudad, y sobre este cuadro las gigantescas moles del Lívano coronadas de nieve limitan el horizonte. Al anochecer se levaron anclas y nos dirigimos mar adentro á la isla de Chipre. Ayer á las siete de la mañana fondeamos en la bahía de Lárnaca.

Esta ciudad es la capital comercial de la isla de Chipre. En la antigüedad se llamaba *Cittium* y fué fundada como las demas ciudades de la isla por los Fenicios. La poblacion es griega en su mayor parte y nada posee que excite la curiosidad del viajero. Las cercanías son estériles y cubiertas de polvo. Solo hemos visitado la iglesia griega de San Lázaro, la de los franciscanos y un pequeño museo formado por el cónsul norteamericano donde se ven muchos vasos etruscos, estatuas del tiempo de los griegos, y lanzas, espadas &a. del de los cruzados. Pronto volvimos abordo desde donde se goza de mejor perspectiva. En el fondo de la isla y sobre unas montañas se ve la ciudad de Nicocia, capital política de Chipre. Famagusta y Limasol son puertos, uno al norte y otro al sur de Lárnaca. El renombrado *vino Chipre* se produce en el centro de la isla y forma su principal artículo de comercio. Chipre era famosa en la antigüedad por el culto que en ella recibia Venus, Paphos, Amathunte eran ciudades espe-

cialmente dedicados al honor de la diosa de la belleza. Los griegos llamaban á la isla *la perla de los mares*, y los que la habitaban tenian el crédito de ser atrevidos marinos. Esta isla fué una de las primeras que se convirtieron al cristianismo; San Pablo y San Bernabé fueron los que predicaron aquí el Evangelio.

A las dos de la tarde salimos ayer del puerto de Lárnaca, y rodeando la isla por su parte meridional anochecimos léjos de sus costas. Hoy le escribo de Ródas, lleno de sentimiento por no poder ir á tierra, á esta tierra que estamos mirando, consagrada por el heroismo y la piedad de los caballeros de San Juan que, estableciéndose aquí, fueron por mas de dos siglos y medio el baluarte de la cristiandad contra el formidable poder de los Turcos. Aunque esta isla tiene gloriosos recuerdos desde la antigüedad, todas esas glorias se eclipsan en presencia de las titánicas hazañas de los soldados de Cristo. El Gran Maestre Foulques de Villaret, fué el que la conquistó y se estableció en ella. Desde Ródas amenazaban todos los puertos del Egipto, de Siria, del Asia menor &a. Como eran atrevidos ginetes cuando habitaban en la Palestina, así eran audaces marinos cuando salian de Ródas. Un puñado de estos héroes conquistó Alejandría, Patras, Smyrna &a. y hasta Constantinopla temblaba que se acercaran al Bósforo estos fieros adalides, que habian ofrecido á su Dios nunca huir en presencia de sus enemigos, por numerosos que fuesen. El Sultan de Egipto reunió un innumerable ejército para atacar-

los aquí en Ródas. Los caballeros, á las órdenes del Gran Maestre Juan de Lastic, resistieron el sitio por cuarenta y cuatro dias y derrotaron á sus enemigos. Mahomet II atacó tambien la isla y salió vencido. Este Sultan declaró á los caballeros una *guerra á muerte;* llamó á las armas á *todos los bravos que quisieran vengarse de los infieles;* y el año de 1480 desembarcaron en Ródas cuarenta y cinco mil guerreros conducidos por el Sultan en persona. Tres meses duró el sitio; el heróico Gran Maestre Pedro de Aubousson, hizo prodigios de valor, y los Turcos se reembarcaron vergonzosamente. En 1522, Soliman *el magnífico* se presenta con cien mil soldados y cuarenta navios. El Gran Maestre Villers de l' ile-Adam, apénas contaba con seiscientos caballeros y cuatro mil quinientos soldados. Cinco meses duró el sitio; el ejército turco estaba espantado de las inauditas hazañas de los caballeros. El 24 de setiembre fué el ataque general y en una salida de los sitiadores perecieron quince mil soldados de Soliman. Ya se dió la órden de retirada despues de tan inútiles asaltos; pero un tránsfuga judio dió noticia al Sultan de que los cristianos habian consumido todos los víveres. Los turcos continuaron el sitio y el hambre obligò á capitular á los héroes. Soliman no pudo ocultar su despecho y admiracion cuando viò que el Gran Maestre era un anciano y los caballeros en tan corto número. El 1º de enero de 1523 la órden de los caballeros de San Juan dió su último adios á la isla de Ródas, la que sigue turca hasta el dia de hoy. Aban-

donada Ródas, quedaba abierto el camino para que las naves musulmanas volaran á la conquista del occidente y volaron en efecto; pero otro héroe cristiano, don Juan de Austria, les cortó las alas en el golfo de Lepanto. Ay, amigo mio! Y esos siglos de heroismo y de grandeza, de generosidad y cultura, se llaman por algunos eruditos á la violeta: LA BARBARIE DE LA EDAD MEDIA; y muy bombásticamente llaman civilizacion el egoismo y las ridículas miserias comtemporáneas. En aquel tiempo, hasta los feroces soldados de Mahoma querian la destruccion y el incendio en guerra leal y franca. La nobleza de aquella época contagiaba, diré á Ud, hasta á sus enemigos. El civilizado, el culto de nuestros dias, cuando quiere destruir lo que habrian respetado los BÁRBAROS DE ANTAÑO no se espone á nada: esconde hipócritamente un poco de petróleo bajo sus vestidos y consuma la obra infernal. Y sinembargo, echar tajos y reveses contra el oscurantismo de la edad media, contra la tiranía de los Papas que salvaron el mundo en esa época, es materia convenida, accioma obligado para poder llamarse entendidos y sabios. No sé, amigo mio, lo que le estoy diciendo. Adios.

CARTA XXII.

Archipiélago de las Sporadas, marzo 3 *de* 1870.

Amigo mio, querido:

Comienzo por decirle, que hallo muy difícil dar á Ud. razon de la multitud de objetos que hemos visto el dia de hoy. Acabamos de salir de un laberinto de islas, con hermosos puertos algunas, estériles otras y cubiertas de lujosa vegetacion las mas. A pesar de que llevamos desarrollado el plano de este archipiélago, son tantas las islas Sporadas que me contentaré con hablarle solo de las principales. No será demas indicarle nuestro *modus vivendi* en el mar. Desde que salimos de Jaffa, el vapor viene tomando pasajeros en todos los puertos, y estos son tan numerosos que el capitan no admite ya sino á los de tercera clase que se amontonan sobre cubierta. El viérnes 11 del presente se celebra con gran pompa en Constantinopla la fiesta del *Bairam*, la pascua de los turcos, despues del ayuno del mes de *Ramazan*. Para asistir á esta solemnidad afluyen tantos pasajeros. Entre estos va el Pachá de Damasco que se embarcó en Beyrout y lleva un pequeño *harem* de seis mujeres de Georgia y dos esclavos negros que le sirven el café y la pipa haciéndole profundas reverencias. Hubo necesidad de toda la energía del capitan y de las protestas de muchas señoras que van aquí, para que el orgu-

Hoso Pachá no estableciera su hogar *con todo su séquito* en el salon de popa. Ha levantado un lujoso pabellon de seda sobre el puente de proa, y allí viene recibiendo los homenages de los turcos, porque dicen que es persona principal. Nosotros hemos formado un pequeño grupo entre franceses, italianos y americanos. Poseemos una buena coleccion de mapas, planos de ciudades, guias &a. y tenemos conversaciones curiosas é instructivas. Todos escribimos por la noche nuestras impresiones del dia.

No sé á que hora de la noche habriamos salido de Ródas; pues amanecimos cerca de Cos, isla que está al frente de un golfo profundo que se abre en las costas del Asia menor, en la misma situacion que ocupa nuestra isla de Puná en el de Guayaquil. El vapor penetra al golfo por un canal formado por la isla y la punta de *Gnido*, y sale por otro canal mas ancho entre la punta de la isla y el cabo *Boudroum*. *Gnido* era ciudad muy floreciente, donde se adoraba la estatua de Venus de Praxitéles en un rico templo dedicado á la diosa. En el cabo *Boudroum* están las ruinas de Halicarnaso, ciudad famosa en la antigüedad, donde Artemisa erigió á los manes de su esposo Mausolo, el prodigioso monumento fúnebre, contado por los antiguos entre las siete maravillas del mundo. La isla de Cos está muy bien cultivada y alegra la vista su poblacion, en medio de huertos y arboledas, y sus casas resplandecientes de blancura. Cos es patria de Hipócrates, padre de la medicina, y de Apéles, padre de la pintura. En el interior de la isla

se encuentra la *fuente de Hipócrates* á donde venian de toda la Grecia para beber de sus aguas y curarse de toda clase de enfermedades. Cos tenia tambien un templo muy frecuentado erigido en honor de Esculapio.

A las ocho de la mañana costeamos la isla larga y estéril de Kapari, en la que solo se ven algunos bosques de raquíticos arbustos y uno que otro pastor de cabras. Dos horas tardamos en atravesar por el dédalo de islotes ò mas bien peñascos de mar que sobresalen de la superficie de las aguas. Las de Arki, Lipso, Léros y Kalímnos son las mas notables de estas microscópicas islas. De repente nos encontramos con Páthmos, que se levanta en el mar como una enorme concha de tortuga. Esta isla es de quince kilómetros de longitud y diez en su mayor anchura. Tiene pocos habitantes pobres y reputados por insignes piratas. Todo el rededor de Páthmos está cubierto de bosques salvajes; lo que facilita los golpes de mano que impunemente suelen dar estos atrevidos insulares. En la parte mas alta de la isla se ven algunos campos cultivados y una pequeña poblacion donde se encuentra la gruta en la que San Juan, desterrado por Domiciano, escribió el Apocalípsis. Lástima fué que no nos hubiéramos podido detener para visitar un convento de griegos *unidos*, y la cripta donde permaneció mucho tiempo el amado discípulo de Jesus.

Al mediodia fondeó el buque en la isla de Sámos. Una cadena de montañas la atraviesa en toda su longitud, distinguiéndose hácia el norte la hermosa cumbre nevada de *Kerki*,

de 1570 metros de elevacion. Las rocas negras, casi perpendiculares que forman esta altura, los bosques que rodean las montañas y un *no sé qué* especial en el aspecto de Sámos, hacen recordar algunos puntos de nuestra cordillera de los Andes. La parte cultivada es encantadora. La multitud de arroyos que descienden desde la sierra, la feracidad del terreno y la inteligente laboriosidad de los samios, han hecho de esta isla un verdadero jardin en medio del mar. La risueña Vathy, con sus casas blanqueadas, perdidas entre los mirtos, higueras, naranjos, olivos &a, es la capital y le sirve de puerto. Se ven muchas otras poblaciones en el interior, notándose por su hermosa situacion Mitylene y Chora.

Despues de media hora que nos detuvimos en Vathy, avanzamos al golfo de Efeso [hoy golfo de *Scala Nuova*]. Nada podiamos distinguir de las ruinas de la ciudad, donde María Santísima vivió con San Juan; pero entre los pasajeros hay algunos que han visitado los interesantes escombros de la histórica Efeso que cubren un inmenso espacio. Ahora solo viven los animales salvajes en lo que fué la floreciente ciudad donde se declaró como dogma de fe que María es madre de Dios.

A las cuatro de la tarde fondeó el vapor delante de Chio, capital de la isla del mismo nombre. Hemos estado en la ciudad hasta el anochecer. Los límites de una carta son estrechos para dar á Ud. idea del carácter especial de los habitantes de esta isla. Son griegos, verdaderos griegos, con todas las cualidades y defectos inherentes á esta raza. In-

teligentes, activos, cultos y bravos; pero ligeros, volubles, de exagerada suspicacia. Los *chiotas* no solo han heredado el carácter de sus antepasados sino que, en lo bueno, han ido hasta lo mas elevado, y en lo malo, hasta el crímen. Desde la mas remota antigüedad los *chiotas* han tenido parte en todos los acontecimientos de la historia de Grecia. Aventureros y *decidores* han hallado buena acogida en todas partes. Algunas frases proverbiales definen bien á estos curiosos insulares: *mas fácil es*, se dice, *hallar un caballo verde que un chiota serio. El chiota es soldado de vanguardia*, dicen cuando se organiza una campaña. *Solo un chiota no hallaria dificultades en semejante empresa*, se añade, cuando se quiere manifestar que una cosa es imposible. Son audaces, heróicos, temerarios en los peligros, pero lloran como mujeres en la desgracia. En el combate es irresistible una carga de *chiotas;* pero, cuando hay derrota son los primeros que huyen, silbando á sus enemigos y burlándose de ellos. Cuando el año de 1821 sonó entre los griegos el grito de libertad, un estremecimiento eléctrico se apoderó de los corazones de los chiotas. Los primeros triunfos de los atenienses, el asesinato de los griegos en Constantinopla, las crueldades del Sultan Mahamoud &a, llevan hasta la locura la irritabilidad de estos pueblos. El Gobernador turco que sabia de todo lo que eran capaces los habitantes de Chio, los gobernaba militarmente y vigilaba para que no penetrara en la isla ningun cargamento de armas. Los samios se habian insurreccionado

ya, y el 22 de marzo de 1822 hicieron un desembarco en la isla de Chio. Los chiotas recibieron con patriòtico entusiasmo á sus vecinos de Sámos y arrojaron de la isla la guarnicion turca allí residente. Poco tardaron en volver decuplicadas las fuerzas de Constantinopla que degollaron sin misericordia á estos desgraciados habitantes. Perecieron mas de treinta mil y casi otros tantos, salvados por los Cónsules europeos, se dispersaron por toda Europa. La floreciente ciudad de Chio apénas cuenta actualmente diez mil habitantes. Grecia es hoy un pueblo libre: Chio y las demas Sporadas gimen todavía bajo la servidumbre musulmana.

Al instante que fondeamos en el puerto, el vapor quedó rodeado de multitud de botes que traian abordo frutas, vinos, frasquillos de *vergamota* &a, pues la de Chio es acreditada. En la ciudad hemos visitado al Norte *la escuela de Homero* que es una roca, donde las tradiciones ponen el lugar del nacimiento del poeta. Las calles son rectas y paralelas á la orilla del mar, pero toda la ciudad apénas tiene dos ó tres calles, porque es larga y muy angosta. El vestuario de hombres y mujeres casi es el mismo: pantalon turco ancho y ceñido al tobillo, *un fustanelo*, que es un poco mas largo en las mujeres; una especie de dorman, cruzado de bordados y alamares de colores y el indispensable gorro frigio. El sombrero es cosa desconocida en todo Oriente. Las chiotas actuales conservan esa alegria y lijereza tradicional. Abundan los *cafées cantantes*, los bailes á la sombra de los ár-

boles y en todas partes se les nota ese aire de menosprecio por todo. En chio he encontrado sacerdotes y religiosos católicos que se distinguen de los cismáticos por sus largos y bien peinados mostachos. Ud. habrá visto en Roma algunos obispos de *bigote y perilla*, que sin duda son prelados de las iglesias de estas regiones.

A las ocho de la noche zarpó el vapor y me puse á escribir á Ud. esta carta que la remitiré desde Smyrna donde amaneceréemos mañana; pero para concluir recordaré á Ud. que estos grupos de islas, esas estensas playas del continente que hemos visto hoy, eran en los ocho primeros siglos florecientes iglesias cristianas llenas de fe y de piedad. Iglesias del Asia menor, fundadas por el Apóstol San Juan, cuyos nombres están escritos por el sublime profeta de Pátmos en la última y terrible profecía que cierra los libros sagrados: *Iglesias de Efeso y de Smyrna y de Pérgamo y de Tiátira y de Sárdes y de Filadelfia y de Leodicéa*, ahora no son sino montones de ruinas. La patria de esos grandes hombres á quienes los siglos posteriores llamaron Santos Padres, está ahora hollada por la soberbia musulmana. El Asia menor fué la que primero se asimiló la civilizacion cristiana; la luz y la libertad, traidas por Cristo, hicieron un tiempo de todas estas comarcas la patria de los santos y el plantel de los filósofos y sabios. La Cicilia, Pisidia, Panfilia, la Caria, Lidia y Bitinia, llenan con sus nombres las páginas históricas de la aurora del cristianismo. Escuelas famosas, grandes

liceos, academias florecientes producian insignes doctores, inspirados poetas, inteligentes guerreros y hábiles hombres de Estado. Los mas grandes concilios ecuménicos se han celebrado en esta privilejiada region. Esta florida rama fué arrancada por Focio del árbol del catolicismo; estaba marchita cuando los fieros creyentes del Islam vinieron á pisotearla y desparramar sus hojas secas. Desgraciada iglesia griega! separándose de Roma se separó de la fuente de vida; y si aun respira en estos lugares que fueron el teatro de su gloria, es por que ha cambiado su libertad con un poco de proteccion que le concede el Czar de la Rusia.

Concluyo, amigo mio, por ser ya muy entrada la noche, mañana tendré la satisfaccion de escribirle por el vapor que debe encontrarnos en la isla de Ténedos al frente de Troya. Adios.

CARTA XXIII.

Smyrna, marzo 4 *de* 1870.

Querido amigo:

Tarde era ya cuando ayer tuve el gusto de escribirle mi anterior. Esta mañana me he despertado con el ruido de este bulicioso puerto: qué puerto! qué ciudad! Dos sorpresas he recibido. Leíamos en nuestros *Viajes* y *Guias* que Smyrna habia perdido mucho de su an-

tiguo explendor; que no siendo ya su puerto el único en el Asia menor, su comercio, actividad é industria estaban en decadencia. Tenia fijas estas ideas; pero confieso á Ud. francamente que la vista de Smyrna, desde el puente del vapor, es admirable. Verdad es que el desengaño que se experimenta al recorrer las calles de las ciudades turcas, despues de haberlas visto de léjos es mayor en Smyrna.

Suponga Ud. un golfo en forma de canal, que penetra cincuenta y cuatro kilómetros en la costa de la Anatolia. Dos colinas paralelas casi iguales bajan en suave plano inclinado hasta la orilla del mar y defienden este golfo de los vientos de Norte y Sur. Estas colinas cubiertas de lujosa vegetacion con hermosas casas de campo, kioscos en medio de jardines, fuentes cuyas aguas bajan en bulliciosas cascadas ó que saltan en pilas de mármol, hacen de este canal el puerto mas delicioso que se ha visto. En el centro de esta lengua de mar se distingue al pie del monte Páguas, Smyrna *la amable*, *la corona del Asia*, *la perla del Levante*, *el ojo de la Anatolia*, como en su poético lenguaje la llaman los orientales. El aspecto de esta inmensa poblacion, de mas de doscientos mil habitantes, no puede ser mas encantador. La ciudad ocupa la orilla del mar, y se eleva en anfiteatro por las suaves faldas del Páguas, en cuya cima se ven las impotentes y sombrías ruinas de un castillo veneciano. Estas faldas están cubiertas de un bosque de cipreces, y de monumentos fúnebres: es el gran cementerio de los turcos. Desde el mar se goza de tan bello pa-

norama. La multitud de alminares que se destacan en esta límpida atmósfera, las torres de las iglesias cristianas, las sombras de aquellas robustas arboledas, el sol brillando en un cielo de trasparente azul y todo este hermoso cuadro reflejándose en las mansas aguas del golfo, dejan una verdadera delicia en el seno del alma. Pero en medio de este lujo de la naturaleza y del arte, el corazon cristiano siente tambien agudos dolores; pues entre la multitud de individuos que vinieron al vapor, como sucede con todo buque que llega á un gran puerto, he visto un anciano turco vendedor de mujeres y algunos agentes de los *lupanares* que hacian á los pasajeros sus infames ofertas....El Pachá de Damasco, nuestro compañero de viaje, fué el primero que saltò á tierra con el viejo turco y en su siniestra mirada, en la inquieta solicitud por desembarcar pronto, mostraba que *la mercancía* era muy de su agrado....Con verdadero placer he sabido que las dos hermosas jóvenes circacianas, ofrecidas en venta, no habian llamado la atencion del Pachá. Ay! amigo mio! Postradas de rodillas y la frente en el polvo deben las mujeres cristianas dar gracias á Dios por pertenecer á la religion que, dando culto á la Vírgen María, las ha elevado y engrandecido.

La ciudad es una verdadera Babilonia. Se hablan aquí todas las lenguas de Asia, Europa y Africa; se practica el culto de multitud de religiones y se ven los vestuarios de innumerables pueblos. Hay barrios ó cuarteles especiales para cada nacionalidad. Los turcos

ocupan las estensas faldas del Páguas; los judios residen en las orillas del rio Méles que desemboca en el golfo, los francos [todos los europeos] están á las orillas del mar; los griegos y armenios forman su arrabal aparte, dejando entre ellos y el barrio franco la recta y hermosa calle *de las rosas*. Los sacerdotes de todos los cultos tienen aquí sus templos, distinguiéndose por la riqueza y grandiosidad la iglesia de los griegos cismáticos: su altísimo campanario de brillante mármol es, sin duda, el mejor monumento arquitectónico que posee Smyrna. Los ministros protestantes han querido hacer aquí su propaganda; pero muy abstracto, muy frio es el protestantismo para que pudiera herir la ardiente y pintoresca imaginacion de los orientales. Los representantes del catolicismo son un obispo latino y otro griego *unido;* los franciscanos y lazaristas, las hermanas de la caridad y los hermanos cristianos, poseen grandes establecimientos á los cuales concurren hasta los turcos.

La curiosidad de Smyrna es su *bazar*, pequeña ciudad con calles debajo de cubierta que ocupa el centro de la gran poblacion. Qué variedad y riqueza la del tráfico! Alfombras de Persia, tegidos de seda de Damasco, tafiletes de la Siria, porcelana de Gallípoli y cuántos artículos produce todo el Oriente con todos los productos de la industria europea. Difícil es que Ud. se forme idea de la vida, del movimiento, del gentío de este bazar donde se encuentran ingleses, franceses, alemanes, italianos, rusos &a mezclados con los egipcios, argelinos, árabes, judios &a.

Otra curiosidad de Smyrna es el *puente de las carabanas*, sobre el rio Méles: es un inmenso arco del tiempo de la dominacion romana, cuyas piedras perfectamente labradas han adquirido con los siglos un bello color anaranjado. Al otro lado de este puente se ven los centenares de camellos que diariamente llegan con las mercancías de las ciudades del interior del Asia. En esta parte de la ciudad está el mercado de animales, surtido de innumerables rebaños de carneros y cabras, multitud de caballos, bueyes y asnos, todo en un agradable desòrden; y el bullicio de los compradores, vendedores y animales no es menos que el que se nota en el bazar. En la orilla del rio y á poca distancia del puente se muestra una pequeña gruta lugar del nacimiento de Homero. Usted sabe que en la antigüedad varias ciudades de Grecia se disputaban el honor de ser patria del autor de la Odisea é Iliada; pues bien, así como Aténas, Salamina, Argos, Ródas, Chio, Colophon, tambien Smyrna señala el sitio donde vió la luz el sublime poeta.

Desde este lugar subimos por las estrechas y desaseadas calles del barrio turco á las ruinosas murallas del castillo que corona el monte Páguas. Qué inmensa y grandiosa perspectiva! Al Oriente se ven las estensas y verdes llanuras de la Anatolia con dos ferrocarriles: uno que se dirige al Norte, hácia las poblaciones de la Troada, y otro al Sur, en direccion de la Caria y de las ruinas de Efeso y Halicarnaso. Al pie se distingue el curso tortuoso del Méles, con sus ricas *villas* ro-

deadas de huertos y jardines. La vista al Occidente no puede ser mas arrebatadora: al pie, la inmensa ciudad en forma elíptica, el golfo cubierto de navíos, las hermosas colinas que le cercan, y en el horizonte, los dos cabos que forman el golfo y que penetran en las aguas del mar Egeo. Cuando tengo delante de mí estos grandiosos espectáculos instintivamente busco á Ud. á mi lado. Qué bien nos habriamos comunicado nuestras impresiones! Cómo habria brillado el entusiasmo en sus palabras, pues que Ud. posee el sentimiento de lo bello y lo sublime....!

Descendimos de la altura por entre el intrincado bosque de cipreses del cementerio turco, y nos detuvimos en las puertas de una pequeña capilla rodeada de altos pinos. Aquel es el lugar donde sufrió el tormento del fuego el mártir San Policarpo. Este ilustre Obispo, elocuente apologista de la verdad cristiana, fué discípulo del Apóstol San Juan. Durante la persecucion de Neron, el procónsul de Smyrna tomó al santo prelado y le condenó á ser quemado vivo en el anfiteatro en presencia del pueblo. Se distinguen todavía algunos cimientos de este anfiteatro.

El dragoman que nos acompaña es un inteligente jóven judio que habla bien el español. Por la tarde le indicamos que nos condujese á cualquier hotel para tomar nuestra comida. Nos llevó á una casita de humilde apariencia, y ¡cuál fué nuestra sorpresa al oir nuestra lengua un poco maltratada, por cierto, entre los moradores de aquella modesta vivienda! Se presentaron á saludarnos, primero

dos ancianos, que eran los padres de nuestro dragoman, en seguida entraron los demas individuos de aquel hogar: son descendientes de los israelitas desterrados de España por Felipe II. Conservan la lengua de su antigua patria, aunque apénas tienen idea de que hay en el mundo una parte que se llama América; no volvian de su admiracion al saber que habiamos atravesado inmensos mares para llegar á estas apartadas regiones. ¡Qué alegría la de los jòvenes, al oirnos hablar en su propio idioma!

Nos sirvieron con delicada atencion, y al despedirnos rogaron á Dios para que, como al jóven Tobías, nos restituyese sanos y salvos á nuestro hogar, despues de tan larga peregrinacion.

Hasta las seis de la tarde hemos recorrido los barrios de la gran ciudad en donde los mahometanos no son tan fanáticos como en otros lugares. Los cristianos gozan de completa libertad, y el culto, así de griegos como de latinos, se celebra con pomba y solemnidad. Los que padecen de vez en cuando son los judios, á quienes les cierran algunas veces sus sinagogas. Generalmente, si los mahometanos desprecian á los *perros cristianos*, este desprecio se cambia en odio respecto de los judios. Creen que estos son los mas atrasados en materia de religion. *Nosotros*, dicen los sectarios del Profeta, *hemos llegado á la perfeccion religiosa enseñada por Mahoma; los cristianos se han quedado en las lecciones del Profeta Issa* (Jesus); *pero los judios no han podido salir de la ley de Moises.*

Acabo, amigo mio, esta carta; son las nue-

ve de la noche y dentro de pocas horas saldremos de este puerto. Adios.

CARTA XXIV.

Gallípoli, marzo 5 de 1870.

Estimado amigo mio:

Si hubiese tiempo y comodidad escribiría á Ud. dos veces al dia, tal es la multitud de objetos que pasan con rapidez por delante de mí. Á las dos de la mañana salió el vapor del golfo de Smyrna; amanecimos en el canal formado por la isla de Lésbos y la costa de Pérgamo en el Ásia menor. Lésbos se llama hoy Mitylene por el puerto de este nombre que le sirve de capital. El aspecto de la isla es como el de las mas del archipiélago, montañosa en el centro y bien cultivada en los declives y costas. Lésbos era famosa en la antigüedad por la disolucion de sus habitantes y el infame culto que allí recibian Vénus y Priapo. Esta isla es la patria de Sapho, que inmortalizó su apasionado sentimiento por Paon; de los filósofos Píttaco, Teóphanes y Teophrasto, de Amphion poeta lírico.

A las siete de la mañana fondeamos delante de Mitylene, rodeada de murallas con un bonito puerto, una alta torre griega y hermosos huertos en sus inmediaciones. Desde el vapor se distingue el aseo de la ciudad, lo que indica que es una poblacion griega y no

turca. Solo nos detuvimos el tiempo suficiente para el cambio de las balijas. Desde las nueve del dia, en que montamos el cabo Baba, hemos costeado la Troada, tierra llena de recuerdos, de poesía y de heroismo. Homero y Virgilio, los dos mas grandes poetas de la tierra han cantado las hazañas de los héroes de Grecia y de Troya. Alejandro, que hizo escribir en letras de oro la Iliada, visitó estas regiones y fundó la ciudad de *Alejandría-Troas*, que es ahora una pequeña poblacion en la costa de la Troada. Con respetuoso silencio veniamos contemplando aquellas desiertas playas, donde *han perecido hasta las ruinas! Etiam ruinæ periere!*.... Pero han quedado nombres que todavía suenan con el prestigio que les han dado la poesía y la antigüedad. Hemos visto los rios Scamandro y Simois; el monte Ida y el Olimpo; las tumbas de Ajax, de Achíles, de Patroclo, de Héctor. Nos hemos detenido un momento delante de la isla de Ténedos, detras de la cual Ulises ocultó la escuadra griega y engañó á los treyanos, que creian que sus enemigos habian desaparecido definitivamente. De esta isla salieron las dos serpientes que atravesaron á nado el canal, con sus crestas levantadas y con la ira de los dioses en los ojos sanguinolentos; llegaron á la playa, envolvieron á Laocoon y sus dos hijos entre sus terribles anillos, y ahogaron y devoraron á este sacerdote de Apolo. Ud. ha leido la narracion horrorosa de Virgilio y ha visto el no ménos horroroso grupo de mármol que se halla en el *Belvedere* del Vaticano. y no se sa-

be á cual dar la preferencia, si al Laocoon del poeta, ó al del estatuario....[*] Hemos contemplado el lugar, cubierto de arena al presente, donde estaban ancladas las naves de Grecia; el sitio, á orillas del Xanto, donde murió Héctor. En estas dilatadas llanuras, patria de la mitología, cuna de la epopeya, solo hemos visto á un viejo pastor turco con sus pistolas al cinto conduciendo un rebaño de carneros. Por todas partes solo reina la soledad y el silencio!....Si Ud. nos hubiera visto hoy á todos los pasageros sobre cubierta, con un enorme plano de la Troada estendido sobre un banco! El contador del bu-

---

[*] Virgilio vió, sin duda, en Roma el magnífico grupo de Laocoon y de sus dos hijos, enlazados por las serpientes, para la sublime y espantosa descripcion que se lee en el libro II de la Eneida. Esta admirable escultura, una de las mas grandiosas obras maestras de la antigüedad, se debe al cincel de Agesandro, escultor de la isla de Rodas. Se cree que fué llevada á Roma ántes del imperio de Augusto, lo que hace pensar que el poeta mantuano se inspiró con la vista de aquella portentosa estatua. Se nota si alguna diferencia entre las dos obras del Génio. Virgilio dice que Laocoon daba, con el dolor, *gritos horrendos, semejantes al mujido del toro, que huye herido del altar del sacrificio:*

"Clamores simul horrendos ad sidera tollit
Quales mugitus, fugit cum sancius aras
Taurus, et incertam excussit cervice securim."

Miéntras que en el Laocoon de Agesandro, la boca ligeramente entreabierta, los ojos elevados al cielo, la contraccion de los nervios del brazo izquierdo, violentados por separar la cabeza dé la serpiente que ha clavado el diente en aquel lado, hace ver que no hay gritos, sino una desesperacion sorda y dolorosa, un esfuerzo supremo por arrancarse de las intrincadas espirales de los dos monstruos.

El grupo de Laocoon se descubrió entre las ruinas de las termas de Tito, en el pontificado de Leon X; Napoleon I le llevó al museo del Louvre; en 1815 lo devolvieron á Roma, y se conserva en el *Belvedere* del Vaticano.

que señalándonos los lugares, unas veces en la costa y otras en el mapa, ILION VETUS! nos decia, poniendo un dedo en el plano y estendiendo la mano derecha hácia una sombra negra, que es un villorrio llamado Bachi-Keui: ILION REGENS! y nos mostraba otro pueblecillo insignificante. ¿Cuál de las dos ILION es la verdadera Troya? Es cuestion que pertenece á los sabios, nosotros nos hemos contentado con recibir golpes eléctricos en el corazon cada vez que resonaba á nuestros oidos alguno de aquellos grandes nombres de la Iliada y de la Eneida. Los turcos no comprendian qué clase de objetos pudieran llamar nuestra atencion y despertar nuestro entusiasmo, en aquellas desnudas playas cubiertas de dudosa verdura. *Se admiraban de nuestra admiracion* y no veian lo que nosotros veiamos.

A bastante distancia de nuestra izquierda quedaba la isla de Lémnos con sus dos puntas volcánicas en el centro, donde los antiguos colocaban las fraguas de Vulcano; y á la una de la tarde penetraba el vapor, echando torrentes de humo, en el Helesponto ó estrecho de los Dardanélos. La boca de este canal tiene diez kilómetros de anchura, y se ven dos castillos bastante bien fortificados, en la costa de Asia el uno y el otro en la de Europa en la punta del Chersoneso. La costa asiática es risueña y pintoresca por su verdura, sus bosques y la multitud de pueblecillos rodeados de campos cultivados. La costa europea es estéril, de bordes inaccesibles, pues sus negros peñascos forman, en algunos puntos, paredes perpendiculares donde se rompen

con furia las olas del mar. Despues de una hora de haber penetrado en el estrecho se encuentran otros dos castillos tambien fortificados. En este lugar, la distancia de la una costa á la otra, es de ménos de dos kilómetros. Aquí los turcos causaron graves daños á la flota inglesa que, mandada por el almirante Duckworh, volvía de Constantinopla, amenazada por el general Sebastiani, embajador frances en la corte del Sultan. Esto acontecia en el año de 1807; desde entónces los fuertes se han hecho mas formidables por la multitud de cañones que se han colocado á flor de agua. Un kilómetro mas adelante se ven las pequeñas poblaciones de Séstos y Abydos, la primera en Europa y la otra en Asia. Sus casas, de colores vivos y el mayor aseo de sus habitantes, indican que nos acercamos á la gran capital del imperio turco. Entre Séstos y Abydos se señala el lugar donde Jérjes colocó el puente de barcas para trasladar sus innumerables soldados de las orillas de Asia á las de Europa. El orgulloso monarca mandó azotar en su presencia al mar y encadenarle por no haber estado manso y tranquilo al paso del ejército. Aquel tambien es el sitio en que acaeció la trágica muerte de Leandro, tan llorada por los poetas griegos. Leandro, gallardo jóven de Abydos, amaba tiernamente á Hero, bella sacerdotisa de Vénus en las inmediaciones de Séstos. Leandro atravesaba á nado el canal durante la oscuridad para llegar donde le esperaba su amada; esta colocaba un fanal en su ventana para que el jóven amante no se extraviara en tan peligro-

sa travesía. Una noche sobrevino una tempestad; Leandro no llegó, y la desolada Hero encontró por la mañana el frio cadáver de Leandro en las arenas de la playa. Lord Byron, que era un insigne nadador y un insigne calavera, quiso recordar prácticamente las aventuras de Leandro; se arrojó un dia á las aguas y, despues de penosos esfuerzos, llegó á la otra orilla abrumado de fatiga y devorado por la fiebre.

A las cuatro de la tarde llegamos á este puerto de Gallípoli, situado en el punto donde termina el estrecho de los Dardanelos y principia el mar de Mármara. Gallípoli está fundado en una península de la costa de Europa, á poca distancia del lugar donde fué la ciudad de Ægos-Pótamos, en cuyas inmediaciones se dió una famosa batalla entre atenienses y espartanos. Lysandro, general de Sparta, fué el vencedor. Al frente, en la costa de Asia, se ve el pueblo de *Lampsaki*, la antigua Lampsaco, en donde Príapo recibia de sus licenciosos habitantes un culto aun mas infame que el tributado por los insulares de Lésbos.

Hasta la noche hemos recorrido las calles de Gallípoli, donde estamos aun detenidos; pues aquí se exhiben los pasaportes y se revisan los documentos y mas papeles de marina que traen los buques. Esta ciudad es la primera de Europa que conquistaron los turcos en 1357 casi un siglo ántes de la toma de Constantinópla, conquista importante, pues que con ella se instalaron á la puerta de los Dardanelos, y tenian, se puede decir, las llaves del Mediterráneo y del Mar Negro. Los turcos ro-

dearon á Gallípoli de fuertes murallas; hermosearon sus calles y defendieron sus dos puertos; el del Norte, para las naves que vienen por el Bósforo y el mar de Mármara, y el del Sur, para las que penetran por el Estrecho. Tiene cerca de cien mil habitantes, y la permanencia que hicieron en ella los ejércitos frances, ingles é italiano, durante *la guerra de Oriente*, [1854 á 1856] ha introducido grandes mejoras en el aseo y cultura de sus moradores.

En Gallípoli no hay cristianos y por eso los mahometanos de este lugar son los mas fanáticos. Consideran este puerto como su primera patria en Europa y son intolerantes con las demas religiones. La primera vez que se ha ejercido aquí públicamente el culto católico ha sido durante la residencia de los ejércitos de Occidente.

Aquí se trabaja una hermosa porcelana, no tan fina como la de Sevres, pero llama la atencion por sus colores vivos, graciosos dorados y caprichosas y extravagantes figuras. Curioso es el modo de embarcar estas piezas. Se coloca una fila de botes, desde el puerto hasta el vapor; en cada bote hay dos individuos que reciben las piezas y las van pasando de mano en mano desde la orilla. Una sola no se pierde, sinembargo de la rapidez conque pasan y reciben tan frágiles objetos. Este camino aéreo llevan hasta ser colocadas en el interior del buque.

El aspecto general de estos mares, de estas costas y de estas montañas, nada tiene de parecido á lo que hemos visto hasta aquí.

Las casas de la ciudad, la mayor parte de madera, son todas pintadas de colores chillones; las montañas de Europa, que parecen un hacinamiento de informes y negras rocas; las de Asia, descendiendo en suaves declives cubiertos de vejetacion, y distinguiéndose al fin de este poético cuadro las nevadas cumbres del Olimpo y del Ida; el mar de Mármara, la antigua Propóntide, llena de pequeñas islas cubiertas de lindas casas en medio de tupidos bosques de corpulentos árboles; multitud de pequeños vapores, barcas y kaikes que cruzan sus tranquilas ondas: he aquí, amigo mio, el mágico panorama que se ha presentado á nuestra vista, á la esplendente luz del sol de la tarde, debajo del limpio cielo oriental y rodeados de esta tibia atmósfera, que nos trae los aromas de todos esos campos.

La noche ha cubierto con su manto de estrellas este magnífico cuadro. Es ya tarde y el capitan aun no vuelve de las oficinas de marina de Gallípoli; pero estamos á solo cuatro horas de distancia de Constantinopla. Mañana escribiré á Ud. desde la gran ciudad de los sultanes. Adios.

CARTA XXV.

Constantinopla, marzo 6 de 1870.

Recordado amigo mio:

Confesaré á Ud. francamente que la dificultad que hallo para escribir las cartas que

diariamente le dirijo se aumenta hoy sobre manera. ¿Por dónde principiaré á significarle lo que he visto, lo que me ha impresionado, lo que me ha entusiasmado al llegar á este puerto que no tiene igual en el mundo? Cuando despertamos por la madrugada el vapor estaba ya fondeado delante de Constantinopla. A las cinco de la mañana, reunidos los pasajeros sobre cubierta, con los equipajes listos, esperábamos el momento de saltar á tierra. Nuestros ojos estaban clavados en la inmensa sombra que teniamos en nuestra presencia, donde brillaban pocas luces como para excitar mas y mas nuestra curiosidad. Gradualmente salian de la oscuridad los altos alminares y domos, las arboledas y casas de esta grandiosa metròpoli. He visto á Marsella con su puerto lleno de innumeràbles buques; me he deleitado con el encantador panorama de Nápoles mirado desde su bello golfo; he visitado el hermoso puerto de Alejandría y el mas hermoso aun de Smyrna; pero todas aquellas bellezas, todos aquellos encantos se eclipsan y oscurecen delante de la Sultana del Oriente, que recostada en siete colinas como la antigua Roma, baña sus pies en el mas hermoso mar de la tierra. ¡Cómo reflejaban con el sol naciente la brillante cùpula de Santa Sofía, que domina como reina la altura del hypódromo; los centenares de alminares que, esbeltos y elegantes, lanzan á los aires sus doradas medias-lunas; las elevadas torres de Gálata y del Seraskierat, rodeadas de miradores vistosos en su coronamiento; las blancas y graciosas galerías de la *Sublime puerta*! Constantinopla

está fundada en la costa de Europa, en la punta donde termina el mar de Mármara y principia el Bósforo ó canal del Mar Negro. Un golfo profundo y estrecho, el *Cuerno de oro*, divide la ciudad en dos partes: la meridional, que es la antigua Byzancio, tiene por nombre *Stambul;* la del Norte, *Gálata*. Stambul es un inmenso triángulo equilátero, cuya cúspide forma la *Punta del Serrallo*, que desciende desde el hipódromo hasta perderse en las aguas del Bósforo. En este plano inclinado están los antiguos palacios de los sultanes con un lujo de arquitectura oriental, con tal abundancia de ricos adornos y tanta profusion de mármoles, que hay que recordar algun hermoso sueño de *las mil y una noches* para dar á Ud. idea de tanta opulencia y belleza. *Este pueblo*, dice Mr. de Lamartine, *ha colocado el palacio de sus señores en el declive de la mas hermosa colina que haya en su imperio y tal vez en el mundo entero.* El Serrallo, delante del que hemos permanecido abordo hasta las once del dia, es un inmenso recinto rodeado de pequeñas murallas. ¡Cómo deseo poder dar á Ud. una descripcion de este paraiso de los Turcos! Suponga Ud. un plano inclinado, irregular, en el que se ven pequeñas eminencias, superficies horizontales, colinas con sus valles y todas estas sinuosidades del terreno, artísticamente aprovechadas con hermosos plantíos de frondosos árboles, bosques de palmeras, kioskos de rejas doradas, las diversas habitaciones para las sultanas, para los esclavos &a. Todo está en bello desórden; pues cada uno de los monarcas de este inmen-

so imperio ha dejado en esta parte de Stambul algun recuerdo de su gusto ó de su capricho. Uno ha plantado un bosque, otro ha puesto magníficas caballerizas, este ha traido las cristalinas aguas del *Licus* que se descuelgan en cascadas y corren por el césped formando caprichosas espirales, aquel ha fabricado tales ó cuales departamentos. Todo lo variado que la naturaleza tiene en prominencias, declives, colinas, valles, fuentes, bosques, jardines, con lo que tiene magnífico el arte, en palacios, portadas, arcos, columnas &a: todo se halla reunido en estos regios parajes, al pie de los que los navíos de todas las naciones se colocan como para que se les pase revista desde tan deliciosa mansion.

Al frente de Constantinopla y en la costa de Ásia se halla *Scutari, la pintoresca* como aquí la llaman, que tambien está fundada en una pequeña prominencia y en cuya cima se destaca el gran cementerio, de una legua en cuadro. Los turcos recuerdan su orígen asiático, y en Scutari tienen sus sepulcros. A la cabecera y al pie de cada cadáver se planta un cipres: el cementerio es una inmensa arboleda en donde se extravian los que se aventuran á penetrar sin un dragoman.

El aspecto de Scutari es realmente risueño, con la corona de bosques en la altura y el Bósforo á los pies. Mas hácia el Sur de Scutari se encuentra la antigua Calcedonia, donde se celebró el cuarto concilio ecuménico contra Eutiches el año de 451.

Stambul y Gálata se unen por un puente de barcas de mas de doscientos metros de lon-

gitud. El gran concurso de gente en movimiento que pasa de un lado á otro de la ciudad, es admirable. Desde este mismo puente parten, cada cinco minutos, pequeños vapores que ponen en comunicacion todos estos lugares: unos dan vuelta á la Punta del Serrallo, otros van á Scutari y Calcedonia, otros suben el Bósforo ò van á las islas del mar de Mármara. Qué animacion! qué vida! qué movimiento! Los buques de todas las naciones están al ancla, formando arregladas líneas y entre ellos pululan innumerables botes y kaikes con marineros de todos los paises. Oh, amigo mio! imposible es figurarse un conjunto mas variado ni mas sublime.

Si la situacion topográfica de esta histórica metròpoli es tan seductora y hermosa, su situacion geográfica no tiene rival. Fije Ud. la vista en un mapa de Europa y señale con el dedo el lugar donde se halla colocada. En la puerta de dos mares, se comunica por el Bósforo con el Mar Negro y con el Mediterráneo por los Dardanélos. El Mar Negro recibe, por los rios Danubio, Dniester, Dnieper y el Don, los productos de Austria, Alemania, los Principados Danubianos, Polonia y Rusia. El rio Volga desemboca en el mar Caspio; pero se une con el Don por el ferrocarril de *Tzaritzin*, y es el canal del comercio desde el fondo de la Siberia. El movimiento mercantil de toda la Europa Oriental se hace, pues, en los florecientes puertos de Varna, Belgrado, Odessa, Eupatoria, Trebisonda &a, y estas ricas ciudades no tienen otra salida ni otro camino sino el Bòsforo. Todas las naves que

frecuentan aquellas costas y rios tienen que desfilar por delante del palacio de los sultanes. El comercio de las naciones de Occidente tampoco tiene otra puerta: ingleses, franceses, españoles, italianos todos tienen que pasar saludando las suntuosas moradas del GRAN SEÑOR. Ahora que se ha franqueado una nueva via para el tráfico del mundo las primeras ventajas son para la privilegiada Constantinopla. Ella es la que, ántes que nadie, recibe por el canal de Suez las riquezas de Persia, la India, la China, el Japon y la Australacia.

Y á estas ventajas del comercio se añade que el imperio turco posee las mas feraces comarcas de Europa, Asia y África; que es dueño del Egipto, Siria, Fenicia, el Asia menor &; y que Constantinopla, situada en las fértiles campiñas de la Rumelia, tiene en su mano los variados productos que necesita una capital. Reflexione, amigo mio, sobre esto y comprenderá la profundidad de las famosas palabras de Pedro el Grande: QUIEN REINA EN CONSTANTINOPLA, REINA EN EL MUNDO.... Y sinembargo, esta potencia decae. Ha perdido la Grecia, y su soberanía sobre el Egipto y las márgenes del Danubio casi es nominal! ¡Quién habria pensado en su decadencia cuando sus naves amenazaban todos los puertos de Occidente y sus ejércitos iban hasta las puertas de Viena, y los príncipes de la cristiandad se ligaban y unian para contrarestar á los fieros musulmanes que prentendian colocar la *media luna* en los templos de Roma.

Ah! si la prosperidad material fuera la que engrandece á las naciones, Turquía debia ser la

primera potencia del globo; pero no, la *verdad* es el único alimento para la virilidad de los pueblos. El justamente llamado *Bajo imperio* tuvo tambien en sus manos estos mismos elementos de prosperidad y grandeza; mas esos Emperadores que gobernaban medio mundo, desde esta misma Constantinopla, abandonaron la espada para tomar el incensario, olvidaron la ciencia del gobierno de los pueblos para convertirse en tenaces falsificadores de los dogmas de Dios, y esos griegos degenerados no pudieron resistir á la poderosa fuerza de la jóven nacion que les empujaba. Cuando Mahomet II rompió los muros de Byzancio, el Emperador, los cortesanos y el pueblo se ocupaban en intrincadas cuestiones teológicas sobre *el pan ácimo y el fermentado*: la cimatarra de los hijos de Ozman vino á cortar el hilo del argumento. Miéntras que, los hijos del Occidente, robustecidos con la fe de Cristo y sin los elementos de los bizantinos, resistieron y salvaron, bajo la autoriãad de los Pontífices, las nacionalidades cristianas. Ahora mismo la poderosa Turquía decae y languidece, porque no posee la verdad; y las otras grandes nacionalidades sienten que la enfermedad las devorá desde que algunos hombres, como los sofistas griegos, han falseado los principios que dieron existencia y robustez á los pueblos de la edad media. La brillante civilizacion contemporánea cubre con su manto hordas de salvajes que pululan en las mas cultas capitales, como esa muchedumbre de gusanos que nacen de la corrupcion. Los hombres del mal, desde Voltaire hasta Renan, han envenenado las fuentes de la vida de las naciones! Y....*¿A dónde vamos á parar....?*

Ay, amigo mio! estoy en Constantinopla: mañana le daré cuenta de mi entrada en la capital del mahometanismo. Adios.

CARTA XXVI.

Constantinopla, marzo 7 de 1870.

Querido amigo mio:

Hoy daré á Ud. cuenta de nuestra instalacion en esta metrópoli y del vistazo general que hemos dado á Constantinopla y sus alrededores desde las altas torres de Gálata y del Saraskierat. Creo que dije á Ud, cuando le escribí desde Egipto, que el Virey Ismael-Pachá, alentado por las muestras de simpatía de la Emperatriz de los franceses, del Emperador de Austria y de tantos soberanos á quienes obsequió magníficamente en sus palacios de Alejandría y del Cairo, cuando estos ilustres personajes se reunieron en Egipto para la inauguracion del Canal de Suez, creyó llegada la hora de llamarse soberano independiente, contando con la tácita aprobacion de los que habian sido sus huéspedes. Con tal objeto tiene ya su ejército permanente y ha contratado en Lóndres cuatro fragatas encorazadas. Abdul-Asis, Sultan actual, ha querido contener la ambicion del Virey, valiéndose primero de la intervencion de los diplomáticos de las mismas naciones con las que Ismael-Pachá cree contar, y despues con un for-

midable *ultimatum*, en el que el Sultan le señala un término perentorio para que disuelva sus fuerzas y remita los navíos encorazados á este puerto. El vicesoberano de Egipto se ha resignado á tales órdenes, esperando sin duda mejor oportunidad; pero los escritores de Alejandría y el Cairo (que son italianos, franceses y griegos renegados), publican por la prensa horribles diatrivas contra el despotismo de Constantinopla, contra la corrupcion del Sultan &. Esta recrudecencia del liberalismo egipcio ha sido causa de que estemos casi mediodia abordo sin poder saltar á tierra; pues los agentes de la aduana registran minuciosamente los equipajes para que no se introduzcan los diarios fulminantes de las orillas del Nilo. Á las once del dia nos tocó el turno y á esa hora desembarcamos en el muelle de *Top-Hané*, desde donde nos dirigimos al hotel frances "LA LIBERTAD." Ya verá Ud. que en Turquía tambien suenan estos nombres *simpáticos*, lo mismo que en nuestras repúblicas americanas, con solo la diferencia de que la *libertad* en Turquía consiste en *firmanes* del Sultan, expedidos frecuentemente para garantizar los intereses de los que forman este inmenso imperio, miéntras que los decretos de las insolentes minorías que asaltan el poder en Sud-América, á nombre del *sufragio universal*, son para hostilizar con feroz intolerancia los mas sagrados fueros de la conciencia.

Apénas llegamos al puerto, pudimos remitir al guardian de Tierra Santa que reside aquí, unas cartas de recomendacion traidas de Jerusalen y de Jaffa. Los padres de los conven-

tos de Palestina tienen en Constantinopla un religioso que conoce la lengua, las costumbres y los asuntos del gobierno del Sultan, para buscar la proteccion de los ministros de las potencias de Occidente en cualquiera necesidad de los cristianos de los santos Lugares. El Padre español Enrique Collado es el que desempeña tan delicado encargo, y él fué quien nos encontró en el hotel de "La libertad" y nos condujo al bonito convento que poseen en las alturas de Pera. Este religioso nos ha hospedado con la amabilidad de su virtud y con la franca atencion de un castellano viejo. Es él quien nos ha indicado la manera mas fácil y pronta de conocer esta grandiosa capital. Por la mañana ascendimos á la alta torre de Gálata, desde donde hemos observado, *á vista de pájaro*, la ciudad y los mares que la dividen y circundan.

El *Cuerno de oro* es la parte mas sorprendente de este bello cuadro. Ambas orillas del golfo, que se asemeja á un ancho rio, están adornadas de hermosas mezquitas, lujosos palacios y de los mejores edificios de Constantinopla: son la parte aristocrática de la ciudad. La cuenca de esta lengua de agua se forma por dos colinas: la una en Stambul y la otra en Gálata. Desde la cima de estas alturas descienden los edificios en pintorescas graderías hasta las márgenes del golfo. Este se halla literalmente cubierto de embarcaciones, y el aspecto de la hoya del Cuerno de oro, de una legua de longitud es deslumbrador. ¡Qué brillo y variedad en los colores de las casas! ¡qué sombras las de las arboledas de

los jardines! y qué magnificencia la de este canal que apénas muestra sus aguas cubiertas con las naves de todas las naciones!

El Bósforo, como otro anchuroso rio, parece que no divide dos continentes sino los barrios de una ciudad. Scutari, Calcedonia, Istauros &a. no son sino arrabales asiáticos de Constantinopla. Esta parte del mar está llena tambien de embarcaciones casi hasta llegar á la costa de Asia; y para que la ilusion sea completa, en medio de los mástiles de tantos buques se eleva la alta y esbelta *Torre de Leandro*, fabricada en el islote de *Kiz-Kalessi*, cerca de Scutari.

La grandiosa Constantinopla, recostada en estas orillas como un inmenso Coloso que pisa dos continentes, no debe ser la metrópoli de un solo Imperio. Colocada en el centro del antiguo mundo, teniendo por calles los mares que son los caminos del globo, y por barrios las estremidades de Europa y Asia, Dios la ha puesto para capital de los antiguos Continentes. Cuando el Señor suscite un hombre que domine en África, Asia y Europa, ese hombre ha de residir en esta ciudad, reina de los mares y de los imperios. Hasta tanto, las potencias que se disputen su posesion como en todos tiempos, empaparán la tierra con la sangre de los combates!

El mar de Mármara tiene otros encantos. Sus lejanas márgenes están llenas de ciudades, pueblos y aldeas, comenzando desde Gallípoli y Lamzaki, que se distinguen en los límites del horizonte como centinelas de la puerta de los Dardanélos. Allá se ven las pobla-

ciones que en la antigüedad se llamaban Nicomedia, Nicea, Bitinia y Heráclea, que hoy han cambiado sus nombres históricos con otros bárbaros y de difícil pronunciacion que les han dado los turcos. La superficie de este mar está sembrada de islas donde están los palacios de recreo de los Sultanes, Visires y demas magnates del imperio. Toda ponderacion es nada para describir la magnificencia de este inmenso horizonte. Por la parte de Europa las espaciosas llanuras de Tracia y la Rumelia, y en Asia otras y otras llanuras de sin igual riqueza en poblaciones, montañas, rios &a.

Despues de contemplar semejante cuadro desde las galerías de la torre de Gálata, nos trasladamos á Stambul para subir á la del Seraskierat. Esta torre es la mas alta de Constantinopla y se eleva en el centro de un inmenso edificio que es el Ministerio de Guerra. En una gran explanada, delante de la torre y del palacio, los sultanes pasaban revista á los escuadrones de genízaros. En la altura del Seraskierat hay un telescopio con el que hemos descubierto los pormenores de lo que ya habiamos visto desde Gálata. Entre ellos figura en primera línea la ciudad de Brusa, con sus blancos edificios, en las faldas del Olimpo. Es la antigua capital de Turquía, ántes de la conquista de Constantinopla.

La circunstancia de ser tan quebrado el terreno en que está fundada la ciudad, así como le da un aspecto tan gracioso y variado, ofrece tambien inconvenientes que hacen desmerecer esta famosa capital. Las calles que

desembocan en las orillas son pendientes y algunas forman verdaderos barrancos. El lujo de los coches no se ve sino en algunos lugares; las demas calles, desiguales, tortuosas, estrechas, no pueden ser transitadas por esta clase de vehículos. La policía urbana es desconocida en Turquía, y en Constantinopla se ven cosas verdaderamente repugnantes. Los cementerios abundan en todas partes, y sus cipreses forman grandes y tupidos bosques, que no están cerrados y son lugares de paseo, sin que los musulmanes experimenten ese sagrado respeto que á los cristianos inspiran estos lugares. Los asnos, los caballos andan entre los sepulcros, y estos son las habitaciones de centenares de perros sin dueño que pululan en toda la ciudad. Si á esto se añade un olorcillo de brea y alquitran de tanto buque, y el barro y el mal piso de las calles principales, verá Ud. que Constantinopla tan brillante, tan hermosa para la vista, no lo es tanto para los otros sentidos.

Para terminar mis recuerdos de este dia, diré á Ud. que la ciudad tiene setecientos mil habitantes, comprendidos los de los arrabales. Los turcos son dueños de Stambul; los griegos ocupan ambas márgenes del Cuerno de oro, los arrabales de Pera y Gálata, fundados por los venecianos en tiempo del Bajo Imperio, son de poblacion europea. Aquí están los palacios de los ministros diplomáticos de Francia, Austria, España, Holanda, Inglaterra &a. rivalizando en lujo y magnificencia con las suntuosas habitaciones de los orientales. El de la embajada rusa, por sí solo, es igual á

un pueblo. Qué multitud de patios, galerías, huertos, jardines &a! Podría servir de ciudadela en caso necesario. En Pera y Gálata ruedan coches, las calles son anchas é iguales, y no hay perros.

Hemos hecho tambien hoy dia una visita á la legacion española. El Padre Collado nos presentó al señor Peralta, secretario de la legacion y que reemplaza al Ministro por ausencia de este, en los negocios con la Sublime Puerta. El palacio español, fabricado en tiempos de Cárlos V y de Felipe II, corresponde por su severa magestad y magnificencia á quellos tiempos en que España era la primera potencia del mundo. Tiene una grandiosa capilla, dos bibliotecas, una de libros y otra de manuscritos, y un rico archivo de los documentos relativos á España y Turquía! Creo que la delicada amabilidad del señor Peralta y la bondad del Padre que nos ha hospedado, nos servirán para conocer muchos objetos que nos habria sido imposible conocer sin estos medios.

El panorama de Constantinopla, por la noche, es tambien interesante. El alumbrado es escaso, y para andar por las calles es preciso llevar un pequeño farol de alambres, forrado con un papel transparente que es de uso general; pero las luces de las habitaciones en este mar de edificios colocados en un terreno desigual; los enormes faros del puerto que aclaran á grandes distancias y la multitud de linternas de colores de tantos buques fondeados delante de la punta del Serrallo hasta Scutari y en el Cuerno de oro dan un aspecto

mágico á la ciudad. El ruido de la gran capital es notable: la gritería de la gente de mar en los puertos, el bullicio de las calles de tráfico, el incesante tropel de los caballos que reemplazan á los coches para el movimiento de esta poblacion, todo se deja oir como un inmenso mugido, al que hay necesidad de acostumbrarse para que no cause extrañeza.

Basta por ahora, amigo mio, y disponga en todas ocasiones de la buena voluntad de su amigo.

CARTA XXVII.

Constantinopla, marzo 9 de 1870.

Estimado amigo:

Sin mas preámbulo que saludar á Ud. muy cordialmente voy á decirle algo de los monumentos de esta capital. Comienzo por SANTA SOFÍA, la grandiosa basílica de Constantino. Este emperador cuyo nombre lleva la ciudad, fué quien fabricó el templo dedicándolo á la infinita SABIDURÍA [*Sophia* en griego]. Incendiado y destruido varias veces lo restableció el emperador Justiniano con tanta suntuosidad y riqueza que era la admiracion de cuantos lo visitaban. Algunas frases tomadas al vuelo de las diversas descripciones que tenemos á la vista darán á Ud. idea de la magnificencia del edificio. "Justiniano quiso que este templo fuese el mas grandioso que se viera desde la creacion del

mundo." "Una vasta esplanada de una capa de de betun, tan duro como el hierro y de veinte pies de espesor, le servia de asiento." "Diez mil trabajadores dirigidos por cien albañiles se empleaban diariamente." "Los mármoles se unian y estrechaban unos con otros por medio de grampas de hierro. Se depositaban, de trecho en trecho, cajas de alto precio con reliquias de santos." "Las paredes de esquisitos mármoles, cuando solo tenian un metro de altura, ya costaban el valor de cuatrocientos cincuenta y dos quintales de oro." "Los ladrillos para el domo se trabajaron en la isla de Ródas, de una arcilla tan ligera que, doce de ellos, apénas tenian el peso de un ladrillo comun." &. Justiniano extrajo de todos los monumentos del Imperio lo mas selecto y precioso que en ellos habia para adornar el suntuoso edificio. Se trasportaron, con inmensos gastos, ocho columnas de mármol verde del templo de Diana en Éfeso, ocho de las ruinas de Balbek; ricos mármoles del Partenon de Aténas, de las ruinas de Menphis y de Tebas en Egipto; grandes cantidades de bronce, de los templos de Grecia. &. Diez y siete años se emplearon en el trabajo, y el dia de la dedicacion de la basílica, Justiniano esclamo: *Gloria á Dios que me ha juzgado digno de completar está obra! Oh Salomon, te he vencido!* Ya comprenderá Ud. la ecitacion de nuestra curiosidad por conocer esta maravilla del antiguo *imperio de Oriente.* Desde que llegamos al puerto, Santa Sofía fué el primer edificio que se presentó á nuestra vista, coronando con su inmensa mole las alturas del serrallo; despues hemos rodeado varias veces esta montaña de mármol y oro, sin poder

penetrar en el interior, pues la presente semana es de fiesta para los turcos y creíamos imposible visitar ya ninguna mezquita. Un judio, al servicio de la legacion de España, nos ha facilitado la entrada por una puerta oculta. Se ha entendido con un Iman ó sacerdote que cuida del templo, y le ha asegurado que somos compradores de objetos artísticos de los muchos que hay en el portentoso monumento. Estos miserables arrancan de las paredes pedacillos de mármoles preciosos, separan trezos de mosaico y hacen otras bárbaras mutilaciones, para vender estos objetos á los ingleses que para sus museos les compran á precio alto. El aspecto de Santa Sofía es, á primera vista, mas grandioso que el del San Pedro. La basílica de Roma, por la esmerada proporcion que existe entre sus pòrticos, arcos, estatuas &, parece mas pequeña, la de Constantinopla, desnuda de adornos, sin una pintura, sin una estatua, es inmensa. El vuelo de la enorme cúpula lanzada á los cielos tiene mas atrevimiento en Santa Sofía que en San Pedro.

Prescindiendo de este sentimiento de grandeza á la vista del espacioso recinto, de los arcos que se elevan á tanta altura y de estas solitarias y anchurosas galerías donde suena el viento con libertad, nada hay que llame la atencion. Los turcos, que no pueden tener ningun cuadro ni estatua en sus mezquitas, porque el Coran lo prohibe, han embadurnado con tierra amarilla todo el interior del templo. Oh! se sufre al pensar que bajo esa capa ordinaria de barro están los mejòres mármoles del mundo, los mosaicos de oro, de ágata y de malaquita y tantos

tesoros artísticos que estos fanáticos y codicio sos sustraen diariamente de este edificio *que vale un reino*! Con algun esfuerzo de atencion se distingue en sombra un Salvador con los brazos abiertos en la bóveda del altar mayor, y las alas de una paloma en uno de los arcos, debido sin duda á los vivos colores de las piedras de estos mosaicos. Otra circunstancia que afea el templo es el órden en que están colocadas unas larguísimas alfombras que cubren el pavimento de fino mármol. Las mezquitas mahometanas son construidas con el altar en direccion á la Meka; se coloca encima una piedra negra, la *sahakra*, para indicar esta direccion, y las oraciones se hacen vuelto el rostro á la patria del profeta. Santa Sofía, basílica cristiana, tiene su puerta al oriente, y la sahakra, colocada en un ángulo del santuario, ha obligado á que los largos tapices se hayan puesto diagonalmente. Esta colocacion irregular choca con las líneas arquitectónicas del edificio. El altar, de una fabulosa riqueza, ha perdido su brillante pedreria, y lo que no se ha podido desprender, está cubierto completamente. La parte alta del edificio sorprende por la multitud de cúpulas que corresponden á las bóvedas interiores, elevándose grandioso, en medio de ellas, el domo principal, á guisa de gran montaña rodeada de pequeños montecillos. Desde allí se domina la ciudad, sus espaciosos barrios y sus mares. Descendimos de la altura, y cerca del altar nos señalaron el sitio en donde Mahomet II se colocó para tomar posesion del templo de Dios y reducirlo á mezquita de Mahoma. En mayo de 1453, el terrible Sultan sitiaba con do-

cientos mil hombres las murallas de Constantinopla; su último emperador, Constantino Dracoses, moria como un héroe en la ancha brecha abierta por los cañones monstruos de Mahomet que arrojaban en lugar de balas, piedras de siete palmos de diámetro. Cien mil personas, el clero, la nobleza, las religiosas de los monasterios &, se habian apiñado en este templo, sobre sus cúpulas y en los edificios adyacentes. Mahomet rompió las puertas, penetró en el sagrado recinto, montado en un fogoso caballo, llegó al altar y extendiendo su cimitarra en todas direcciones, gritó *no hay mas Dios que Dios, y Mahoma es su profeta.* El brioso animal, jadeante con la fatiga y las heridas del combate, cayó en un charco de sangre al pié de este mismo altar, santificado con las solemnes ceremonias de Juan *el Crisóstomo*, de Gregorio de Nacianzo y tantos otros grandes patriarcas. El Sultan, embriagado de orgullo, dió la órden terrible de purificar la iglesia de *los infieles.* Los genízaros, espada en mano, se arrojaron sobre esa multitud inerme. La sangre cubria los piés de los asesinos; la dolorosa griteria de las víctimas se oía hasta las orillas de Asia. Fatigados de la carnicería, ataron de dos en dos á setenta mil, que condujeron á todas las ciudades del imperio para venderlos como esclavos.

De Santa Sofía nos trasladaron al Gran Bazar, ó centro del comercio turco. Es un laberinto de calles estrechas y oscuras, pues son cubiertas de techo y no hay mas luz que la que penetra por las claraboyas. El gran Bazar ocupa un inmenso espacio de terreno, y es una pequeña ciudad incrustada en la grande, con sus pla-

zas, plazuelas, pasages, surtidores de agua, formando un dédalo de callejuelas que se cruzan y entrecortan en todas direcciones. Miles de miles de traficantes y curiosos se estrechan, codean, y empujan para poder andar libremente. Los vendedores, sentados con las piernas cruzadas en sus divanes, tienen delante, en grandes mesas, sus mercancías. Se entra por el callejon de los perfumistas; un fuerte olor, que se percibe desde léjos, hace comprender que allí están los depósitos de las escencias de bergamota, de jazmin, de rosa; sacos de nuez moscada, pastillas aromáticas; y toda esa variedad de perfúmenes y sustancias fragantes que son de gran consumo en los *harenes*. Viene despues el bazar de los bestidos de mujeres, en donde U. no comprenderá siquiera el uso que tengan esos mantos bordados de perlas, los largos chales con borlas de oro y una variedad de objetos de seda, de lino de diversas formas y de tanta riqueza que admira el ver estas muestras del lujo de las musulmanas. El bazar de hombres tiene vestuarios completos y de alto lujo para toda clase de personas: caftanes ó chaquetillas bordadas, turbantes cubiertos de pedrería, camisas de seda bordadas de oro para los remeros del Sultan, uniformes para los soldados de los diversos cuerpos de tropa, &a. &a,

En el centro se abre una plaza con su fuente al medio. Desde allí se ven las calles del Gran Bazar como radios que parten de aquel lugar. El *bazar de los diamantes* ocupa un lugar preferente.

En las cajas de vidrio colocadas á uno y otro lado de este departamento, se ven riquezas

abulosas: *es un rio de perlas, diamantes y rubíes y esmeraldas*, nos decia enfáticamente nuestro judío dragoman. ¡Qué variedad! qué elegancia! qué delicado trabajo el de estas alhajas! Collares, pendientes, coronas, prendedores, pulseras, brazaletes, relojes cubiertos de pedrería; objetos caprichosos de filigrana de oro y plata, como braserillos, pebeteros &a. Otro radio es el bazar de las armas. En este lugar entran con veneracion los mahometanos. En este arsenal, se puede decir, se ven todas las armas de uso entre los orientales: puñales de brillantes hojas fabricadas en Bagdad, alfanjes corvos, yataganes con mangos incrustados de diamantes, esmeraldas y rubíes, largas espingardas de cañon delgado y cajas con maravilloso embutido de nácar madreperla. Las espadas, puñales y yataganes de Damasco, llenas sus lamas de letreros árabes y de pequeñas cabezas, historia de los cráneos que han derribado. Los vendedores de estas armas históricas, exhiben documentos de haber pertenecido á antiguos héroes del Islamismo. Esta parte del edificio parece un museo militar: tal es la variada multitud de corazas, monturas, lanzas, picas, pistolas &a. El departamento del calzado es otra curiosidad del Bazar. Causa admiracion ver esos millares de zapatos de todas figuras, de esas botas de todas formas. Para hacer contraste con el comercio de tantos artículos de lujo, despues de atravesar las galerías de las pieles, marroquines &a. se encuentra la *ropa-vejeria* en donde se ven pendientes de garfios, pantalones, mantos, turbantes agujereados, manchados y con esa forma repugnante que adquieren los vestidos que se

han usado largo tiempo. En este departamento de los harapos pulula la gente miserable cambiando su ropa con otra mejor, ó comprando algo que esté en mejor estado que lo que cubre su pobreza. En los soportales exteriores se hallan las ventas de granos, frutas &c. En las ciudades de Oriente el comercio se hace en los bazares, y si se ven tiendas y almacenes, son establecimientos europeos. No es de costumbre en estos países el que las mujeres compren ni vendan, y cuando algunas veces salen al mercado, andan cubiertas de un velo y rodeadas de esclavos y eunucos. Serios disgustos se han ocasionado por la curiosidad de los jóvenes de Occidente que han querido penetrar con su vista con demasiada intensidad tras el velo de las turcas. En los arrabales de Pera y de Gálata se ven francesas, inglesas, italianas con grandes almacenes de mercancías de las fábricas de las naciones occidentales. Entre los artículos que forman el comercio de Constantinopla hay productos que dan ventajosa idea de la industria de estos países. Los tejidos de seda de Brusa y de Damasco, los chales, alfombras y espejos de Persia; los tejidos de algodon de Cachemira, Madras y Calcuta, las mantas de pieles de todos colores de la Tartaria, los tafiletes y marroquinas de Siria &a. son artículos especiales en los que difícilmente pueden competir las fábricas de Inglaterra y Francia.

Basta por hoy, amigo mio, algunos dias mas permaneceré en Constantinopla y no dejaré de comunicar á Ud. cuanto llame la atencion de un curioso americano. Hasta tanto, Adios.

1904
1870
0034

CARTA XXVIII.

Constantinopla, marzo 10 *de* 1870.

Querido amigo mio:

Hoy hemos penetrado en el *Serrallo*, circuido de murallas y por las aguas de Mármara y del Cuerno de oro. En esta *punta* que penetra en el mar fué la primera fundacion de Byzancio. Los megarenses consultaron á Apolo para el establecimiento de la ciudad: el oráculo contestó que debia fundarse *frente á frente del país de los ciegos*. Setenta años ántes se habia fabricado la ciudad de Calcedonia en una hahía de la costa de Asia; los calcedoneses eran los *ciegos que no habian visto* la península, que extendiéndose hácia la puerta del Bósforo, debia servir de asiento á la metrópoli oriental. He dado á Ud. cuenta de lo que es el Serrallo visto de léjos; hoy hemos paseado por esta aglomeracion de palácios, de bosques, de colinas, de fuentes &a. La belleza del lugar, su magnífica vista sobre el Bósforo y las orillas asiáticas, las desigualdades mismas del terreno que se podian aprovechar admirablemente, provocaron á que estas faldas sostuvieran los palacios suntuosos de los emperadores byzantinos y fueran la mansion del lujo y de la grandeza de los sultanes. A ningun cristiano le era permitido poner los pies en estas magníficas moradas; pero la traslacion de la residencia del sultan al palacio Dolma-Bagtché, y el haberse alojado en

el serrallo el ejército frances, en la época de la *guerra de oriente*, han abierto las puertas á todos los estranjeros.

A la entrada de este inmenso recinto se encuentran los *Jardines del kiosko verde*, lugar de recreo de los sultanes, donde las odaliscas circacianas cultivaban los cuadros de tulipanes, que aun subsisten. Un hermoso surtidor de mármol blanco, que arroja vistosos penachos de agua, llena este vergel de encanto con su frescura y murmullo. Se sube por un camino de revueltas cubierto de piedrecillas blancas y sombreado por pinos de Italia, á una pequeña altura, donde se eleva otro kiosko con bella perspectiva al mar de Mármara. Al descender por el otro lado se recibe la agradable sorpresa de un bosque, con la magnificencia y lujo de vegetacion de nuestros bosques tropicales: *el valle de los plátanos*. El plátano de Oriente, árbol desconocido entre nosotros, es el coloso vegetal de estas regiones: troncos gruesos y de doce á quince metros de altura, sostienen anchas copas que se entrelazan en los aires, formando una verdadera bóveda de verdura, y bajo cuya sombra se ven divanes rústicos, bancos de césped, graciosas y floridas glorietas, formadas con lianas y enredaderas y una sonora y espumosa cascada que asorda estos sombríos lugares.

Toda esta selva está en dos faldas que descienden en suave declive hasta el arroyo de la cascada; y á la salida de estas sombras se encuentra el *Harem*, inmenso edificio sin ventanas, y que encierra bajo sus muros todos los secretos de la vida interior de los musulmanes.

Este recinto ocupan actualmente las viudas y favoritas de los sultanes difuntos. A uno y otro lado del harem hay dos palacios de menores dimensiones: residencia de los eunucos blancos el uno, y el otro de los negros. Toda la historia de Turquía, desde Mahomet II, conquistador de Constantinopla, hasta Abdul Mejid, hermano del sultan actual, parece que está encerrada en este edificio. Desde aquí partian las órdenes de conquistar la Grecia, Hungría, el Danubio &, en Europa; Persia, Siria, Arabia en el Asia; el Egipto, Trípoli, Túnez en África, formando un imperio que limitaba con la India y la Tartaria por el Oriente, Austria y el Adriático por el Occidente, y los hielos de Rusia y los ardores de la Libia por el Norte y por el Sur. Dentro de este palacio, los poderosos sultanes, juguetes de las intrigas de sus hermosas odaliscas, arruinaban reinos enteros por satisfacer caprichos femeniles. Aquí recibian estos orgullosos soberanos los homenajes y el tributo de la España de Cárlos V, de la Francia de Luis XIV y de las poderosas repúblicas de Venecia y Génova. Como todas las revoluciones y peripecias de este inmenso imperio han sido *revoluciones de palacio*, aquí los jenízaros deponian y decapitaban á los sultanes; y estos, aquí, degollaban á sus hermanos, conforme á las leyes de la nacion. Y las mudanzas y las conmociones que acontecian en estas regias galerías hacian jemir ó regocijarse á Bagdad, Damasco, Alepo, Jerusalen, Alejandría, el Cairo, Aténas, Corinto, Belgrado &a. &a. Las capitales históricas de tantos reinos antiguos apénas eran

ciudades subalternas de Constantinopla, y todas temblaban por las intrigas del harem.

Pasando estas habitaciones se llega á una esplanada donde se eleva *la columna de Teodosio:* tiene quince metros de altura y es monólita hasta el chapitel corinto que la termina. En esta ancha plaza se publicó el *firman del Sultan* Mahamoud, reformando la anárquica milicia de los jenízaros. Estos se revolucionaron como de costumbre y pidieron la cabeza del Sultan. Mahamoud, que habia visto que los jenízaros destronaron á su tio Selim III por esta misma reforma, no sancionó el firman sino despues de prevenirse á todo evento. Cuando los insolentes soldados se presentaron en el Hipòdromo y proclamaron la caida del Sultan, este tenia en el interior del Harem diez mil hombres aguerridos, una poderosa artillería y jefes valientes. Tres dias bastaron para degollar quince mil jenízaros en Constantinopla, y perecieron despues mas de setenta mil en toda la estension del Imperio. Tan sangriento golpe de estado concluyó con estos pretorianos de Oriente é inauguró una época de próspera reforma para el imperio que marchaba ya en rápida decadencia. Al otro lado de esta plaza se ve *la Sublime Puerta*, imponente palacio del Gran Visir, donde estan las vastas oficinas del Ministerio de relaciones exteriores.

Este grandioso edificio fué fabricado magníficamente para impresionar, tanto á los embajadores extranjeros, cuanto á los bajás, que, como los procónsules romanos, gobernaban despótica y casi independientemente los diversos

reinos que formaban el imperio. Los salones del Gran Visir para las recepciones diplomáticas son de un lujo sorprendente. Los divanes y asientos son de telas de seda de Damasco, y las mesas, arañas, relojes &a. de gran precio. El lugar de las recepciones del Sultan es un salon en *retonda*. Allí presidia las sesiones ó *divanes* de los grandes empleados llamados *magistrados de la cúpula*, manifiestamente ocupando su lugar en medio de ellos ó detras del muro, desde donde presenciaba las discusiones por una ventana con rejas doradas. En la mitad del patio hay una fuente cuadrada de mármol en forma de pagoda china. Sus cornizas son doradas y en el friso se ven letreros árabes.

Despues de este palacio se encuentran las dependencias de Santa Sofía con sus cuatro altísimos alminares. En esta parte hay algunos grupos de árboles, distinguiéndose por su altura, largas ramas y enorme tronco *el Plátano de los jenízaros*. Diez hombres apénas abrazarian este famoso árbol que se halla carcomido por el fuego de los vivaques revolucionarios. Sus grandes ramas se cubrian á guisa de frutos, de cabezas humanas, en los tiempos de revueltas. En los reinados de Amurad IV, de Ibrahim I y de Mahomet IV, mas de cien mil cabezas se han suspendido en el árbol fatal. Cuando la sedicion que destronó á Selim III, los jenízaros colgaron tantos cráneos de eunucos favoritos y empleados del harem, que las ramas se desgajaron. El Sultan Mahamoud, en su saña contra los jenízaros, no quiso que las cabezas de estos ocuparan el

lugar de donde habian pendido las de tantos servidores de la patria. Los hizo decapitar tendiendo sus cuellos sobre una columna de pórfido, que aun se encuentra en tierra, y formó dos grandes pirámides de cabezas. Con invencible repugnancia y terror veiamos el árbol, la columna y una fila de clavos dorados sobre *la Puerta Augusta* del serrallo donde pendian las cabezas de los Visires, Agás y demas dignatarios del Imperio.

Por la Puerta Augusta se pasa al Hipódromo; pero nuestra presencia en aquella inmensa plaza hubiera excitado algun sentimiento de fanatismo entre la multitud que estaba allí congregada. Mañana es la gran fiesta de los turcos y hoy sale desde Santa Sofía una procesion que termina en Dolma-Bagtché, residencia del Sultan. De treinta á cuarenta mil carneros apiñados en el Hipódromo, delante de la mezquita y en las calles adyacentes, esperan la bendicion del Mutí ó gran sacerdote para formar parte ellos tambien de la procesion. Sin salir, pues, del Serrallo tomamos otro camino. Al pie de una pequeña altura descubrimos un hermoso templo de elegante cúpula: es la antigua Iglesia de *Santa Irene* convertida por los turcos en arsenal. En la puerta, adornada de bellas columnas y cornizas, se ven algunos sarcófagos de fino mármol hallados entre los monumentos del Imperio griego. El edificio construido por Constantino el Grande contiene una coleccion abundante de armas que, artísticamente colocadas en las paredes, forman un agradable aspecto. En el antiguo altar se ven algunos objetos his-

tóricos: las llaves de Ródas, de Salónica, Belgrado, Bagdad y de todas las ciudades conquistadas por los musulmanes; la espada de Mahomet II y la de Scanderbeg; un brasalete de Tamerlan, el puñal de Barbarroja &a. Se encuentra tambien en órden, cañones *monstruos*, largas culebrinas y montones de balas que han servido para la demolicion de los fuertes tomados de tantas fortalezas y ciudades conquistadas.

A alguna distancia de este museo de armas está la *Casa de moneda*, inmenso recinto ocupado por extranjeros que son los ensayadores y acuñadores de la moneda de oro, de plata y de cobre. Las máquinas se mueven por medio del vapor.

Flanqueando las cocinas del harem se pasa, pagando dos francos de entrada, al *Museo de los jenízaros*, donde estos están representados en hermosas estátuas de cera del tamaño natural, con sus vestuarios tan caprichosos y tan raros que son una verdadera curiosidad. Estos soldados no estaban obligados al uniforme, y cada uno se vestia con los trajes de su país natal, y todos estos vestidos, esos turbantes, aquel calzado son de lo mas pintoresco y estravagante que puede pensarse.

Salimos del Serrallo y, mediante una fuerte propina, entramos en otro templo, *la pequeña Santa Sofía*. Es de figura octógona y coronada de un elegante domo. Este templo fabricado por Justiniano, así como la gran Santa Sofía, lo han convertido los turcos en mezquitas; y como no está orientado como las otras mezquitas, la situacion de la Sahakra y de las

alfombras produce el mismo desagradable aspecto que en la basílica principal. Los mosaicos, mármoles y demas ricos adornos están tambien cubiertos con barro amarillo. La vista que desde la magnífica portada se goza, es espléndida: delante están los estensos jardines del gran Visir y la estacion de las barcas y kaiques que surcan el mar de Mármara.

Por la tarde hemos buscado un buen lugar para ver al Sultan, que irá mañana por las aguas del Bósforo, desde su residencia hasta la mezquita de Defierdar. Nuestro judio nos ha proporcionado un kaique para presenciar el desfile del gran séquito de la soberanía de este Imperio. Saludo, pues, á Ud. muy cordialmente y me despido hasta mañana.

CARTA XXIX.

Constantinopla, marzo 11 *de* 1870.

Estimado amigo:

El espectáculo de que hemos gozado hoy ha sido grandioso. A las once de la mañana debia salir el Sultan de su palacio acompañado de los magnates del imperio, y dirigirse por agua á una mezquita á media legua de Dolma-Baghcé en la márgen europea del Bósforo. Desde la madrugada veiamos el ahinco de los marineros en remolcar lentamente los bajeles para colocarlos en línea paralela á la costa y formar con esta una ancha calle

desde el palacio hasta el templo. Los buques de guerra nacionales ocupan el primer lugar y siguen los de las otras potencias, todos lujosamente empavezados y desplegando al viento miles de banderas, oriflamas y gallardetes de diversos colores. Ya Ud. comprenderá lo agradable, lo pintoresco, lo nuevo que hay para nosotros en el panorama que se ofrece á la vista; en ese movimiento de naves, en ese ir y venir de tantos botes, barcas y kaiques, en aquel ruido incesante de la gente de mar que rie, canta y grita, y en ese otro ruido de la maniobra: cadenas que se amontonan, anclas que se echan ó se levan, distinguiéndose en este inmenso y confuso rumor la extentòrea voz de los capitanes que dan órdenes con la bocina de mando. Detras de los navíos, fragatas y bergantines de guerra se colocan los buques mercantes formando una masa tan compacta que parece fácil trasladarse á la otra orilla sin tocar en agua por entre ese bosque de banderolas.

A las diez de la mañana descendian á las orillas del Bósforo, desde los cuarteles de las alturas de Stambul, Gálata y Pera, los diversos cuerpos de tropa con uniforme de gala y bandas de música. Las tropas de Asia, embarcadas en Scutari, venian en largas filas de botes llenando el mar con sus clarines y bulliciosa algazara. La artillería ocupó los malecones del palacio y la caballería las inmediaciones de la mezquita. A las diez y media estábamos tambien nosotros en el mar confundidos en ese hormiguero de embarcaciones menores que iban y venian y se cruzaban en

continuo movimiento. Quisimos establecernos cerca del muelle de la mezquita; pero era tanta la multitud de kaiques, y esta especie de embarcacion es tan *celosa* que, sin poder tenernos en pie, nos habria sido imposible conocer al Sultan. Felizmente algunos compañeros de viaje nos conocieron, nos llamaron y acomodaron en tierra delante de los escuadrones de caballería.

Á poco rato se presentaron cuatro lujosas barcas con la guardia imperial que, sable en mano, despejaba el camino para el suntuoso séquito que iba á aparecer. El jefe de esta escolta precursora vió el grupo de extranjeros que no estábamos bien acomodados y nos indicó, muy cultamente, que penetráramos en el inmenso atrio rodeado de verjas de hierro que se estiende delante del templo.

Sonó el primer cañonazo, el Sultan se presentaba ya en la orilla del mar. Los buques de guerra contestaron con el fragoroso estruendo de su artillería. Cada bajel hacia sus descargas cuando pasaba lentamente por delante de él el kaique del Soberano. Los buques mercantes saludaban con veintiun cañonazos, la artillería de tierra, los castillos del Serrallo, la torre de Leandro y los fuertes de ambas orillas tronaban con horrendo estrépito. Los marineros colodados en las entenas de los buques, los soldados en batalla en toda la orilla y tras de ellos la gran multitud, levantaban un grito imponderable que se mezclaba con el incesante retumbar de los cañones. He oido de cerca, amigo mio, las formidables detonaciones del Cotopaxi; pero el tremendo bramar de

aquel volcan no me impresionó como el trueno prolongado que saludaba al Emperador de la Turquía.

Densas nubes de humo cubrian el horizonte, y cuando las barria la brisa por intérvalos, veiamos acercarse majestuosamente aquel brillante cortejo. En dos filas de kaiques dorados venian los altos dignatarios del imperio, los bajás de las provincias, los jefes superiores de la milicia, los embajadores de las potencias extranjeras y los numerosos empleados de palacio. El gran Visir, delante del Sultan, traia en la proa tres colas de caballo, pendientes de una asta dorada. El kaique del Emperador, con la punta levantada en forma de cisne, era el mas largo y lujoso de la comitiva. Le daban impulso con remos dorados veintiseis jóvenes georgianos de notable belleza. Tienen los brazos desnudos y visten una camisa blanca de seda con lentejuelas de oro, gorro y cinturon rojos y lujoso puñal al cinto. Sobre cuatro columnas doradas se levanta en la popa un pabellon aforrado de terciopelo carmesí con estrellas de oro. Las cortinas, recogidas con ricos cordones, de los que penden borlas de pedrería, son verdes, color predilecto del Profeta. Allí, cruzado de piernas, sobre cogines magníficos, venia Abdul-Azis.

El Sultan, frisa en los cuarenta años; de amable mirada y finos modales, saludó graciosamente á los grandes señores que le aguardaban ya en el muelle. Cuando atracò el kaique los remeros en pie presentaron los dorados remos, como se presentan las armas, vueltos á su soberano. El Mutti ò gran sacerdo-

te, cubierto de larga túnica, con dos bandas de oro que se le cruzaban al pecho y á la espalda y un turbante cónico, le llevó por la mano hasta la mezquita. Cuando pasó por delante de nosotros nos descubrimos para saludarle; algunos franceses sacudian sus pañuelos y echavan *vivas!* Abdul-Azis, sensible á estas demostraciones, se inclinó á nuestro lado y llevó la mano al pecho. En la puerta del templo el séquito se dividió en dos alas y permaneció en pie hasta que dos esclavos descalzaron al Sultan. Este entró el primero seguido de los demas: los embajadores de las potencias cristianas quedaron fuera.

Abdul-Azis viste como los europeos: pantalon y frac negros, corbata y chaleco blancos; solo el gorro carmesí indica su nacionalidad. El respeto y veneracion que le profesan los turcos corresponde á la bondad de su carácter y á su doble soberanía: como Sultan es el Gran Señor de este inmenso imperio, y como *Padischá* es el Supremo Jefe del mahometismo. Nuestro dragoman nos previno que nos abstuviéramos de toser y escupir durante la travesía del *Sublime Señor;* cualquiera de estas acciones es vista con desagrado por los musulmanes, como muestra de irreverencia al Padischá que es *la sombra de Dios en la tierra.*

La salida de la mezquita fué saludada con las mismas andanadas y la misma universal gritería. Nosotros, mezclados entre los millares de curiosos, seguimos tambien el cortejo envueltos en el humo de las salvas y sordos ya con aquel atronador estampido.

El kaique en que íbamos y su conductor eran nuestros por todo el dia; nos trasladamos, pues, á Scutari en donde hemos presenciado una de aquellas bárbaras ceremonias mahometanas que nunca se borrarán de la memoria. Hay ademas de los sacerdotes llamados imanes, ulemas, muessines, kaims &a, una multitud de comunidades de *Derviches*, especie de religiosos esparcidas en todo el imperio. Se distinguen entre todos por su extravagante fanatismo *los derviches aulladores y los derviches giradores*. Los primeros poseen un gran establecimiento en Scutari, cuya entrada no se prohibe á los extranjeros con solo la condicion de quitarse el calzado. Comenzó la funcion por el canto de algunos capítulos del Koran, acompañado de una orquesta de flautas y pífanos. Se colocan en semicírculo, vueltos hácia la Sahakra que les indica la direccion de la Meka, y el canto se efectúa al compas de movimientos para adelante y para atras, á la derecha y á la izquierda. Poco á poco el aire de la música se precipita, el canto se convierte en gritos y los movimientos son mas rápidos. Crece *la devocion*, los gritos son aullidos feroces y principia una especie de vals desordenado, vertiginoso, en el que todos giran al rededor del salon con los brazos abiertos y lanzando desaforados gritos. Llega el entusiasmo hasta el furor, los que caen quedan en tierra y son atropellados por los demas; algunos circunstantes fanatizados por aquella *devocion* delirante se arrojan en aquel *pandemonium*, para ser ellos tambien pisados por los santones. Roncos con tan feroz aullar

y estenuados de fatiga caen jadeantes en tierra, mesándose los cabellos, dándose de puñadas en el rostro, cubiertos de sangre y de sudor. Los asistentes presencian tales locuras con *místico recogimiento*, venerando sin duda, el fervor de aquellos infelices. No sé decirme, caro amigo mio, si tenia lástima ó ganas de reir; pero salí de aquel lugar con el corazon oprimido.

Subimos por una calle donde se ven lindas casas, hasta la altura en que se estiende el *Gran cementerio de Scutari.* Es un bosque de una legua en cuadro, de altísimos cipreses, donde se sepultan los musulmanes. Esta tierra es sagrada para ellos y no consienten el que sus cadaveres se inhumen en Europa: al verdadero *creyente del Profeta* debe cubrirle tierra asiática. Lleno está el bosque de mausoleos, lápidas, columnas con inscripciones funerarias y muchos sepulcros de mármol. En la parte mas sombría y mas hermosa de esta espesa arboleda, llama la atencion un gracioso domo sostenido por seis columnas de mármol de Páros, imitacion del templo de Vesta en Roma; debajo de aquel rico mausoleo, rodeado de sauces llorones está sepultado, con perdon de Ud, EL CABALLO FAVORITO DEL SULTAN MAHAMOUD!

A la salida del cementerio, y en un promontorio que penetra en el mar de Mármara, se ven los estensos cuarteles donde se alojó el ejército ingles, en *la guerra de Oriente.* Ahora los ocupan los cuerpos de tropa que llegaban en aquel momento, despues de la funcion de la mañana. Aquí volvimos á embar-

carnos en nuestro kaique, rodeamos la Torre de Leandro que se levanta sobre un peñasco como á cincuenta metros de Scutari y nos dirigimos por agua á Calcedonia.

La famosa ciudad *conciliar* ha quedado reducida á un pueblo que no tiene notable sino sus cafées llenos de animacion y movimiento y su expléndida vista sobre Constantinopla. Es preciso ver desde Calcedonia la grandiosa ciudad imperial para extasiarse en presencia de tan magnífico cuadro. Nada de lo que Ud. pueda imaginarse bello, encantador, sublime podrá igualar á este horizonte de mares y ciudades. En Calcedonia se visita el *Liceo*, vasto edificio fabricado en el lugar y con los materiales de *Santa Eufemia*, basílica donde tuvieron sus sesiones los Padres del cuarto Concilio ecuménico.

Eran las cinco de la tarde cuando volvimos á la costa de Europa, atravesando por entre ese laberinto de buques anclados en el mar. Ahora me hallo en mi habitacion que tiene sus ventanas con la vista al Bósforo. La escena de esta mañana ha cambiado en otra mas hermosa: todos los bajeles, iluminados con millares de linternas de colores, ofrecen á la vista un campo mágico donde parece que han caido las estrellas del cielo.... Concluyo, amigo mio, sin tener qué decirle de tantas emociones que han agitado mi corazon.... Adios.

CARTA XXX.

Constantinopla, marzo 12 *de* 1870.

Muy estimado amigo mio:

No he salido de mi habitacion y sinembargo creo haber hecho hoy un largo viaje en el que se han interesado mi corazon, mi memoria, mi alma entera. El Padre Collado, que ejerce la hospitalidad con la fina atencion y la ingeniosa delicadeza que le son características, nos ha proporcionado, para que nada nos falte, cuantos libros en español ha podido. Juzgue Ud. de mi sorpresa al hallar entre ellos uno que tiene por título: LA VICTORIA DE JUNIN, CANTO Á BOLÍVAR por *J. J. Olmedo!* Si me hubiese encontrado con un amigo de la infancia ó con un hermano no habria sentido quizá la plena satisfaccion que me ha causado este pequeño libro. Lo he leido desde la primera hasta la última página, repitiendo algunos trozos y saboreando verso por verso como se saborea gota á gota el precioso vino de Chipre ó del Tokai. Era el canto de la patria con todas sus melodías, con todos los recuerdos de nuestras glorias. Leia en voz alta para tener la satisfaccion de oirme y hacer que resonase en lo mas sensible del corazon la cadencia, la armonía de aquel sabroso y sublime poema: las vibrantes notas del poeta ecuatoriano estremecian mi alma! ¡Hallar "El canto á Bolívar" en la ciudad de Constantinopla, donde quizá no hay diez personas

que sepan que Bolívar y Olmedo han existido en el mundo!

Ah, amigo mio! Ud. está en Roma, en medio de la grandeza cristiana, viendo diariamente esos ochocientos arzobispos, obispos y prelados, la aristocracia, la flor y nata de la sociedad contemporánea que rodean, como una corona, al venerable anciano heredero del poder que Cristo dió á Pedro; y yo tambien he visto desfilar á mis ojos las grandes capitales de las famosas naciones antiguas; las costas, islas y mares, cuna de la mitología y de la historia. Ahora mismo me encuentro en la ciudad mas hermosa del mundo y que, por largos siglos, ha hecho temblar á las potencias de Occidente; y si he de juzgar de las penas del corazon de Ud. por los tormentos del mio, le diré que, á pesar de hallarnos rodeados de objetos tan nuevos y variados, á entrambos nos devora y consume la nostalgia.

La patria! Amigo mio, la patria! ¿En qué latitud de la tierra, en cual zona del globo se podrá hallar país mas delicioso que aquel donde hemos nacido? Los ecos del épico acento que anunciaban al mundo la independencia y libertad de nuestro continente han venido á despertar en el fondo de mi alma sentimientos que me han hecho vivir, siquiera hoy, en medio de la amada patria.

GUAYAQUIL, donde el divino bardo vió la luz del dia, es la que primero se dibuja en la mente y los versos del poeta:

Yo volveré á mi flauta conocida
Libre vagando por el bosque umbrío

De naranjos y opacos tamarindos,
O entre el rosal pintado y oloroso
Que matiza la márgen de mi rio,
O entre risueños campos do en pomposo
Trono piramidal y alta corona
La piña ostenta el cetro de Pomona.

GUAYAQUIL, situada á orillas del mas pintoresco y caudaloso rio de los tributarios del Pacífico, y mas ancho que el Bósforo que veo desde mis ventanas, bordados de bosques; bosques en cuya comparacion los ponderados del Serrallo, de Scutari y de Belgrado son manojos de ráquiticos arbustos. Guayaquil, tiene tambien su *Cuerno de oro*, un canal que va desde el mar hasta la Sabana: *el Salado*, como si el Océano cariñoso extendiera su brazo para halagar blandamente á la graciosa ninfa de sus costas. Y tambien el Guáyas retrata en sus límpidos cristales á odaliscas tan bellas, si no mas, que las que gimen en estos dorados alcázares. Pero las últimas ¡ay! son criaturas compradas en el mercado, como muebles de lujo, para degradacion de la mujer.... Las nuestras, vírgenes cristianas, ángeles del hogar, no tienen mas prision que el propio decoro, ni mas celosías y velos que los del pudor y de la modestia, anidando en su delicado corazon los mas dulces sentimientos de caridad, de ternura y de compasion!....

Y luego si en ligera canoa, mas rápida y graciosa que el lujoso kaique de estos mares, surcamos aquellas orillas sombreadas *de naranjos y opacos tamarindos*, oh! entónces ¡qué grandiosidad la de esas inmensas florestas!

¡Qué estraña armonía la del incesante ruido de aquella pomposa y vívida naturaleza! ¡Qué lujo de vegetacion! ¡qué feracidad la de esas extensas playas, donde *en trono piramidal y alta corona, la piña ostenta el cetro de Pomona!*

Y, si dejando la riqueza de los bosques de las costas, escalamos aquellos—
"....sublimes montes, cuya frente
A la region etérea se levanta,
Que ven las tempestades á su planta
Brillar, rugir, romperse, disiparse;
Los Andes....las enormes estupendas
Moles sentadas sobre bases de oro,
La tierra con su peso equilibrando...."

¿Qué son los Alpes y los Apeninos y las otras cordilleras de Europa, al lado de la enorme cadena que enlaza las naciones de nuestro continente? El Tabor y el Olimpo, el Pindo y el Hermon, apénas son bajas colinas delante del Chimborazo, del Antizana y del Cayambe; el Vesubio, el Etna y Lémnos, las antiguas fraguas de Vulcano, no serian sino diminutas hornillas del fuego atronador del Cotopaxi y del tremendo é incesante arder del Sangay.

Y en aquellas alturas se extienden inmensas planicies, mares de verdura, donde están situadas nuestras poblaciones. Allí, dominando esas espaciosas y floridas sabanas, se ostenta QUITO, la mas alta ciudad del mundo! Las águilas del monte Athos y del Líbano no se encumbran en su mas atrevido vuelo, hasta la altura en que descansa la amena capital

del Ecuador; solo el cóndor rompe con sus alas el puro éter que circunda nuestras cimas. El *Viejo* Pichincha ha tendido su manto de verdura y de flores, para que sobre él repose la reina de los Andes. Algunas veces el gigante se estremece; ciudades y pueblos se hunden en el polvo, pero QUITO se levanta mas linda y mas cristiana de entre sus ruinas. Desde aquí la veo, amigo mio, con sus altas torres, con sus hermosas casas abiertas á la hospitalidad y á la proverbial franqueza; desde aquí saludo el cordial cariño de sus piadosas matronas y la culta amabilidad de sus habitantes.

Y CUENCA tambien, nuestra florida tierra natal, ostenta sus galas en aquellas elevadas regiones,

Cuando á principios del siglo el ilustre Cáldas visitaba nuestras comarcas, vió, desde una pequeña altura, la extensa y hermosa CONCHA formada por los ramales de la gran cordillera. El sabio granadino espaciaba su mirada por aquel encantador horizonte, donde bulliciosos serpean los cristalinos rios que descienden de los montes occidentales. Percibia el suave aroma de las campiñas cubiertas de vegetacion, y dilatando su alma en presencia de aquel cuadro de frescura y de belleza: "Quién ha plantado, exclamó, estos ricos y extensos jardines?".... Dios! le contestó sencilla y cristianamente un sacerdote que le acompañaba. [*] El inteligente y sensible viajero descendia á los va-

(*) El presbítero señor José Tomas Arredondo, que vivió cerca de un siglo.

lles de nuestra patria y no cabia de admiracion al ver que los caminos bordados de retamales, estaban alfombrados con amarillas y fragantes flores. La brisa le traia la mas regalada fragancia de la rosa y del lirio, del azahar y del floripondio que espontáneos brotan en aquel paraiso. Las aves con alegres trinos recreaban su oido, y el tibio y delicioso ambiente embriagaba sus sentidos y le llenaba de inexplicable bienestar. En el centro de aquel dilatado pensil le aguardaba CUENCA, perdida entre la arboleda con sus torres, sus rojas techumbres y calles tiradas á cordel.

En esa ciudad, amigo mio, nuestros ojos han visto la luz primera, y Ud. y yo conocemos aquellos campos. ¿Se acuerda Ud. de los primeros años de la vida pasados entre aquellas arboledas á orillas de esos rios? Hemos triscado juntos en esas alegres praderas, hemos trepado á aquellos frondosos árboles, y nos hemos sumergido en infantil retoso en las linfas del Machángara, del Matadero, del Yanuncay y del Tarqui.

Sueños de la nostalgía, amigo mio! ¡Ud. está en Roma y yo en Constantinopla! Miles de leguas nos separan de la patria. El inmenso Océano con sus tempestades. y peligros se extiende entre nosotros y el hogar. Pues que, á lo ménos, el pensamiento vuele hasta donde nos aguardan los NUESTROS, para preguntarnos si el cielo de Grecia es tan trasparente y tan azul como nuestro hermoso cielo; si los bosques de Turquía son mas grandiosos y sombríos que las intrincadas florestas de nuestros climas, y si los jardines de

Italia, plantados por la mano del hombre, son mas amenos que aquel fresco canastillo de flores y de verdura que Dios ha colocado en medio de la zona tórrida entre las cumbres de la cordillera de los Ándes.

Por la tarde tuve la visita de mi hospitalario religioso, quien extrañaba el que no hubiera ido á recorrer la ciudad y sus alrededores. Por toda explicacion puse en sus manos el libro que me habia conmovido hasta impedirme el ir á disipar mis recuerdos con la vista de extraños objetos. Le dije que era el canto de un poeta de mi patria á la independencia de Colombia y el Perú. Muy poco conocia mi bondadoso interlocutor los acontecimientos de nuestros lejanos países. El Padre, que ha pasado mas de cuarenta años en Oriente, y que fué el único franciscano que escapó de la matanza de cristianos que, hace algun tiempo tuvo lugar en Damasco, conoce mejor la historia de estas regiones que no la de las nuestras. Pero es literato y me ha ofrecido leer con interés la sublime produccion de nuestro poeta que, con igual maestría, emboca la trompa épica de Ercilla, maneja la armoniosa lira de Herrera y de Frai Luis de Leon, y arranca dulces sonidos de la flauta de Garcilaso. Me ha preguntado, sinembargo, muchas cosas acerca de nuestra situacion política y religiosa, y hablando francamente he hallado dificultad en dar solucion á algunas de sus preguntas. "En España, me decia, la Constitucion, el sufragio universal, las frecuentes intrigas electorales han desmoralizado el gobierno y los pueblos. Desde que están en boga *los de-*

rechos del hombre, y se han echado en olvido *los deberes del cristiano*, hemos perdido nuestra nobleza nacional, nuestro carácter severo y generoso y nos hemos hecho mas frívolos y desgraciados; es lo mismo en América?"....Responda Ud, amigo mio. Adios.

CARTA XXXI.

Caserta, marzo 21 *de* 1870.

Querido amigo:

Desde mi última que tuve el placer de dirigirle desde Constantinopla no he podido escribirle nuevamente dándole cuenta de que íbamos á salir pronto de aquella ciudad. No tengo vocacion para cosmopolita, amigo mio, y este vagar sin término me fatiga ya demasiado. El mártes 15 salió un vapor para Corfú y hemos venido en él hasta aquella isla. Ayer por la mañana llegamos á Bríndis, maltratados, casi muertos por el terrible temporal que hemos sufrido en la travesía del Adriático. El vapor que tomamos en Corfú fué muy pequeño, y el mar estaba tan furioso que ha sido milagro el no haber naufragado. Cuando entramos en el puerto de Bríndis [la antigua Brundusiun] los balcones estaban llenos de curiosos que ansiaban ver el diminuto buque que, desmantelado, venia de escapar de semejante borrasca, perdiendo *su obra muerta* y con muy graves averías. Hoy debiamos lle-

gar á Nápoles pero hemos caminado toda la noche desde Bríndis hasta Caserta y nos hallamos fatigados. Nos quedamos á descansar aquí, de lo que no me arrepiento; pues hemos conocido el suntuoso palacio de Cárlos III colocado en la mas pintoresca playa de Capua. El inmenso edificio es de mármol, la escalera rivaliza con la del palacio borbónico de Nápoles; los dos leones que tienen entre sus garras las armas de España, son la obra maestra de Canova; los bosques y jardines tienen mas de media legua en cuadro, llenos de ciervos, jabalíes, conejos &a. para la casa real. Al frente del palacio y al extremo de los bosques se ve una cascada que se precipita por escalones de mármol para reposar en un estanque enorme, donde nadan magestuosamente tropas de cisnes. Un rio entero, trasladado de los Apeninos por un canal sobre tres órdenes de arcos, forma esta linda y cristalina cascada.

Mañana, amigo mio, tendré la satisfaccion de dar á Ud. un apretado abrazo. Ojalá que á las cuatro de la tarde todos los ecuatorianos y los otros amigos de América estuvieran juntos en la estacion del ferrocarril. Esta carta irá por el tren de la media noche; y para cumplir mi ofrecimiento de darle cuenta de todo mi viaje, le envío el diario de todo lo que me ha ocurrido desde la última carta que le dirigí.

Constantinopla, 13 *de marzo*.—Nos dirigimos al Mar Negro, tocando en los puertos de ambas orillas del Bósforo. Nada hay comparable al lujo y riqueza de los palacios, kioskos,

jardines y bosques de estas encantadoras costas. Desde Constantinopla hasta el Mar Negro, en la extension de cinco á seis leguas que tiene el canal, es casi una continuada cadena de habitaciones suntuosas, de hermosos puertos y de bellas poblaciones. La primera que se encuentra en la costa de Europa, despues de los arrabales de Pera y Gálata, es la villa de Orta-Keui, la antigua *Anaplus*, donde vivió en una columna San Simeon *Stylita*. Al frente, en la costa de Asia, se visitan las *Aguas dulces de Asia*, magnífica residencia imperial donde murió el sultan Mahamoud. Los pabellones, las pagodas, á las orillas de cristalinos arroyos y á la sombra de encumbradas arboledas, hacen de este lugar un vergel deliciosamente poético. Mas adelante, en la orilla europea, se admira el caprichoso castillo de Roumili-Hissar, edificado por Mahomet II dos años ántes de la toma de Constantinopla. Sus gruesas murallas, torres y patios que imitan la forma de letras árabes, presentan el nombre de Mahomet. Esta inmensa *cifra arquitectural* se halla situada en la parte mas estrecha del canal, y la distancia de esta fortificacion á Amandoli-Hissar, castillo que se ve al frente, solo es de medio kilómetro. La artillería de estos dos fuertes cruza sus fuegos.

La mas bella poblacion del Bósforo es Buyuk-Deré, en medio de dos colinas que vienen á morir en la playa. Un bosque de plátanos cubre con sus sombras los palacios de recreo que allí poseen los Ministros de las potencias extranjeras. Difícil es formar idea de la mages-

tuosa belleza del palacio de Francia, propiedad del príncipe Ipsilanti, uno de los primeros próceres de la independencia de la Grecia. Selin III confiscó esta soberbia residencia y la obsequió al General Sebastiani, Ministro Plenipotenciario del Emperador Napoleon I.

En medio del bosque se eleva gigantesco el *Plátano de Godofredo.* Su sombra se derrama sobre un grandísimo espacio; sus raices han salido de la tierra y, como enormes serpientes, corren á larga distancia. Se dice que bajo este árbol estaba la tienda del piadoso capitan de la primera cruzada, y que en este lugar hicieron alto los normandos y loreneses, cuando marchaban á libertar el sepulcro de Cristo. Buyuk-Deré es el paseo favorito de los europeos, y hoy, que es domingo, los cafées cantantes se han asentado bajo estas arboledas, atestadas de los curiosos que vienen á disfrutar del espectáculo de los bailes de los griegos, del circo de equitantes y otra clase de recreaciones.

Despues de Buyuk-Deré, al otro lado de la colina del Norte, se estiende el *Valle de las rosas*, poblado de alegres caseríos y de bosquecillos de mirtos y laureles. La poblacion casi toda es judia, y los sábados se reunen allí los israelitas de la ciudad. Pasando el *Valle de las rosas* y trasmontando un pequeño cabo, se descubre de repente un inmenso horizonte: es el Mar Negro!

El Bósforo no se abre en línea recta, y sus sinuosidades dejan cómodos puertos á una y otra ribera, de modo que los cabos de la una orilla corresponden á las bahías ó ensenadas de

la otra; los cabos están defendidos por castillos fortificados, y las bahías por muchos buques al ancla.

Marzo 14.—Por la mañana visitamos algunas mezquitas, distinguiéndose entre ellas la de *Ahmediéh* ò templo de Ahmed I. Tiene seis altísimos y elegantes alminares y tres galerías. Antes de penetrar al templo se encuentra un atrio rodeado de cuarenta domos sostenidos por columnas de mármol. La cúpula de la mezquita, casi tan grandiosa como la de Santa Sofía, descansa sobre cuatro enormes columnas estriadas de tal modo que cada una de ellas parece un haz ó conjunto de innumerables columnas delgadas.

Llama tambien la atencion la mezquita de Bayazeto, que pasa por la mas elegante de Constantinopla. Los patios, las galerías y los cipreses que rodean este suntuoso templo están llenos de millares de polomas, alimentadas y cuidadas por los sacerdotes de la mezquita. Una dotacion especial en el presupuesto del culto sirve para el sostenimiento de estas aves, que, se dice, provienen de dos pichones regalados por un mendigo á Bayazeto cuando estuvo cautivo de Tamerlan.

La arquitectura de ambas mezquitas es de puro estilo oriental. Las ventanas ojivales, las estalactitas de los pórticos, la finura y elegancia de las columnas, los caprichosos arabescos y adornos en las cornizas y chapiteles &a. les dan ese aspecto aéreo y atrevido, tanto como gracioso y delicado que dejan en el ánimo una agradable impresion. *Por la tarde.* Paseo al rededor de las murallas de la ciu-

dad. Nos embarcamos en la *Punta del Serrallo* y fuimos hasta el *Castillo de las siete torres*, enorme y sombrío edificio, situado en el ángulo sur de Constantinopla; es la prision de Estado, donde han muerto tanto visires y un sultan; sus gruesos muros están coronados de cañones. Allí dejamos el kaique y rodeamos á caballo las murallas por el lado de tierra.

El rio Lycus, distribuido en miles de canales, llena de verdura y de flores estos estramuros. Despues de recorrer estos jardines llegamos al arrabal de Eyoub, donde se ven los grandiosos escombros de los templos y palacios de los emperadores bizantinos. ¡Cuántas intrigas, cuántas crueldades, y tambien cuántas virtudes no se han enterrado entre estos muros derruidos! Todas las virtudes de algunas santas emperatrices y todas las ignominias del Bajo Imperio! Aquí terminan las murallas del lado de tierra, coronadas de fuertes torres, y se da con el *Cuerno de Oro*, donde nos embarcamos de nuevo para llegar otra vez á la *Punta del Serrallo*, pasando por debajo del maderámen de tres puentes de barcas por los cuales se comunica Gálata con Stambul.

Marzo 15.—Hoy á la una de la tarde hemos zarpado de las orillas del Bósforo. ¡Qué mañana tan llena de emociones! Por la madrugada estuvimos nuevamente en las mas altas galerías de la torre de Gálata, desde donde se abraza un inmenso horizonte: toda la ciudad con las graciosas ondulaciones de sus pintorescas colinas, el Cuerno de Oro, el Bósforo, el Mar de Mármara, la costa de Asia con

Calcedonia y Scutari al frente de Constantinopla; en la ciudad esa multitud de almanares altísimos y cúpulas coronadas de brillantes medias lunas, los grupos de bosques, de altos cipreses, de plátanos seculares y esa multitud tambien de huertas y jardines mirados *á vista de pájaro.* ¡Qué reflexiones las que brotan en nuestro espíritu! En estas grandes ciudades es donde se ve con claridad la providencia de Dios en la historia de los pueblos. En Jerusalen, se ve el pueblo nacido de Abrahan para ser el depositario de las promesas de Dios á la humanidad. ¡El pueblo de Dios! El centro á donde convergen la vida, los sentimientos, la política, la razon de ser de los poderosos imperios de Asia. En Roma se ve otro pueblo depositario de las promesas del Cristo; se ve tambien allí el secreto de todos los acontecimientos del mundo en la ley nueva. Roma es una continuacion de Jerusalen, así como el Evangelio es la continuacion del Antiguo testamento. Jerusalen y Roma con su historia han hecho comprender lo que es *la Filosofía de la historia.* San Agustin, Bossuet, Rhorbacher, se han colocado en esta altura y han visto la unidad del plan de Dios en la infinita variedad de las revoluciones humanas. Y Constantinopla tambien ¡qué papel el que representa en la carrera del mundo! Roma no podia ser capital de la familia de pueblos cristianos y al mismo tiempo capital del imperio; Dios la habia señalado como metrópoli de las almas y los papas la han comprado con su sangre para que sea la Ciudad Eterna. Constantino, el primer emperador cristiano, vino á

encontrar en la confluencia de los dos mares y de los dos continentes la ciudad que debia ser el centro del gran imperio romano.

Pero Constantinopla no se contentó con la soberanía política: los emperadores y patriarcas veian con envidiosa desconfianza el poder espiritual de Roma, y lentamente trabajaron por sustraerse del centro del catolicismo. Photio fué el que dió el golpe de gracia á los endebles lazos que aun quedaban, y estableció el cisma que se preparaba desde mucho tiempo ántes y que dura hasta ahora. Los emperadores se revistieron de la jurisdiccion de las almas, y los turcos fueron el instrumento de la justicia de Dios contra las ignominias del imperio bizantino.

A las doce del dia, despues de nuestra sentimental despedida de los hospitalarios franciscanos, estuvimos abordo del vapor. Una hora entera contemplamos todavía desde el mar la grandiosa ciudad que íbamos á dejar para siempre! ¡Constantinopla! Constantinopla! ¡cuántos siglos han pasado sobre tí, cuántas civilizaciones se han abrigado en lo interior de tus murallas, cuántos conquistadores han hollado tu imponente magestad, cuántas ruinas se han amontonado en tu clásico recinto, y cuán hermosa eres todavía! Bárbara y esclava eres aun tan encantadora. ¡Qué serias si de nuevo abrazaras la ley del Cristo; si los Crisóstomos y Gregorios resucitados llevaran tu poblacion por las vias de la santidad y del progreso! sí los Teodocios y Justinianos dieran todavía, desde el fondo de tus palacios de mármol y oro, leyes que rigieran la universalidad de los pue-

blos de la tierra! Vanos deseos! Esas glorias pasaron ya! El sibarita musulman, envilecido por la poligamia y la esclavitud, degradado por las supersticiones de Mahoma te conserva ¡oh bella cautiva! entre sus cadenas y sus inmundos placeres, miéntras que el coloso del Norte te mira con la avidez del oso del polo!

Salimos pausadamente por entre los miles de buques, que llenan este puerto para seguir nuestro rumbo. El inmenso y sordo ruido de la ciudad y de la marina iba alejándose poco á poco hasta que el bajel, libre de todo estorbo, corria á todo vapor por las aguas de a Propóntide. A las cinco de la tarde nos detuvimos un cuarto de hora en Gallípoli, hasta que las autoridades revisaran los papeles de mar presentados por nuestro capitan, y ántes de anochecer entramos en el estrecho de los Dardanelos.

Marzo 16.—Hemos amanecido fuera ya del estrecho. Por la mañana hemos visto á corta distancia, á nuestra derecha, la isla de Lemnos, cubierta de bosque en sus orillas y dos agudos picos en la montaña del centro; estos picos son formados por el activo volcan que ardia en tiempo de los griegos, y en aquella montaña coloca la mitología las fraguas de Vulcano.

A las dos de la tarde costeamos la isla de Skyros de poca vegetacion y multitud de rocas volcánicas. Por la noche entramos en el archipiélago de las Cycladas, por un canal que divide las islas de Andros y Tinos, ambas bien cultivadas y cubiertas de viñedos, olivares y moreras. A las nueve de la noche fondea-

mos en el puerto de Syra, capital de la isla del mismo nombre.

Marzo 17.—Muy demañana estuvimos en la ciudad, compuesta de griegos. El puerto es espacioso y frecuentado de buques. La seguridad de sus tranquilas aguas y el hallarse la isla al frente de Aténas, en el centro del archipiélago, hacen que Syra sea la mas comerciante de las Cycladas. La ciudad solo tiene una calle paralela á la orilla del mar; las casas, colocadas en las faldas de una colina cónica, se ven en el mas bello desórden y para llegar á ellas se camina por tortuosas veredas. En la parte alta de la colina se halla un hermoso templo perteneciente á los catòlicos. La vista desde sus torres es encantadora. A las nueve de la mañana sonó el cañonazo de partida, y á las diez nos alejábamos rápidamente del puerto, viendo todavía á gran distancia los blancos mármoles de la iglesia en cuyas torres habiamos estado. Esta parte del mar está cubierta de islas; las mas notables son Scriptos y Siphnos; la primera estéril y cubierta de rocas blanquiscas, la otra mas cultivada. Las islas Milo y Antimilo tienen el mismo aspecto triste. En la de Milo, destruida por frecuentes terremotos, se encontró la famosa Vénus, que es en la actualidad una de las riquezas del museo del Louvre en Paris. Todo el dia hemos atravesado por entre innumerables islotes ó mas bien rocas áridas que se levantan sobre la superficie de las aguas. Anochecimos entre la isla Cérigo, la antigua Cyterea, y el cabo Melee en el Peloponeso.

Marzo 18.—El vapor amaneció en el puer-

to de Navarino. La ciudad está situada en una pequeña altura, al sur de una bahía como de una legua en cuadro, que semeja un lago rodeado de colinas. Una isla larga delante del puerto le da esta apariencia. Ibrahim Pachá desembarcó en este puerto en 1825 con la formidable armada del Egipto, y desplegó tal actividad y tal crueldad con los griegos, que se miraba ya como imposible la independencia helénica. El almirante Cochrane que tanto auxilió nuestra independencia americana, vino á cruzar casi inútilmente por estos mares: el valor inteligente de Ibrahim-Pachá hacia nulos los esfuerzos de los que se apasionaban por la libertad del pueblo griego. Pero en 1828 se presentan en la rada de Navarino las escuadras inglesa, francesa y rusa, penetran en lo interior del puerto y se encuentran con la armada egipcia. La Turquía estaba en paz con estas naciones; los turcos no dan ninguna señal de hostilidad. De repente suena un cañonazo; franceses, ingleses y rusos arrojan con atronador estrépito miles de balas y de bombas sobre los navíos de Ibrahim-Pachá. Los turcos se defienden con el valor que da la desesperacion; pero vuelan á centenares de las fragatas que hacian explosion con las toneladas de pólvora que se quemaban. Al tremendo retumbar de semejante reventazon temblaba la tierra y algunos edificios cayeron á plomo y todos quedaron espantosamente maltratados. En el espacio de tres horas la escuadra musulmana estaba reducida á cenizas y seis mil cadáveres flotaban entre los carbonizados esqueletos de los navíos

y fragatas de la floreciente marina egipcia. Mas de cuarenta años han pasado desde aquella catàstrofe y todavía se ven los vestigios de tamaña ruina: en el fondo de la bahía se descubren las armazones de las naves hundidas despues del incendio, y en la ciudad algunos escombros de los antiguos edificios. Los vencedores no perdieron un solo buque y la Grecia aprovechó de esa felonía para su independencia. Dios castiga siempre la injusticia de las naciones: el incendio de Navarino hizo crecer las ambiciosas aspiraciones de Rusia, y veintisiete años mas tarde Francia é Inglaterra tuvieron que coligarse con Turquía para reprimir las tendencias usurpadoras de la gran potencia del Norte: sin Navarino no habria habido la guerra de la Crimea, y quizás la Rusia no seria en la actualidad una amenaza para las potencias de Occidente.

A las diez de la mañana salia nuestro vapor por el canal que da entrada al puerto y por el que penetraron las escuadras de las tres naciones, y nos dirigimos al norte teniendo á la vista las costas de la Mesenia, de Arcadia y de la Elida. Todos los recuerdos de la antigua Grecia se amontonaban en nuestra mente á vista de aquellos montes lejanos, de aquellas playas estensas donde han pasado tantos acontecimientos! Por la noche entrábamos en el canal formado por las costas de la Elida y la isla de Zante.

Marzo 19.—Todos los pasajeros estuvimos sobrecubierta esta mañana viendo á nuestra derecha la Isla de Ithaca, larga y angosta, y á la izquierda la isla de Cephalonia. La

ilusion desaparece completamente en vista de la patria de Ulíses y Telémaco. Esta isla tan buscada por padre é hijo es una cadena estéril de rocas calcáreas, donde no se ve ni un arbusto ni señal alguna de que sea habitada; Vathij, que es su principal poblacion, es un miserable lugarejo en la costa oriental de la isla. A las ocho de la mañana pasábamos por delante de la isla de San Mauro, la antigua Leúcades. No se ve el famoso *salto* inmortalizado por la poetisa Sapho, porque está en la costa oriental de la isla. Un griego de Patrás, compañero de viaje, nos decia que la roca desde donde saltaban los amantes que querian olvidar su pasion, tiene sesenta metros sobre el nivel del mar, y desde aquella altura volaban los amartelados! En nuestros tiempos no se brinca tanto para hallar el olvido; nuestros amartelados y amarteladas no gastan mucha constancia.

A las dos de la tarde llegamos á Corfú, nos trasbordamos á otro vapor y partimos por la noche á las costas de Italia. Dentro de cuarenta y ocho horas estaré en Roma en brazos de mis amigos!

INDICE.

		PAG.
Introduccion		1
Carta I.	Nápoles, 25 de enero de 1870...	9
Carta II.	En la rada de Nápoles, abordo del Egipto, enero 28.....	16
Carta III.	Golfo de Mesina, enero 29....	23
Carta IV.	Alejandría, febrero 3.....	30
Carta V.	El Cairo, febrero 4.....	36
Carta VI.	Port-Said, febrero 7.....	46
Carta VII.	Abordo del Souvarow, en el mar de la Siria, febrero 7...	54
Carta VIII.	Jerusalen, febrero 10.....	60
Carta IX.	Jerusalen, febrero 11.....	68
Carta X.	Jerusalen, febrero 12.....	77
Carta XI.	Jerusalen, febrero 15.....	85
Carta XII.	Jerusalen, febrero 17.....	97
Carta XIII.	Jerusalen, febrero 17.....	98
Carta XIV.	Jerusalen, febrero 18.....	107
Carta XV.	Jerusalen, febrero 18.....	114
Carta XVI.	Jerusalen, febrero 21.....	121
Carta XVII.	Jerusalen, febrero 22.....	129
Carta XVIII.	Jerusalen, febrero 23.....	136
Carta XIX.	Jaffa, febrero 25.....	142
Carta XX.	Rada de Kaifa, febrero 28....	149
Carta XXI.	Puerto de Ródas, marzo 2....	155
Carta XXII.	Archipiélago de las Sporadas, marzo 3.....	164

PAG.

Carta XXIII. Smirna, marzo 4..... 171
Carta XXIV. Gallípoli, marzo 5..... 178
Carta XXV. Constantinopla, marzo 6.... 185
Carta XXVI. Constantinopla, marzo 7.... 192
Carta XXVII. Constantinopla, marzo 9.... 199
Carta XXVIII. Constantinopla, marzo 10... 207
Carta XXIX. Constantinopla, marzo 11... 214
Carta XXX. Constantinopla, marzo 12... 222
Carta XXXI. Caserta, marzo 21..... 229

H 232 79

Deacidified using the Bookkeeper process.
Neutralizing agent: Magnesium Oxide
Treatment Date: June 2011

Preservation Technologies
A WORLD LEADER IN COLLECTIONS PRESERVATION
111 Thomson Park Drive
Cranberry Township, PA 16066
(724) 779-2111

JUNE 79
N. MANCHESTER,
INDIANA 46962

LIBRARY OF CONGRESS
0 029 732 862 1